

Miguel Sarmiento

Obra narrativa

Miguel Sarmiento

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

18

OBRA NARRATIVA
[ANTOLOGÍA]

Edición de Pablo Quintana



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso
Juan Jesús Armas Marcelo
Joaquín Artilles
Luis León Barreto
Sebastián de la Nuez
Pablo Quintana
Jorge Rodríguez Padrón
Lázaro Santana
Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Álamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly
Mireya Jiménez Jaén

Miguel Sarmiento

OBRA NARRATIVA
[ANTOLOGÍA]

Islas Canarias
1990

© Para la introducción **Pablo Quintana**

© Para el texto **Miguel Sarmiento**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-39-3

Depósito Legal: M. 24.161-1990

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN: LA CLARIDAD MODERNIS- TA DE MIGUEL SARMIENTO	9
1. <i>No me puedo morir tan pronto</i>	9
2. <i>Muchachita</i> : la estética vital de un escritor modernista	12
3. <i>Lo que fui</i> : la estética narrativa de la infancia.	12
4. La estética narrativa de la juventud	14
5. Esta edición	17
MUCHACHITA	19
ASÍ	67
AL LARGO	135
Pino	137
El chalet	144
Tarde	149
Una silueta	153
La Jaira	155
LO QUE FUI	183
Envío	184
Advertencia	185

	<u>Págs.</u>
Primeros recuerdos	187
Juguetes	189
Los sueños	192
Interior	195
La escuela	198
Las azoteas	203
El abismo	205
El amor en carretón	207
Luna, lunera... ..	209
El <i>Pírgano</i>	212
<i>El rival</i>	213
Calabazas... ..	215
Las cometas	217
El amor en silencio	219
¿Tú también?	221
Angustia y revelación	223
La caza del lagarto	225
Oración	228
¡Perfidia!	230
Remordimiento	232

INTRODUCCIÓN

LA CLARIDAD MODERNISTA DE MIGUEL SARMIENTO

1. *No me puedo morir tan pronto*

La vida de Miguel Sarmiento Salom empieza en Las Palmas el 13 de agosto de 1876 y acaba en la misma ciudad el 24 de junio de 1926. Su padre, Miguel Sarmiento Cabrera, hermano del escritor tinerfeño Claudio F. Sarmiento, le dio la vuelta al mundo como marino mercante, dejó inédito un *Diario de navegación* y murió pronto: el 18 de junio de 1890. Miguelito Sarmiento se ve obligado, con catorce años, y en el mes de noviembre, a emigrar con su familia a Palma de Mallorca donde vivían los parientes de su madre. Que esa orfandad y ese desarraigo adolescente marcan el horizonte de su conciencia podemos verlo en el cuento *Piedad* (1901), publicado en *La Atlántida*, revista de Las Palmas:

El callejón aquel entre muros de jardines y carserones desiertos fue, durante algunos meses, mi único sitio familiar en la ciudad desconocida. Era el camino más corto de mi colegio. Niño y nuevo en Mallorca, no me atrevía a salir de aquellas tapias por temor a extraviarme. A veces me paraba en las esquinas a contemplar los rincones de Palma, y desde ellas descubría la multitud que, bajo el viento y la lluvia, cruzaba a lo lejos por otras bocacalles, de lo

desconocido a lo desconocido. Lugares y personas eran para mí lo ignorado; algo que me atemorizaba y hacía sentir completamente solo; desamparo inmenso de mi alma de niño que me obligaba a correr, a huir de las calles mojadas, del frío terrible, y refugiarme en casa, cerca de la chimenea, *a la luz moribunda* que, desde el cielo plomizo, bajaba hasta el fondo de los patios como reflejo de un crepúsculo sin fin. Nunca he sentido más intensamente el hogar que en los días aquellos, ya lejanos. Y era que entonces, *en mi aislamiento, sumaba yo al cariño de la familia el amor por toda mi tierra abandonada allá abajo*, en las soledades infinitas de *otro mar*. (Subrayados míos).

En ese mismo cuento, corregido después en *Al largo* con el título de *El amor y las rosas*, aparece alguna variante significativa. Se siente «chiquillo y recién llegado» a «la ciudad vieja y desconocida».

Nunca como en aquellos días, hoy ya distantes, he sentido más profundamente el amparo del hogar. Y era que entonces, en mi aislamiento, sumaba yo al cariño de mi *gente* el apego de la *tierra* abandonada y perdida lejos, en la soledad de otros mares. (Subrayados suyos).

Quizá porque le resulta nuevo y terrible el aislamiento de un invierno no sufrido en su tierra natal, la presencia del sol ilumina sus páginas; y esa imagen del hogar, recordada en 1901 y 1915, reaparece en su obra como la imagen de una memoria o patria íntima y concreta. Un artículo sobre «El color local» (1896), escrito tres años antes que *Muchachita*, nos ofrece esta imagen que reaparece en *Lo que fui* y en *Al largo*:

En estos días helados me acuerdo mucho de mi ciudad natal, de mis playas queridas, de mis azoteas blancas que relumbran al *sol de África*. (Subrayado suyo).

Va a Barcelona a hacer Derecho, pero, como a Galdós, las musas lo llevan por otro camino. Allí convive con los modernistas y otros artistas e intelectuales, catalanes de nación o residentes en Cataluña como Picasso, sobre el que escribe una de las primeras críticas de la bibliografía de éste. Como a Galdós, el periodismo le servirá de soporte económico y su estilo reaparece en títulos catalanes, mallorquines, madrileños y canarios. Fue corresponsal en varias ciudades europeas. Durante una breve estancia en Las Palmas, funda y codirige con su hermano Arturo *La Ciudad* (1907), importante en los inicios del destino literario de Rafael Romero y de otros, y donde se publican las primeras entrevistas del periodismo canario; pero esa estancia en nuestra república bananera no pudo prolongarse. Se casa, en 1912, a los 36 años, con María Pourcel Bouché, en Mallorca, donde nacen sus hijos Caridad y Juan Miguel. Logra volver a Las Palmas con su familia en 1923, donde sueña publicar una revista moderna, titulada *Islas*, que fuera un medio de comunicación entre los tres continentes que hablan nuestra lengua. Una enfermedad insignificante lo llevó a las puertas de la muerte y cuando se vio ahí dijo estas palabras que los dioses no quisieron escuchar: *No me puedo morir tan pronto*.

Su obra dispersa en periódicos, revistas y manuscritos es abundante; la reunida en libro es breve pero linda: *Muchachita* (1899), novela corta; *Lo que fui*, novela autobiográfica editada póstumamente como libro en 1927, pero aparecida antes en la prensa; *Así* (1909), novela corta; y *Al largo* (1915), colección de cuentos que empieza con *Pino*, conocido y admirado en Canarias y en España desde principios de este centenio, y acaba en *La Jaira*, que incluye algunas experiencias de la primera gran guerra en nuestro archipiélago.

2. *Muchachita*: la estética vital de un escritor modernista

Desde sus primeros cuentos, *El amor y las rosas*, ya citado, o *Pino*, podemos reunir varias imágenes recurrentes en la obra sarmientina, como su imagen de otro mar, o la canción de la abuela y del pino que escuchamos en *Muchachita*, o la imagen del crepúsculo mágico de las Islas de la Tarde, o la imagen del viajero desarraigado; y ésta: su razón narrativa es también una razón autobiográfica. En la literatura romántica de Europa el yo íntimo o personal y nacional o político había cultivado un protagonismo que había sido completamente imposible en la joven Literatura Canaria. Después de esa experiencia, era mucho más fácil el modernismo estético y crítico o cosmopolita o mundial de un Oscar Wilde, que hemos visto en la introducción a la narrativa millariana. Los más lúcidos y eficaces modernistas canarios tuvieron que asumir, por primera vez y de un modo igualitario, un yo lírico o personal, un yo nacional o narrativo, y un yo estético atento al horizonte más contemporáneo de la cultura artística. Este yo estético incluía: una clara autoconciencia de la perfección de la obra de arte; una conciencia crítica o cosmopolita o mundial; una asunción profunda de la propia herencia sureña y del propio paisaje o sol africano deseado por los norteos; y una estética vital, que recupera lo evidente, después de la entrega cansada y solitaria a lo exclusivamente artístico.

3. *Lo que fui*: la estética narrativa de la infancia

Desde la temprana narrativa de Miguel Sarmiento hasta la lírica de Tomás Morales, no menos asumible y asumido que el modernismo artístico fue el modernismo vital. Podemos decir que el modernismo artístico era el fruto, pero el modernismo vital era el árbol. Este retorno de un escritor modernista a una estética vital es la clave de esta *Muchachita* que se adelanta nueve años a los moralianos poe-

mas del mar; y es también, con otra modulación, la clave de *Lo que fui*. Desconocidas y desconsideradas hasta hoy, como toda la narrativa sarmientina y como toda la narrativa canaria anterior al decenio 1970, no es fácil resumir en breves líneas lo que en páginas más amplias les dedica a estas obras, en una primera asunción, mi inédita historiografía de la narrativa de nuestra tierra.

En *Muchachita* vemos una de las pocas y primerísimas veces en que el yo canario se deja ir por la sinceridad de narrarse a sí mismo; pero ese yo canario, aunque sabemos que lo es, entre otras cosas por la espléndida imagen del pino que «cantaba lentamente su arroró sin palabras», es ante todo el yo del novelista Enrique Chil, un yo artístico. El yo novelístico que protagoniza *Lo que fui* no usa nunca el nombre de Miguel Sarmiento, nos cuenta con evidencia la más clara y eficaz imaginación artística de toda la obra sarmientina, y es un yo explícitamente canario. Lo que en *Muchachita* es una asunción urbana de lo vital, como el sol, el agua marina, los árboles y la vida salvaje o extraurbana, en *Lo que fui* es la asunción de la vida perfecta de la infancia: como dice el mismo protagonista, su yo no se había dividido aún. Por esto, la estética narrativa u horizonte significativo de esta infancia recuperada no es sólo personal.

La «Advertencia» autobiográfica que prologa la obra recuerda que el narrador es un «personaje imaginario» y que esto es precisamente lo que le da a su lenguaje la forma más auténtica:

No me perdonaría jamás el haber profanado el lenguaje de quien, sin pensar en el público, escribió con espíritu sincero y efusivo. Me anima, sobre todo, la esperanza de que el aura de verdad que se desprende de estas memorias disipará en los lectores la sospecha de que intento engañarles.

En realidad no son unas memorias y menos una biografía. Estas páginas sólo encierran los recuerdos

amalgamados de un alma vacilante y dispersa que cruzó por el mundo con la honda nostalgia de ser lo que no fue. En algunos de estos capítulos late la trágica desesperación del hombre que pasó la mayor parte de su existencia a solas consigo mismo, en lucha silenciosa entre la voluntad indecisa y el concepto diáfano de lo que debió hacer y no hizo. Este combate perpetuado y renovado en tantas almas, es, quizá, lo más dramático del arte y de la vida.

Para los varios lectores de los tres continentes de nuestra lengua y también de otras lenguas, es fácil asumir las imágenes familiares de esta novela que es la autobiografía de un escritor canario sin insularismos ni insularidades, y que es también la autobiografía de una ciudad y de todo un pueblo.

Como canarios, podemos disfrutar en *Lo que fui* una colección de memorias o una novela autobiográfica. Podemos ver en *Lo que fui* una joyita de la narrativa canaria; y podemos ver también una novela autobiográfica, que cuenta la recuperación de la infancia como un retorno a la tierra madre (recordemos el almendrero estevaniano), y que anticipa una línea fértil y frecuente de la nueva narrativa africana posterior al decenio 1950 y que incluye apellidos internacionalmente famosos como el de Soyinka, Ngugi, Laye, Ouologuem, Mphahlele, Abrahams Armah, y otros.

4. La estética narrativa de la juventud

Sarmiento critica, en 1918, la Fiesta de la Raza como una «fiesta fracasada», de nostalgias imperiales; recuerda que la germanofilia y la neutralidad germanófila de España durante la gran guerra acentuaron las diferencias entre Madrid y las ex colonias, hoy repúblicas libres, que si no desprecian a la metrópoli, «*es palmario que la ruta de los ideales de todos esos pueblos jóvenes no pasa por España*» (subrayado mío). De este pueblo joven que somos

los canarios, surge desde el decenio 1890 una claridad modernista que fue antes una estética narrativa y crítica que una estética lírica.

En la narrativa sarmientina la estética de la juventud incluye dos imágenes complementarias: la imagen de la juventud propia de la persona y relacionable con el modernismo vital; y la imagen de la juventud nacional o propia de un pueblo joven, relacionable con el modernismo crítico y cosmopolita en su asunción sureña y diferente del exótico africanismo o surismo o primitivismo de los europeos (y de sus imitadores: Ángel Guerra fue uno). Esta última imagen de la juventud es evidente en los personajes de *Pino* y *La Jaira*, cuentos situados de manera significativa al principio y al fin de *Al largo*, esa obra de bonito título marinero. *Pino*, nombre de mujer y de árbol (nuestros abuelos amasikes reunían la mujer y el árbol bajo el mismo nombre de Teyda, y así apareció la Imagen de Teyda o Imagen de Pino, rebautizada después como madre del Pino y con otros nombres más o menos felices), fue muy reeditado hasta 1940.

En una carta de 1915 a Luis Doreste Silva, Alonso Quesada ve en Sarmiento «el hombre de más hermosa carcajada que he visto en mi vida». Opinión que comparte Rusiñol, para quien el canario tenía «el sagrado don de la risa»; y por Alomar:

Yo vi en él un espíritu liberto, desembarazado de la tiranía de los tópicos, poseedor del sentido de lo ridículo, capaz de reír sanamente, bravamente, lanzando su risa, robusta y abierta, sobre todo panglosismo.

En *Así* y en *Al largo* reaparece la imagen del viejo indiano que ya no puede recuperar la juventud, gastada en la búsqueda de una igualdad apoyada en el dinero. En *El chalet*, el indiano se suicida para dar a sus paisanos una lección que éstos no comprenden. En *Pino*, el viejo indiano rico logra casarse con la muchacha que quiere el

joven pastor; pero antes de entrar en la luna de miel, el viejo morirá bajo las patas de un camello rabioso. En *Las dos novias*, Santanita hace el favor de dejar a su novia para casarse con la hija del jefe, una enferma grave que pronto se muere. Santanita será un rico heredero, pero no puede recuperar el encanto que antes compartió con la mujer que quería.

Así es una de las varias narraciones sarmientinas que transcurren a lo largo de un viaje. La historia sucede entre Buenos Aires y Canarias. Un indiano viejo y egoísta se ha casado con la joven María Rosa. Ella quería a Chin o Joaquín Belzunce; pero tuvo que vender o sacrificar su juventud: su familia era pobre y el dinero del indiano era la solución. El narrador no le reprocha nada a esta Dácil moderna, que «tenía la única libertad de los pobres: se podía morir de hambre» con toda su familia. Pero Chin, que en la Universidad tuvo su época revolucionaria, sí se rebela. Su viaje a Sudamérica no ha mejorado su fortuna, y ahora vuelven los tres en el mismo barco. Rosa, «determinada a ser ella misma de hoy para siempre», abandona el barco, que sigue su viaje hacia España, y se queda con Chin en Las Palmas.

En La Literatura Canaria escrita y oral, y en el idioma hablado, y también en Galdós, el indiano no aparece criticado como en la Literatura Española. Sarmiento critica al indiano con una moderna imagen vital acompañada de una imagen moderna de la juventud. Así se ve en *El sentido de la vida*, cuento dedicado a Luis y Agustín Millares, que le habían dedicado a Sarmiento esa pequeña maravilla que es *Carta de La Habana*. Ese sentido de la vida ordena con buen contrapunto los cuentos personales y locales de *Al largo*; en uno de ellos. Y así murió, vuelve el vacaguaré.

Con esta imagen suya, «porcelana morena y como encendida por suave luz interior», podríamos apalabrar la modernista claridad sarmientina, si las páginas de *Lo que*

fui no fueran tan felices y transparentes como el agua o el aire: el yo del protagonista no se había dividido aún. O como el *sol de África*, que ilumina las azoteas blancas y abiertas a la imaginación viajera y libre desde la infancia. Estas azoteas tan comunicativas pueden esconder el secreto de esa sintaxis de claridad sólo disfrutable en pocas páginas de pocos narradores hispanógrafos. Esa claridad modernista es una gracia, y la desmemoriada o distraída narrativa canaria puede hoy reasumirla con orgullo. Podemos disfrutar *Lo que fui* como uno de los pocos libros felices de nuestra lengua y de todas las lenguas.

Esta introducción conviene relacionarla con la hecha para Luis y Agustín Millares Cubas en esta misma BBC.

5. Esta edición

Sigo el texto de las ediciones príncipes. Las ordeno en serie crónica e incorporo la lista de erratas, puntos que no aparecen en la edición de 1978, única, con ésta, que se ha hecho hasta hoy de Sarmiento, sin olvidar la chiquita Biblioteca Canaria de Leoncio Rodríguez. Corrijo erratas evidentes y actualizo el patrón ortográfico. Esta antología incluye casi toda la narrativa sarmientina reunida en libro: *Muchachita*, *Así* y *Lo que fui*, completas. De *Al largo*, y tras forcejeos con las limitaciones de espacio, sólo se incluyen, con el mismo orden, cinco cuentos; pero hay otros muchos no menos legibles. Los prólogos de Rusiñol en *Así* y de Alomar en *Al largo* han sido prescindidos, como los dibujos del autor, pero no en la edición hecha en 1978 por María Jesús García Domínguez, que incluye además *La juerga triste*, obra de teatro lírico, inédita hasta entonces, y cuya autoría compartió Miguel Sarmiento con el modernista catalán Santiago Rusiñol, de quien fue el canario tan buen amigo como del mallorquín Gabriel Alomar. Los supuestos y las consecuencias de estas amistades artísticas no han sido investigados.

Esta *Obra narrativa*, sin dejar de ser una antología, se ha querido hacer lo más completa posible, por la importancia que tiene en nuestra Literatura Canaria un narrador tan claro, disfrutable y desconocido para lectores comunes y críticos.

PABLO QUINTANA

MUCHACHITA

Allá quedó, en la boca del puerto, columpiándose desvanecido en la penumbra del crepúsculo languideciente. Era un *yacht*, un balandro. Ni de a bordo bajó nadie a tierra ni desde tierra se atracó al costado lancha alguna. Más tarde, al morir el día, izaron la bombilla de puerto y con su luz llegó a la costa el *aaa* de un cantar melancólicamente perdido en el sosiego de la noche estrellada...

Frente al Terreno. Mayo 6

Acabo de llegar. No salto; es muy tarde. Apenas fondeado, siento ya el miedo a las decepciones. ¿Encontraré junto a la abuelita blanca, en ese caserío, una visión de mi hogar deshecho? ¡Es angustia! Jamás mi alma se ha visto tan horriblemente sola. ¡Cómo resurge el deseo de mi madre muerta! No es ansia de amor gozado y perdido. No conocí a mi madre, tampoco mi hogar; ni éste ni aquélla me dejaron la plasticidad del recuerdo. Y sin embargo, su falta ha sido trascendental en el desarrollo de mi espíritu. La tendencia a esos amores desconocidos que la realidad habría atenuado lentamente, degeneró en mí, que no hallé objeto dónde encarnarla, en un lirismo que hoy falsea todos mis sentimientos.

La última lucha en defensa de mis *Almas artificiales* me ha aislado intelectualmente. Ni el público, ni la crítica, ni yo acertamos a comprendernos.

La soledad del cerebro trae consigo la de los afectos.

Me quedo solo. Y esa soledad, símbolo, para muchos, de la fortaleza del hombre, es la mayor tortura que pueda haber. Desgarra. Abandonado a ella despiértase hoy en mí el lirismo adormecido, emoción de niño sin besos. Y en peregrinaje doloroso vuelvo a Mallorca, al cabo de los años, en busca de mis sombras ignoradas y perdidas... Ahí, en Bellver, en el hogar de mis amigos, donde mi madre vivió y fue venerada, acaso encuentre cariño con que templar mi crisis lírica.

Quiero mimo, caricias, quiero descansar, vegetar, dejarme vivir. Habitaré en el bosque entre los pinos, y de tarde, cuando la bahía se duerma bajo la serenidad del crepúsculo, me tenderé allá arriba en las peñas tibias aún de sol, como en lecho de amores.

No escribiré. El arte, en ciertos momentos de la vida, no es para mí un consuelo; es un vicio y un dolor más.

«Las cartas amorosas —ha dicho Maupassant en *Notre Coeur*— son más perjudiciales para el que las escribe que para el que las recibe». Y esas palabras, con que el poeta psicólogo caracterizaba una fase del Amor, yo las aplico al Arte. ¿Qué son nuestras obras y, sobre todo, las obras de la juventud, más que la historia de nuestros amores? Sí; el Arte ha dejado en mí una vibración perenne, vaga resonancia de cristal. Es una segunda alma, el yo lírico predispuesto al sufrir sin causa, sugestionado todavía por las primeras lecturas de la adolescencia. El exceso de análisis en el estudio de los caracteres ficticios ha complicado mis pasiones.

Chil apagó la bujía; y se echó en el sofá-litera, al suave cuneo de la mar, en la sombra. Mecíase el *Sakuntala* sobre el ancla de estribor; a cada vaivén lanzaba el aparejo un quejido prolongado. Por el marco de la escotilla asomaba una estrella. A través de la amurada percibía Enrique el glapoteo del agua. Era de las grandes ondas que se deslizaban por fuera lamiendo al *yacht*, rondando en marcha silenciosa hacia el fondo del puerto.

I

El trajín del baldeo le despertó. Vistióse a prisa, impaciente. Blanqueaban los caseríos en los desmontes y en las rocas de la orilla, al borde del agua muerta, llena de reflejos claros. En el declive de Bellver, entre el bosque y la mar, las casitas blancas, los *chalets* rosados abrían por sobre sus jardines diminutos, las ventanas a lo infinito... Y en lo alto, en la cima, el castillo de Bellver tendía su arco, y los pinos diseñaban la nota esmeralda de su follaje en el cielo azul, puro, de acuarela.

Sentado en la borda, Enrique tarareaba gozoso columpiando las piernas sobre la glauca profundidad, que parecía dormir aún, en calma, bajo los astros de la noche borrados en el cielo. En aquel amanecer de mayo estremecían todo su cuerpo los escalofríos de una ventura suprema, loco placer de pájaro libre: volaría, nadaría, se revolvería con todo el abandono de un hombre primitivo. Sus ojos eran de beodo, su aliento, de forjador. Intensamente aspiraba el aire y con él la inmensa alegría del despertar de la luz.

—¡Qué lejos estarán de imaginarme aquí, a un paso! —decía Enrique pensando en sus amigos—. Desde a bordo divisaba la casita de éstos, allá arriba, junto al bosque: el jardín, la terraza donde, al llamar él, se asomaban Aura y Chita (*), dos cabezas rubias, un retazo de

(*) Aféresis del diminutivo Conchita.

gloria. ¡Oh, lugar bendito, nido dichoso! ¡Cuánto tiempo sin verte!

A lo largo de la costa, la ciudad en penumbra y medio fundida en niebla, se levantaba sobre el fondo de sol que inundaba ya los campos de la isla. Desde los rincones del puerto llegaban hasta Chil rumores de martilleo de calafates. Las campanas de las iglesias cantaban más sonoras en el ambiente diáfano. Acá y allá, espirales de humo subían lentamente desvaneciéndose en la luz, como gotas de tinta en agua serena...

Todo era hermoso; insensiblemente Enrique volvía los gemelos y los clavaba en la casa de sus amigos. A la terraza de ella asomóse una niña; sacudió un paño, y se ocultó después. El corazón del novelista dio un vuelco.

Quiso Enrique ir a pie al Terreno. Seguía la carretera encajonada entre tapias, por los desmontes de la costa.

Pasaban los tranvías con alegre *tintinar* y las cortinillas al viento; se alejaban cabeceando, cuesta abajo, hasta esconderse tras de un recodo del camino. Sentía Chil impulsos de correr, de gritar y alcanzar el coche. Llegaría más pronto... sin embargo, no: a pie. Quedaba la carretera solitaria, estremecida aún por las ruedas de los vehículos, polvorosa, caliente, como un surco lleno de sol. Todavía duraba en el novelista el gozo infantil de pájaro libre: vibraba su alma dulcemente, a cada paso. Quería demorar la realización de sus deseos, embriagarse con la perspectiva de una dicha tan próxima y con tal fuerza codiciada. Iba a pie por eso, por egoísmo ¡y quién sabe si por miedo!

Miedo a encontrar junto a la aspiración satisfecha, el desencanto: dolor mayor que la angustia del anhelo no realizado que si nos trae la tortura de nuestra impotencia, nos deja también el consuelo de la esperanza de conseguirlo.

El Terreno parecía abandonado. Sólo, tras de las persianas de una casa, resonaban los gritos de unos chiquillos con esa sonoridad que la voz adquiere en las habitaciones espaciosas y de corto mueblaje. Enrique avanzaba entre muros blancos de jardines floridos, por una calle en cuesta, cerrada en lo alto y al fondo por el bosque y el castillo. Al encontrarse en la calle de Villalonga el corazón le palpitó violentamente. —¡Allí es!

Llamó al cancel. En la terraza asomóse una cabecita, ¡una sola! —Aura.

—Mamá, un caballero —Después la muchacha se quedó sobrecogida—... Mamá, si es Enrique... Enrique, entre usted, suba... ¡Mamá!

—¡Usted, usted!, ¿por qué le trataría Aura de usted?...

II

—¿Chita?

—¿Chita? En el colegio... Nuestra vida no es tan alegre como tú piensas. La pobre mamá...

Y la garganta de doña Amparo onduló penosamente.

Chil no contestó; miraba a la abuelita. ¡Dios mío! Allí estaba el fantasma blanco, la pobre loca con las piernas paralizadas y el cuerpo hundido, entre almohadones, en un viejo sillón conventual. De su antigua viveza, no le quedaba a la abuela más que una sonrisa lánguida, dulce como hija de la caricia de un beso sin fin. Ante la mirada de Enrique la loca empezó a cantar:

*Arroró niño chiquito,
Arroró que viene el coco...*

Era la canción serena de la infancia en el país canario; era la canción de ritmo árabe que, a través del tiempo, volvía a los labios de la vieja trocada en niña por la locura.

Jam...jam...

Ante el infortunio de aquella abuelita, que tanto quisiera a la madre de Chil, sintió éste una congoja indefinible, como si algo de su propia madre, lo único que de ella le restaba, se le muriese allá en lo hondo del corazón, donde esas cosas se mueren.

Arrorró... arrorró...

Enrique tuvo una mirada de súplica; hacíaale daño aquella alegría cantada por tamaña tristeza.

Doña Amparo lo comprendió.

—No... Déjala... cantaría más... Ella es la que menos sufre aquí... Aura no está bien, no y no. El aire del campo la mantiene, no la cura... Pasamos los inviernos en un sobresalto continuo... ¡Hija! ¡Aura!...

Aura, que había desaparecido luego de los primeros saludos, entró; sentóse en un taburete, y se puso a coser, en silencio. Un reflejo de las vidrieras de la puerta caía sobre su gentil figura. El novelista se quedó contemplándola con esa mirada bobalicona con que se examina, tras larga ausencia, seres y objetos que un día conocimos. ¡Y qué bella estaba la muchachita! En el rectángulo azul-luminoso que la puerta recortaba sobre el cielo, destacábase, por oscuro, la silueta de la joven rodeada de un perfil de luz que, en la pelusa del cabello rubio-quemado se deshacía en nimbo, como aureola de un astro oculto. Enrique sentíase conmovido dolorosamente. ¡Y tan bien como se estaba allí, en la fresca habitación en sombra, en aquel mediodía de sol bochornoso!

¡Oh vida! Enrique se levantó.

—Me voy.

—Pero ¿qué? ¿No aguardas a Federico y a Chita? Vendrán pronto. Comerás con nosotros...

—No, gracias. Tengo que hacer. Volveré por la tarde...

Salió. Bajaba resbalando por las callejas en cuesta, arrastrado por el impulso de meterse a bordo, a fastidiarse y sufrir a solas. Contenía su pensamiento y la emoción, buscaba el *yacht* como los chiquillos azotados en la calle lejos de su casa y familia, buscan el zaguán de la casa o la presencia de la familia para echarse a llorar. Al borrarse la intensidad de la impresión primera, le sobrevino un vago recelo: el de quedarse solo con el germen doloroso recogido en aquel rincón, nido de ventura para él, hasta entonces. ¡Oh!, aquella excitación lírica —en parte voluntaria desde el momento en que buscaba la soledad para que fermentara, y no la distracción que la contuviese— era una estupidez. ¿Almas artificiales? ¡Vaya si existen!

Chil pensaba:

—No he visto a Chita. ¡Qué grande será ya! Acaso sus risas me distraigan...

Volvió a la casa.

—¿Qué? ¿Has olvidado algo?

—No. Me quedo. Hace mucho calor.

III

Pues, la verdad: borrada aquella impresión dolorosa, no le causaron tales tristezas el efecto que presumió. ¡Pobre abuela! No contaría ya sus recuerdos a Enrique. Y ella era, en la casita blanca, la que más recuerdos tenía y más contaba por impulso de cariño hacia aquel muchachote, y seducida por el encanto que despierta en los viejos, frente a la juventud, la evocación del pasado. «Mira, hijo, tu madre

cosía tras de los cristales del invernadero. Al pasar la saludábamos siempre así... con la mano. Mira...»

Sí; ya no escucharía de labios de la abuela aquellas nimiedades adoradas. ¿Y qué? La vieja y su familia ¿qué podían contarle que él no supiera ya por boca de ellos? Además, en la situación de entonces Enrique no deseaba esas minucias de la vida ordinaria de su hogar perdido. Chil, a fuerza de acariciar en las frecuentes soledades de su alma, las ideas de hogar y madre, las había transformado, agrandado, hasta convertirlas en pura imaginación. Buscaba —¿cómo explicarlo?— una sensación dulce, algo como el contacto de pluma tibia, el cosquilleo de una mano al pasar por sobre el cabello, acariciándolo, dos ojos profundos y serenos que se abriesen como dos grandes flores, encima de su espíritu turbado.

Aquellas ansias y fantaseos puramente líricos trocábanse ahora, bajo el desengaño, en una voluptuosidad enervante. En otras circunstancias habría buscado esas mismas tristezas con que excitar la sensibilidad y aspirar el refinado placer que para los sentimentales tiene el dolor. Ahora, de ninguna manera. Luego de sus luchas periodísticas ansiaba Chil el reposo de la vida animal, sin ideas ni sentimientos: las horas de pereza, tan dulces después de los días de estudio y los martirios morales. ¡Dejarse vivir! ¡Abandonarse a un vaivén sin iniciativas! Experimentar, en cierto modo, la inefable impresión que, durante el baño, nos causa abandonar el cuerpo sobre las ondas, abrir los brazos al cielo y sentir, en el vientre y en el rostro, la caricia del agua al pasar y el tibio aliento del sol que nos besa...

Aumentaban esa languidez los días de sol que Chil transcurría en la cubierta del *yacht* bajo el toldo rayado por las sombras del aparejo. El *Sakuntala* hallábase atracado de popa al último malecón del muelle en cuya piedra caliza rebotaba la luz violentamente. A lo alto de ese muro se asomaba de tiempo en tiempo, la silueta de algún paseante aburrido que, desde el fondo de la ciudad, llegaba hasta

allí a beber luz y brisa... En aquel rincón del puerto el agua dormía cubierta de placas grasientas matizadas de iris. Alrededor del balandro caía el sol implacable y en el ambiente luminoso todo el paisaje temblaba como visto a través del aire caldeado que arrojan las chimeneas de los grandes hornos. Los desmontes del *Jonquet y Salt d'es cá* desleían su tono rojizo de arcilla en el agua blanca. Los pinos de Bellver se esfumaban en la luz. Las persianas de las casitas se entornaban como párpados lánguidos a medio cerrar en horas de siesta. Allá arriba, casi invisibles en la bruma de luz, cruzaban las gaviotas turbando el silencio de la inmensidad con gritos de niño alegre.

Echado en una silla de tijera, Enrique se desperezaba en deslumbramiento delicioso.

¡Oh, sol! ¡Oh, visiones espléndidas del Mediodía! ¡Vosotras seréis eternamente la aureola en que la mujer se revele al hombre, con toda la ingenuidad, con toda la grandeza del arte pagano!...

...Y allí frente al Terreno, sometido Enrique a la sugestión del paisaje, esa idea de la mujer, se encarnó en Aura. ¡Tenía un encanto tan especial la muchachita! Todo en ella subyugaba: los últimos donaires de la niña y las primeras *ausencias* de la mujer. El traje flexible y claro dejaba transparentar su cuerpo virgen oliendo a juventud. La hubiera estrujado, aspirado como un manojo de yerba nueva.

IV

En el bosque de la Bonanova pasaba Enrique tardes completas. Gustábale vivir en aquel rincón salvaje, parpadear en la claridad verde y cernida, abandonado al místico reposo del pinar sin gente. El bosque se hundía, ladera abajo. En la sombra teñíanse los troncos de color de violeta.

A contra sol el ramaje se extendía como gasa verde-gris, salpicado de puntos de luz dorada. Chil sentíase envuelto en el misterio de la vida del bosque renaciente, en el perpetuo crujir de los brotes nuevos y de las cortezas llorando resina y exhalando aroma...

Descansaba Enrique junto a un pino que derramaba su copa allá, en lo alto, desgrefñada por las rachas de Levante. El por qué de ello no acertaba a definirlo Chil, pero desde un principio ese árbol fue para él otra cosa que los demás: era el tenor, y el resto del bosque, la masa, el coro. ¡Y qué bien cantaba el pino aquel! Enrique apoyaba la cabeza en el tronco.

—Canta, viejo —le decía con la secreta voz del deseo.

Y el árbol, como abuelo cariñoso, al impulso del aire, cantaba lentamente su *arrorró* sin palabras, vago murmurio de mar distante que habla de lo Ignorado y de la Muerte. Y era buen poeta el pino; se conmovía cantando y dejaba caer sobre Chil sus lágrimas de resina. Y poco a poco a aquel himno de muerte y de nostalgia acallaba el otro, el de vida, hasta cernerse por sobre el bosque como la voz de lo eternamente invencible.

Al anochecer dejaba Enrique el bosque para visitar a sus amigos. A esa hora el Terreno cobraba animación; se abrían las puertas a los primeros soplos del crepúsculo. A través de las casas, por el marco de los balcones, se divisaban la bahía y el verdor de los jardines. Los americanos, *nababs* retirados a la isla, sacudían la modorra de la siesta sentados en mecedoras, en la calle, columpiando el vientre voluminoso y colgante por sobre la pretina de los pantalones. En un patio azul-cobalto, una niña, entre macetas de claveles, cantaba con voz queda a las primeras tristezas de la noche. De regreso del baño, subían, por las calles, bandadas de muchachas dejando tras sí una impresión fresca: intenso olor de algas y eco de risas. Allá, abajo, por la carretera, cruzaban los tranvías, los coches arrastrando población trashumante del caserío.

Chil sentía goce profundo, conmovedor. Ya en la terraza de sus amigos y junto a Aura, hablaba como un muchacho, bajo el aleteo de las hojas del parral.

—¿Los grillos? Los quiero mucho. ¿Te ríes? ¡Ah, la muy boba! Va en serio. Para mí son los mejores músicos, los mejores poetas...

—Pues mire que su música es muy agradable: *cri... cri... cri...* ni más ni menos.

—Pero como yo no busco otra música que la que me hace presentir y recordar, saca el resultado. Ya ves tú: hay música de grandes maestros que no me dice nada; en cambio tocan los organillos un vals alegre que siempre me pone triste. No sé cómo se llama. (Tarareando). Bueno, es muy feo; pero lo cantaba una muchacha que vivía frente a mi colegio y que se mató por infidelidades de su novio. Y siempre que escucho ese vals me acuerdo de ella, ¡la pobre! Y con los grillos, lo mismo. Me recuerdan la vida del campo, mis vacaciones pasadas en la costa con la familia de mi tutor...

—Pero...

—Además, te lo diré: estoy muy agradecido a un grillo. Verás, no te rías. Cuando yo era pequeñito, de noche, en el dormitorio soñaba mucho, con negros, con lobos, con el Diablo. ¡Y sudaba! No me atrevía a despertar a mis compañeros. ¡Se reían tanto de mis temores! Pues bien: fuera, en una grieta del balcón del dormitorio, vivía un grillo. Cantaba toda la noche, sin duda, enamorado de alguna estrella. ¡Y si supieses cómo me acompañaba su *cri... cri...*! Yo no sabía de qué modo pagarle el favor: le ponía migas de pan al borde de una maceta. El grillo no las comía. Más tarde averigüé la causa (bromeando). Aquel regalo era una injuria. El grillo, como buen artista, cantaba por cantar: no vendía su trabajo. Pero he pagado el favor, si no a él a toda su familia. No he matado ni un grillo desde entonces...

—Le querrán a usted mucho.

—¿Usted? Pero, dime ¿por qué me tratas de usted? ¿No soy el mismo de antes?

—Sí, pero... Es que no puedo acostumbrarme. ¡Ah! Entonces era yo muy chica, así (señalando una estatura inverosímil por lo pequeña), tenía... ¿Cuántos años hace que usted falta de Mallorca?...

—Y vuelta con el usted. ¡Tú!, mujer...

Trataba Aura de complacerle; pero al asomar el tú a sus labios se ponía roja, se reía nerviosamente; el cuerpo y la voz le temblaban; parecía agitarse en una atmósfera de oxígeno; tecleaba con las manos, en la baranda; las pupilas se le humedecían. ¡Ca! No, no era Chil el mismo de antes. Ahora ¡la miraba de un modo!: intensa, fijamente, hasta secársele los ojos. Frente a ese mirar el usted era para la muchachita como una defensa. ¡Y luego! Aturdíale la conversación con Enrique. Aquel sentimental, que por naturaleza necesitaba expresar cuanto sentía, adoptaba para evitar el mal efecto del espiritualismo en la conversación, ese tono jocoso de confesiones a medias en las que hasta el dolor se disfraza de chiste. Siempre estaba de broma. Cuando decía una nonada la expresaba seriamente; cuando algo de dentro, con un tono zumbón como si se burlase de sí mismo. Aura no sabía qué hacer. ¿Reír? ¿Ponerse seria? Casi siempre se reía.

V

Gozaba Enrique en mantener a Aura bajo el poder de sus ojos y de su conversación siempre indecisa. Aquel flirteo despertaba en Chil encanto inefable. Era algo como retorno a sus amores de niño. En el cielo verde del crepúsculo surgían y se borraban las estrellas de la noche próxima; creeríase que llegaban desde las tinieblas del vacío a romper, como burbujas fosforecentes en el aire diáfano.

Mirándolas nacer, Chita gritaba:

—Mira, mira, ya están guiñando los ojos. Mira otra, allá... por sobre el palomar... Ya veo seis... Y otra... aquélla. ¡Caramba! Ya se escondió... ¿Allí? No, no es. Se fue...

¡Impresión de la hora serena que paraliza el espíritu con el misterio de la vida del espacio donde mueren las últimas luces del día y arden las primeras de la noche más remotas e ignoradas! Aquel mismo paisaje que, a pleno sol, enardecía a Enrique, dejábale ahora, mudo, sin deseos, envuelto en la poesía de los crepúsculos de junio, en las grandes calmas del Mediterráneo. Desde la terraza dominaba Chil el caserío escalonado hasta el mar; los huertos con sus rosales en flor, y los palomares con los últimos arrullos de sus palomas; el horizonte inmenso de las aguas desiertas y sin luz que inunda los ojos contemplativos en serenidad nostálgica. A lo largo de la costa, Palma y sus caseríos. Sobre las planicies de Lluchmayor, una faja de niebla: la noche. Lentamente se borraba el paisaje; perdía la ciudad sus contornos; desleíase la blancura de sus muros en las tintas pálidas de levante.

Bajo esa lejanía de colores muertos brillaban las luces de la ciudad, al borde del agua tersa como prolongación del espacio. En la quietud, en el aire sonoro del crepúsculo, quedaban flotando rumor de conversaciones, ecos de carcajadas, entre las notas de los pianos, de los viejos pianos inválidos transportados a morir en las casas de campo, a rimar con sus últimas vibraciones y aires zarzuelescos las vaciedades de la vida de estío.

Agitaba el cabello de Aura ese viento suave de las alturas, que deja, al pasar, en los oídos, murmullo de cuchicheo ininteligible. Aura sonreía.

—¡Qué silencio! ¿Por qué nos hemos callado? Hay momentos en que el alma se pone más sonora, más transparente. ¿Verdad, tú? Uno de ellos es éste.

—Sí, verdad. Y que parece que una pesa menos. Y que se quiere más la casa, y también todo lo de fuera de ella... los árboles... la mar... Yo estoy alegre... Y todos en esta hora se ponen tristes. ¡He leído tantos versos...!

—Sí, los poetas abusan... Los verdaderos poetas, no. Esta hora aclara el espíritu, transparenta lo que hay en el fondo de él: alegría, amargura, todo... Cuando llegues a querer mucho, mucho, con delirio, conseguirás distinguir los versos de verdad... Todo eso que llaman poesía, cuando es sincera, y aun cantando cosas alegres, resulta triste. En el fondo de ella siempre hay una aspiración. Esa aspiración es lo imposible y lo que no es realidad es dolor, dolor de imaginación, dolor de poesía, pero dolor al cabo. ¿Sabes?

—Oiga, Enrique, su novia última ¿cómo se llamaba?

Aquella pregunta inesperada desconcertó a Chil; le repugnaba que Aura le hablase de aquellos amores. ¿Por qué?

—Hace tanto tiempo (bromeando), que no recuerdo su nombre. ¡Mira, tú!

—¡Vaya!... ¿Y la quiso usted mucho...?

—Tampoco me acuerdo... No te rías. Es la verdad.

—Mejor...

Y Aura pronunció ese mejor de una manera tan ambigua que Enrique buscó con los ojos, en la sombra de la noche, los ojos de la muchacha.

En los huertos y las callejas reanudábanse las conversaciones; las risas eran más estridentes en aquellas alturas del caserío; iluminábase el interior de las casas; oíase el choque de vajilla en el trasiego de la cena. Allá abajo, en el rectángulo de una puerta iluminada, dibujábase la contorsión de la silueta de un hombre. Henchía el aire el aaa... a.. a..a de un bostezo delicioso...

VI

A las ocho de la mañana iba Enrique aprisa, hacia bordo. La acera del muelle se hallaba intransitable. A la puerta de las tabernas, bajo los toldos mugrientos, inútiles a aquella hora en que el sol hería las traseras de las casas, desayunábanse los trabajadores. En una herrería cantaba un yunque al golpear de los martillos. De las tabernas salía humo, olor de fritangas, guitarreos y canturías. Detrás de la Consigna y de las arboladuras de los barcos atracados de popa al muelle, la costa de poniente, el Terreno con el esplendor de su cal reverberante. Siempre la misma alegría de la mañana, del espacio, de las aguas inmensas...

Para abreviar tiempo, Chil dejó la acera y avanzó por medio del arroyo, sorteando los carros. Llevaba el novelista en sus manos un libro: *Qu' est-ce que l'art*, de Tolstoy. ¡Tolstoy! ¡El dios! Como a Daudet, profesaba Enrique al viejo eslavo veneración muy honda. Le sucedía con los escritores lo mismo que con las mujeres: unos le inspiraban sólo admiración, otros se le metían por el alma adentro. La admiración llegaba a cariño, el cariño a esclavitud intelectual. Necesitaba entonces conocer al escritor venerado en todos los detalles de su vida íntima; ansia de saber, que brota únicamente de los grandes afectos. Y era tan profundo ese cariño que, en las horas de angustia, cuando el alma se vuelve a sus amores pidiéndoles sostén, Chil pensaba: «Ellos» (Daudet, Tolstoy) ¿qué me dirían? ¿*Qu' est-ce que l'art*? ¡Es decir, el criterio de Tolstoy acerca de lo más digno de la vida, del Arte que separaba a Enrique de las muchedumbres, y atraía y concentraba sus amores sin objeto en el mundo...!

—¡Qué borrachera! (acariciando el libro). Leeré todo el día... Cerraré las lucernas de la camareta. Mataré a puñetazos las moscas que vengan a zumbar en los cristales. Quiero silencio... Estoy alegre...

No era ese entusiasmo nuevo en Chil. Cuando niño, en la edad de sus primeras aficiones literarias, había sentido ardor semejante. Recordaba aún las tardes de los domingos transcurridas leyendo, horas y horas, en el colegio desierto, en un rincón del dormitorio. ¡Cuántas veces, en plena crisis sentimental, rezó por Lamartine! ¿Había muerto el poeta? Ignorábalo. Ya en aquel tiempo amaba Enrique todo lo que le conmovía, hasta el propio dolor...

Muchas horas pasó Enrique frente al libro. Leía, releía; cerraba los ojos, meditaba los párrafos. ¡Dios, qué desconsuelo! Aquella obra era un ariete contra el arte refinado, contra las aristocracias de la inteligencia exclusivistas, la condenación del Arte oficio, un anatema para toda la vida de Chil consagrada a la literatura. También los cariños intelectuales, como los del corazón, tienen sus dramas. ¡Ah! los más tristes. Si en el corazón muere la fe, aún queda la inteligencia para admirar; pero si en la inteligencia surge la lucha, entonces esos cariños del cerebro se extinguen fatalmente. ¡Maestro, maestro! ¿Piedad? No, no la tenía el maestro consigo mismo. En nombre de su teoría Tolstoy condenaba sus propias obras. ¡Aquellas obras que eran la base de la veneración de Enrique al pensador ruso!

¡Wagner!, otro dios.

¡Otro desencanto! Rechazaba Tolstoy el ideal de ese artista, la compenetración del drama poético con el drama lírico, psicología de la música que tanto admiraba Chil en las obras de Wagner. Y Tolstoy no se limitaba a eso: discutía a Wagner como músico.

La admiración ferviente a los grandes hombres, los une en el fondo del alma con un mismo cariño. Parece que si esos hombres se encontraran en la vida se abrazarían como se abrazan en nuestra inteligencia. Por eso cuando los dioses se divorcian padecemos la necesidad de unir otra vez, de hermanar las opiniones, de personas muy

queridas de nosotros y separadas por antagonismos de caracteres e ideas.

Al anoecer Enrique sintió inquietud inexplicable. ¿Qué? No eran las impresiones de la lectura. Las grandes obras despertaban en Chil, o aquellos conflictos intelectuales o impulsos hacia la labor literaria, seguidos de persistente noción de impotencia que le dejaba inmóvil, horas y horas, en pleno deslumbramiento. Llegaba el instante de ver a Aura. ¿Y? Jamás una costumbre, ni tan siquiera un hábito le pudieron sacar de absorción parecida. ¿Ahora aquella muchacha...? Enrique intentó escribir para distraerse. Inútil. Sus manos se helaban. La piel de la espalda se le estremecía como el agua que se escurre temblorosa a lo largo de una pared... Le sobrevino un estado nervioso irresistible. Se levantó. Por la reducida camareta medio a oscuras se paseaba agitado. De lo más íntimo de su ser una voz le decía: Aquí. Y el corazón golpeando enloquecido le gritaba: No; allá...

Y allá se fue. No hubo remedio.

—(Alto) ¡Eh!... Juan, el bote... (Consigo) ¿Y...? No, no será...

En el trayecto, por mar, desde el balandro a la Pedrera la fiebre de Enrique se calmó lentamente. ¿Para hacer lugar al goce del antojo realizado? No. Para una clarividencia angustiosa. Subía esa clarividencia de las raíces del alma de Chil; se ensanchaba como esos grandes círculos que, al cerrar los párpados, surgen y se dilatan en las tinieblas de la pupila. Remordimiento, pasión incontrastable, pánico. Eso era. ¿Qué hacer?

Frente al Terreno. Julio 2

VII

¿Qué hacer? Sí. ¿Qué hacer? ¿Huir? No cabe otra solución. ¡Pobre muchachita mía! ¿Mía? ¿Lo es, realmente?...

Sea como sea, Aura viene a mí. Aquel «mejor» de la otra tarde me reveló su cariño. Yo... ¿la quiero, también? La repugnancia a hablarle de mis amores lo delata. Al principio vi en esa niña un consuelo; después una curiosidad psicológica. Ahondé en su alma. Así he llegado inconscientemente al análisis. Era para mí un «tema». La inicié en los misterios de la vida con el fin de encontrar en su espíritu una concepción original del Amor. Le hablé de mis obras de mañana. No conseguí vencerme. Es un vicio; no, un procedimiento. Antes de comenzar un trabajo necesito hablar, narrar lo que voy a escribir. De tal manera formo mis obras; la imaginación hierva; las ideas saltan. Por otra parte, sólo la conversación me da la ironía de que carecen mis primeras obras engendradas en el silencio y la soledad. He confiado a Aura todos mis anhelos. Ella ignora mis bajezas de hombre libre; en su alma no pueden desvirtuar la elevación de tantas aspiraciones. Aura se ha forjado de mí un ser ficticio. En el despertar de su pasión de mujer soy para ella el Héroe, el Ensueño. ¿Y ella, a mis ojos? Un «tema»; por sobre el tema, la hembra, el placer en la infinita alegría del vivir. En este mediodía radiante es la obsesión; la quiero, la necesito. Junto a ella me sobrecoge a veces un enternecimiento invencible: llegaría al martirio sólo por alcanzarla. Pasados esos minutos de verdadera angustia, mis fuerzas se multiplican, siento hambre de gritar, de saltar, de hinchar los bíceps. La vida, la lucha, el hombre libre renacen en mí, a despecho de las debilidades de la herencia y del ambiente. ¿Aproximarnos? ¡Utopía! Nos hemos formado el uno del otro dos conceptos muy distintos...

¡Y Aura me quiere! Anoche, en la sombra del jardín, su rostro se inclinó sobre el mío. Luego se irguió impasible bajo el misterio del espacio. ¡Evocación! ¡Ah! Lo que padecí entonces. Quería gritar, matar en el alma de la muchachita mi ser ficticio, el Ensueño; necesitaba que Aura me amase como la amo yo; quería confesarme a ella. Y no pude, no pude. ¡Cobarde! Me suicidaba moralmente.

Me voy. Hay que evitar que el Héroe se convierta en Chil. El primer amor es un fantasma que comparte la dicha de todos los amores que le suceden. Tal vez esta huida me preservará de mayores tristezas. Aura me quiere mucho; ante mí su personalidad desaparece. Pues bien esto constituiría nuestro divorcio. Las grandes pasiones y los grandes cariños son la anulación de la voluntad libre. De esa manera es fácil llegar a la compenetración de dos en uno; estúpida ambición de los amores vulgares. Dos en uno; es decir, uno solo, la soledad de siempre. ¡Qué fastidio...!

VIII

En la acera del Jardín del Rey, Enrique Chil aguarda la llegada del tranvía. Son las cuatro de una tarde esplendorosa. Desde la mar azul-esmeralda y por la calle de la Marina llega la brisa fresca, vivificante. Los plátanos gigantes se columpian cargados de hojas; las persianas de los balcones golpean contra la pared; las faldas de las mujeres se ciñen a las piernas enjutas. En la parada de coches los jamelgos, libres de moscas, alargan el pescuezo y dilatan las narices con deleite. De cara a la mar, Chil aspira el viento que, arriba, por sobre la ciudad inerte, arrastra la inmensa polvareda de sol fecundo hacia los campos de Mallorca. Es el viento, en los instantes de la

despedida de Chil, como una invitación a la libertad solitaria de los grandes horizontes de allá afuera. La mula del tranvía se coloca en los raíles. Por el muelle asoman los dos coches de estío. Avanzan al trote de sus mulas, cabeceando lentamente...

ENRIQUE: (En el coche). Por fin... (Se recoge los pantalones y se sienta). Por fin. ¡Qué tarde! Brisa y sol. Se vive más. (Suben al tranvía dos señores. Uno de ellos usa lentes; el otro lleva una mano vendada. Saludan con una ligera inclinación de cabeza y toman asiento en el banco delantero, de espaldas a Chil). Mi último viaje al Terreno, por ahora. ¡Y quién sabe! Tal vez para siempre. No sé... Esta tierra me fascina. Aura me arrastra hacia el paisaje. El paisaje me lleva hacia Aura: es su cómplice. Huyo de él. Si me quedo, claudico. (No se le ocurre esta frase determinada, sino el concepto de ella). ¡Y qué día para despedirme!... Necesitaré todas mis fuerzas. (Los dos desconocidos hablan de negocios de maderos. Enrique observa la puntuación del diálogo. Se oye el silbar del pito del otro tranvía que baja la cuesta de Santo Domingo. El coche se pone en marcha). Andando. Mejor hubiera hecho en evitar esta despedida... Pero, inútil, me ahogaba a bordo. Y después de todo... así no me quedará la querencia del adiós. Por supuesto, me despediré yo de Aura, mas no Aura de mí. (El tranvía dobla la curva de la Puerta del Muelle. El paisaje se ensancha. A la sombra de unos faluchos embarrancados tres viejos remiendan una red. Un chiquillo desnudo juega con un perro. Entre un brik, en carena, y el «Club de Regatas» se divisan las aguas verdosas del puerto, el Castillo de Bellver, el bosque y los caseríos de poniente). ¡Qué hermoso es esto!... (Pensando de nuevo en Aura). Ni una palabra. ¡Si ella lo supiese...! Me hablaría; quizá me daría a entender... No, no. Entonces, el fracaso seguro. Me conozco... Disculpas para mi huida no me faltarán: un telegrama urgente, unas regatas improvisadas... En fin, me arreglaré. ¡Se acabó... se acabó...! (El cobrador se acerca. Después de pagar, Chil permanece

inmóvil. En su cerebro rebulle sola y tristemente la última frase: *¡se acabó! ¡se acabó!...* De pronto, el desconocido de los lentes hurga a su compañero).

EL DE LOS LENTES: Mírala...

EL DE LA VENDA: ¿Quién?

EL DE LOS LENTES: Ella, hombre... Allí. Por el otro lado, por la acera...

Instintivamente Chil dirige la vista en la dirección señalada. Por la acera cruza doña Amparo. Viste traje de seda cruda. Camina a paso largo con el aplomo de la mujer poseída. Tan remozada va que Enrique duda que sea ella.

EL DE LOS LENTES: Se baja aquí; pero el nido lo tienen muy lejos...

ENRIQUE: (Sin poder contenerse). ¿Qué?...

EL DE LOS LENTES: (Vuelve la cabeza; mira a Chil). ¿Eeh...?

EL DE LA VENDA: (Tratando de ocultar la indiscreción de su amigo). La madera en esas condiciones resultaría muy económica. (Siguen hablando. Al desconocido de los lentes le tiembla la voz. El diálogo es forzado. Hablan por disimular).

Chil se quedó absorto, aislado en plena inconsciencia de cuanto le rodeaba. Después, súbitamente, rompió en ira. ¡Ah, los desconocidos! ¡Los hubiera pateado! La verdad, quería la verdad. ¿Interrogarles? Y, si advertidos de su agitación, le engañaban. Lo mejor era perseguir a la desconocida. Se bajó del coche. Si no era doña Amparo desaparecería la duda; si era ya estaba Enrique camino de descubrir la falta. ¡Amparo, Amparo! Maquinalmente Chil repetía ese nombre, resumen para él de una angustia más.

Levantábase contra aquella revelación, verdad, o calumnia, que llegaba a herirle en sus afectos. A medida que avanzaba, Chil acortaba el paso. En el extremo de la calle de San Magín se detuvo. En la explanada de Santa Catalina, no columbró señal del traje visto; en el puente de la Riera, tampoco. ¿Seguir? ¿Para qué? ¿Por qué? Sobre todo ¿para qué? Sustancialmente aquella angustia significaba otra manifestación del amor de Chil a la muchachita: el amor a la hija sublevado y tal vez acrecentado por la sospechada liviandad de la madre. ¿Ir al Terreno? Si por suerte doña Amparo no había salido ¡de qué peso se libraría Chil, entonces! ¿Y si no la encontraba?... Enrique estuvo a punto de volver a bordo; de huir sin despedirse y con la duda. Como siempre retrocedía ante la verdad cruel. La incertidumbre por lo mismo que es un hábito, también es un consuelo para los espíritus vacilantes.

En la terraza sentada en el sillón duerme la abuela. El viento la acaricia y agita los mechones de su cabello blanco. Junto a ella teje Aura un encaje de bolillo. En el jardín María, la camarera, cuelga de los rosales unos pañuelos recién lavados y Chita hace bailar una araña en el extremo de un palitroque. Aura sonríe misteriosamente; contempla el paisaje; levanta los ojos a lo alto: se lleva en las pupilas negras y doradas como corola de pensamiento la serenidad de los horizontes. Silencio. Muere la luz lentamente. Cruza un pájaro hacia el pinar. Después, la quietud de antes interrumpida sólo por el choque de los palillos en las manos de Aura. Enrique aparece en la cancela del jardín.

ENRIQUE: La casa muerta. Nadie respira. (Bromeando con risa forzada).

AURA: El... (Se levanta, deja el mundillo y se sacude el delantal).

CHITA: ¿Quién...? ¡Oh, Riq! ¡Qué tarde! ¿No dijiste...?

ENRIQUE: ¿Qué te dije? (Coge a Chita por la barbilla; le besa en la frente. Mira a Aura). ¿Y t... tu madre?

AURA: ¡Mamá? En Palma...

ENRIQUE: (Sube a la terraza). ¿Qué tal...? (Emocionado acércase a la abuelita y la acaricia. Se esfuerza por disimular la agitación que le turba). No la he visto...

AURA.—Bajó muy temprano. Visitas...

ENRIQUE: Aura, dame una flor. De aquéllas. ¡Qué calor tengo!

AURA: (Observa a Enrique con ojos extraños). ¿Blanca? (Trae la flor). Ésta.

ENRIQUE: Pónmela...

AURA: ¡Qué comodidad! (Trata de poner la flor a Enrique. De súbito éste le estruja la mano. La flor cae medio deshecha al suelo).

ENRIQUE: Aura... ¡Aura! (Con emoción suprema como si todas sus dudas y dolores le subiesen a la garganta para romper en grito salvaje).

AURA: (Con voz casi aspirada). ¡La flor!

La abuelita se despierta. Suavemente entreabre los párpados. Se queda con los grandes ojos fijos en Aura.

CHITA: ¡Las estrellas! ¡Las estrellas!

AURA: (Siente la mirada de la enferma). ¡Abuelita! (Corre hacia ella; la besa. Vuelve al lado de Enrique con los ojos llenos de lágrimas).

ENRIQUE: ¡No seas boba! No llores. Nunca sabe uno si es el mal. No me escuches.

AURA: (Sin comprender). ¿El mal...?

ENRIQUE: (Apoya los codos en la baranda y la cabeza en las manos. Piensa). El mal... He caído. Me levantaré: ¡Si me entregase a Aura y esa calumnia resultara cierta! Acaso concluiría por divorciar a la madre de la hija. El cariño entre ambas sería para mí una preocupación. ¿Separarlas? Con la verdad podría lograrlo. La verdad sería el drama. Y no tengo derecho a decir la verdad. ¡Oh! Aura no podría sustituir el cariño a su madre con el cariño a mí. Yo me cansaría de corresponderla ¿Y ella?... También se cansaría. Y nos quedaríamos con el alma solitaria. (Satisfecho de encontrar un pretexto con que disculparse a sí mismo la fuga). Me voy. (Contemplando de reojo a Aura). ¡Y qué bonita...!

Cierra la noche en reposo absoluto.

ENRIQUE: M... me voy...

Aura y Chita le acompañan hasta la cancela. Enrique besa a Chita. Luego se queda contemplando a Aura. No puede contenerse: la coge entre los brazos y con impulso brutal la estrecha hasta hundir las ballenas del corsé de la muchacha, en el pecho conmovido. Luego, con la unción de una caricia mística, encierra la cabeza de Aura entre las manos trémulas y pone en su frente sobre la pelusa del cabello que la rodea como nimbo un beso dulce, largo, doloroso...

IX

Con el terral y en las primeras horas de la madrugada se levó el balandro. Al parpadeo de las estrellas y la débil claridad de una puesta de luna se extendía el paisaje silencioso. Reposaban los vapores negros e inmóviles atracados de popa al muelle desierto. En la costa, los muros desvanecidos de Santa Catalina y Palma. Quietud inefable en mar y tierra. Tras de las montañas palpitaban los relámpagos de una tormenta que cruzaba muy lejos, por

el otro lado del horizonte. El agua parecía reposar con dulce chapoteo en la costa; a veces rompía la superficie el coletazo de un pez; luego quedaba serena temblando enamorada de los astros de la inmensidad y el reflejo de una luz perdida en la orilla.

El *yacht* viraba lenta y calladamente con rumbo al Corp-Marí, en busca de viento. De pie en cubierta, con los chicotes de los palanquines del timón en la mano y la pipa en la boca Enrique gobernaba el balandro. A cada chupadura el fuego de la pipa revivía e iluminaba con resplandor de brasa el semblante de Chil. Llevaba éste los ojos puestos tanto como en el *Sakuntala* en el caserío mudo —en aquellas horas en que descansa el hombre y los astros hablan desde la lejanía del espacio. Ni una ventana abierta, ni una chispa de luz. Y junto al pinar y adivinada en la sombra, la casita de sus amores cerrada, dormida también.

Las maniobras distrajeron a Enrique. Después, orientado el velamen y el rumbo fijo, sintió de nuevo y con mayor empuje las agonías de aquella noche. Se marchaba con la idea de un regreso seguro y próximo. Dejaba allí un amor espiritualizado en aquel trance de la separación y acaso irresistible en el aislamiento de la ausencia; dejaba el misterio de un drama que le ponía el ánimo en zozobra. Huía de la muchachita; y sin embargo, no dominaba el deseo de cerciorarse de la falta de Amparo, de la mujer a cuyo eterno influjo Aura crecía. Este deseo brotaba de la persuasión de la vuelta inevitable y de algo así como ansia anticipada de librar a la muchachita de toda impureza. En sus despreocupaciones de psicólogo encontraba Enrique perdón para la mujer caída, no frialdad suficiente para transigir con el perpetuo contacto de aquellas dos almas. ¿Y cómo impedirlo? Avante.

Se alejaban de la costa. La mar se agrandaba ondulando, sin rompimientos de espuma, bajo el cielo pálido del ama-

necer. El *Sakuntala* deslizábase ahora en popa con el casco estremecido y la inmensa ala blanca tendida al viento sobre el agua fugitiva. Mallorca se desleía en la mar desierta y sin fin. Y allá en las vaguedades de oriente levantábase el sol rojizo, sin aureola: brasa de oro en aparición magnífica. Al salir tendió desde el horizonte al *Sakuntala*, una rielación brillante; saltó de onda en onda, y lejos, a lo largo de la costa mallorquina, relumbraron los caseríos como la espuma de una inmensa ola petrificada al romper...

Al crepúsculo de la tarde no quedaba de Mallorca a la vista más que un jirón de niebla tendido en el horizonte. ¡Momento supremo! Mientras Enrique pudo columbrar la isla no le faltó brío para avanzar. Llegado el instante de perderla en la distancia y en la noche, las fuerzas le abandonaron.

—Orza, Juan —gritó con voz de angustia.

Por sobre la cabeza de Enrique cruzó la mayor arras-trando los cuadernales de la botavara y restallando a las últimas luces del día. Hinchóse la vela, se inclinó a barlovento el *yacht* y partió. Volaba por la mar violácea bajo la inmensidad verde y transparente que la noche inundaba con su reguero de estrellas y su melancolía infinita.

X

Muy lejos, en las nieblas crepusculares, un faro abría su aureola moribunda. La claridad confortó a Chil. Frente a la tierra invisible barloventeaba el *yacht* a grandes bordadas: de la mar a la luz, de la luz a la mar. Y al mismo tiempo pasaba Enrique de la angustia a la alegría, de la alegría a la angustia, fascinado por aquella luz, único resto

de Mallorca que, en la noche serena, le hablaba de Aura. A las doce Juan picó la hora en la campana. Miguel entró de cuarto.

—Señor, allá viene el levante. Mire las estrellas, allí. ¡Cómo bailan! Mañana otra vez en el puerto. ¿No? Ya verá...

El viento... ¡Qué esperanza! Volverían a fondearse a la sombra de los pinos. Así no tendría que decidirse. Las almas débiles nunca aceptan la responsabilidad de sus resoluciones: necesitan que el medio las lleve a la acción. Ven inevitable el término de sus deseos; y al cumplirlos no encuentran en sí más que impulsos momentáneos. Viven en plena incertidumbre hasta que ese algo externo les impone la resolución definitiva.

La predicción de Miguel no era segura o el levante soplabla a larga distancia. De bordada a fuera, se les quedó el viento. Las grandes ondas parecían llegar desde el horizonte arrastrando en su lomo el reflejo de los astros; levantaban al *yacht* dulcemente, y seguían el viaje hacia lo desconocido. La escandalosa chasqueaba y, en los segundos de quietud absoluta, oíase el tic-tac del reló colgado abajo, junto al barómetro, en el testero de la cámara cuadrada y honda como cisterna vacía. En la noche el rostro del patrón se destacaba a la luz de la brújula. Enrique se retiró a dormir; no pudo conciliar el sueño. El *Sakuntala* permanecía aboyado. Mecíase con largos quejidos de gozne sin aceite; crujía la tablazón; temblaba un cristal; bajo el techo de la cámara percibíase el roce de la mayor balanceando su ala muerta, sin viento, arriba en el espacio y en la sombra. Chil se adormecía; de pronto, un bandazo más fuerte, le alzaba sobrecoído.

—¡Miguel!

En la porta asomaba la cabeza del patrón.

—¿Levante?

—No, pero vendrá.

¡Vendría! La idea del viento, cómplice de sus ansias, concluyó por desvelarle. En la mesa y en un búcaro apriisionado entre libros, se deshojaba un ramo de rosas. En los cortos silencios que reinaban se oía el estallar de las flores al deshacerse. Aquel tic-tic de carcoma crispaba los nervios de Enrique. De un manotazo el artista chafó las flores; ramo, búcaro y libros cayeron al suelo; sobre la alfombra el agua del búcaro corrió en zic-zac, de banda a banda. Arrebujado en su capote y con la pipa en los dientes Enrique se fue a cubierta. Allá por el sur, navegando en aguas del balandro avanzaba un hilo de luces: una escuadra. Para determinar la situación del *yacht* encendió Chil la bombilla de popa. La escuadra no desvió su rumbo. Negros, inmensos como catedrales y con la vida misteriosa de sus mil luces desfilaron los acorazados junto al balandro a la claridad indecisa de las estrellas. En la oscuridad las ondas se abrían. Chil percibió claramente el tum-tum de las máquinas y fuera el hervir de las aguas batidas por las grandes hélices. Sobre el resplandor de las lumbreras veíanse cruzar las sombras de los tripulantes de aquellos buques ignorados. Después, quietud; la visión se deshizo. Era la Vida y la Muerte que pasaban. Y otra vez el *yacht* quedó solo en la inmensidad columpiándose en la espuma de las estelas de los fantasmas desvanecidos.

Aquella impresión profunda y bárbara dejó en el artista la sugestión sublime de la Fuerza. No le aplastó moralmente; al contrario, sintió como un renacimiento de vida primitiva; la conciencia de su propia individualidad física encarnada en el deseo único y supremo: Aura.

¡El levante! ¡Al fin! Toda la noche lo había esperado Enrique. Diminuto, perdido en mar de oro, bajo las ondas de aire y de luz volaba el *Sakuntala* hacia Mallorca arrastrado por la ventolera.

XI

¡El nido! Era allí: una casa de campo, una gota de cal en medio de los plantíos, besada por el aire de la mar que llegaba tierra adentro saturado en la alegría de las olas y de la huerta. Muchos días invirtió Chil en dar con el refugio de aquellos amores. Al cabo satisfizo el deseo tenaz. Habitaba los bajos de la casa un matrimonio de labrantines. La codicia que un día les llevó a transigir con aquel contubernio, les desató ahora la lengua. A las dádivas y amenazas de Enrique, cantaron de plano.

Y allí, frente a la casa, permanecía el artista, una tarde de agosto, acechando, por tercera o cuarta vez, la llegada de Amparo. Cada noche, al regresar al *yacht*, Chil se decía: «Bueno. Me he convencido. Los he visto. No vuelvo.» Y cada día tornaba al mismo lugar compelido por el impulso generoso, infantil, de cortar el paso a la mujer y decirle todo y perdonarle todo. ¡Perdón! ¿Qué derecho el suyo para absolverla? El recuerdo de la muchachita le asaltaba entonces: con el derecho de Aura; otra prueba de la fatalidad de aquel amor que, salvando las reservas del espíritu y desmintiendo las notas del *Diario* de Enrique, buscaba, en la compenetración de las dos almas, iguales y comunes prerrogativas. ¡Pobre Aura! ¡Cuánto tiempo transcurrido, después de la arribada del *Sakuntala*, sin verla, sin llegar ni una sola vez a la cancela del jardincillo! Primero el afán de inquirir la pista de los amores de Amparo y de evitar en la mujer toda cautela, y luego, confirmada la sospecha, el disgusto de volver a Aura sin una resolución radical y reprimiendo las emociones, paralizaban a Enrique frente a los muros del caserío.

Al abrigo de un algarrobo, cuyos gajos barrían el suelo, continuaba Chil en el mismo estado de zozobra que las tardes anteriores. Lejos, en el límite de la llanura, el Molinar destacaba sobre la línea azul de la mar distante las torrecillas de sus molinos coronados de aspas descoyuntadas, sin movimiento. No lejos del árbol chirriaban las ruedas de una

noria y, alrededor del brocal del pozo y al chorrear de los arcaduces, giraba el macho, vendados los ojos y columpiando las orejas. Poco a poco fue uniéndose al chirrido de la noria el eco del rodar de un coche; se aproximaba por la carretera, por detrás de las tapias de los cercados. El corazón de Enrique palpitó conmovido. Amparo llegaba. Desde el escondite, Chil la miró acercarse a lo largo de los plantíos, recogida la falda y envuelto el busto en el tinte cárdeno del sol tamizado al través de la seda roja de la sombrilla. Instintivamente Chil se ocultó; mas de súbito, como si el miedo mismo reaccionara en él despertando sus fuerzas escasas, sintió que su resolución llegaba al último límite venciendo la resistencia de su cobardía. Salió de la sombra del algarrobo; marchó a cielo descubierto.

—¡Psit!... Psit...

Amparo se detuvo; hizo pantalla con una de sus manos: miró. Enrique salía ya de los plantíos.

—¡Amparo!

Al reconocer a Chil la mujer se agitó ligeramente.

—¡Tú aquí!

—¡Amparo! se lo ruego: no vuelva usted a esa casa, por lo que más quiera... Por Aura...

La voz de Enrique temblaba. Los labios de la mujer se contrajeron; tras el velito color de violeta los ojos se le llenaron de espanto.

—¿Qué quieres decir?

Disimulaba torpemente; la propia turbación la vendía.

—¡Si lo sé...!

La revelación estuvo más que en estas mismas frases en el tono y la expresión de Chil al pronunciarlas. Amparo cerró los ojos; sus manos palidecieron.

—Enrique, ¿qué mal te he hecho para que me trates así? Te engañas. Vete.

—Se queja usted: al quejarse se descubre. ¡Amparo, Amparo!

La mujer bajó la cabeza, plegó la sombrilla; continuó su marcha.

—Amparo, atienda, mire...

No se detuvo. Clavado, sin osar seguirla, Enrique la vio ir por en medio de las huertas, lentamente, en actitud de infinita desolación. En el término de la vereda, entre el verdor de los sembrados, mirándose en la mansa corriente de las acequias de riego, lucía la casa a la luz del crepúsculo magnífico...

XII

Al día siguiente, por la tarde, Enrique Chil estuvo en el Terreno. Halló la casa de sus amigos como jaula sin pájaros. Aura y Chita estaban con su padre de excursión en Sóller; excursión organizada en el primer aleteo de un despertar alegre después de un gran chubasco de agosto. Aquella misma noche regresarían. En la casa sólo halló Enrique a la abuelita y a las criadas. Amparo había salido; estaba en la ciudad.

—Aguardaré —dijo Enrique.

Esperó horas enteras. Paseábase febril de un extremo a otro de la terraza con sumo cuidado de no tocar las rendijas del piso; caminaba anhelante como si en tal empeño se jugara la vida. Pensaba: «Si me equivoco, no conseguiré cosa alguna.» Dos torpederos ingleses encendían sus luces fondeados, como dos guiones, en la gran bahía,

en medio del agua de una coloración ideal, rosada, casi blanca en primer término, violada allá lejos en la niebla, de donde surgía áurea y sin contornos la luna. Desde las azoteas, desde los callejones en rampa del monte al mar, los chiquillos, cogidos de las manos, la saludaban girando en círculo lentamente, cantando en el silencio del anochecer.

Vibró la campanilla de la cancela: Amparo entraba. Enrique la vio aproximarse por el jardín apartando las ramas de los naranjeros. Delante de Chil la mujer se paró indecisa.

—¡Tú! ¡Qué oscuridad! Esa muchacha...

Encendieron la luz. Amparo se detuvo a despojarse de su toca de violeta, frente al gran espejo que, sobre el mármol de la chimenea y en la penumbra de la pantalla del quinqué, daba la impresión refrigerante de aguas serenas a la sombra. Altos los brazos, sin estorbo las líneas del busto espléndido, hablaba Amparo en voz nerviosa del viaje de su marido y de sus hijas. Al hablar observaba la imagen de Chil en el fondo del espejo. En una mecedora Enrique permanecía inmóvil.

La mujer calló.

—Amparo...

Ahora la llamaba él. Su voz tenía vibraciones de ira y de súplica. Instantáneamente, como si diera el rostro a un peligro, la mujer se volvió hacia Enrique.

—Amparo, ha hecho usted mal. No debió usted decir palabra de cuanto pasó ayer entre nosotros...

—Enrique, no me hables más de ese asunto. Te lo exijo, ¿entiendes? Te engañas...

Quedaron en silencio. Sus ojos se encontraron. Sus almas se espiaban. Los de la mujer parecían decir: «No, no me cree».

¿Cómo persuadirle?... Para disculparse comenzó Amparo a contar la historia de una asociación benéfica, las visitas a una familia sin sostén. Enrique hizo un ademán de disgusto.

—¡Si es inútil! Anoche ese hombre estuvo a bordo. Me injurió...

Era verdad. Amparo dejóse caer en una otomana y ocultó las manos entre las rodillas. Chil añadió irónicamente:

—Ha hecho usted mal en confiarse a hombre tan impetuoso.

—Mentira... Pero si es mentira, no es verdad.

—Casi nos abofeteamos. Me contuve. ¡Lo que sufrí! Ahora vengo a pedirle a usted el precio de mi sacrificio.

—No, no. Y dime: ¿aunque todas esas infamias resultaran ciertas, con qué derecho vienes tú...?

Enrique vaciló.

—Amparo, ayer se lo dije: por usted, por Aura... Yo me he sacrificado, sacrífiquese usted. Rompa esas relaciones.

Siguió un minuto de silencio. Después agregó Enrique como si continuara breve discurso mental.

—¿Con qué derecho? No lo sé. Hay un deber que cumplir, Amparo. Lo demás ¿qué importa? Y quizá no me falte razón. Cuando se quiere mucho, mucho, se tiene derecho a defender las personas queridas. Al defenderlas nos defendemos. Todos somos egoístas...

Procuraba ablandarla, conquistarla con una de esas ingeniosidades psicológicas, mitad requiebro que tanto gustan a las mujeres. Amparo con la cabeza continuaba diciendo que no, que no, que todo lo de sus amores era calumnia, mentira.

—Escuche: con ese hombre me encuentro en situación difícil. ¿Qué hacer? ¿Batirnos? Será el escándalo. No faltará

alma piadosa que investigue y siembre, a los cuatro vientos, la causa del lance. (Los labios de Enrique se contrajeron con cierta ironía al pronunciar esta última palabra). La vergüenza caerá sobre ustedes. ¡En Aura, Amparo, en Aura!... Usted conoce a la gente.

La mujer negaba. ¡Que no, que no! Ante aquella tenacidad Chil tuvo un instante de ira y desaliento.

—Bien está. Yo buscaré a ese hombre; le abofetearé. Nada de lances estúpidos. La satisfacción me la debo a mí. Anoche solo en la cámara, me ahogaba de ira. He venido a usted como un amigo, y usted no me escucha. Hasta ahora la murmuración se ha parado frente a esta casa. Con el escándalo será imposible contenerla.

Por la terraza cruzó María, la camarera, arrastrando el sillón de la abuelita. Olvidada por todos, la enferma había dormido a la luz de la luna. Con los ojos quietos, Amparo y Enrique contemplaban cruzar la aparición repentina y lamentable.

—Y tal vez mi sacrificio —siguió diciendo Enrique— serviría de poco. ¿Tal vez? No, de seguro. No se abrirían antes de tiempo a la murmuración estas puertas. Sin embargo, llegaría la hora de penetrar hasta aquí. ¿Y entonces? Hay otros que saben y comentan esas relaciones...

Y refirió la conversación sorprendida en uno de sus últimos viajes al Terreno. Al conducir, la mujer, con los brazos rígidos y las manos clavadas en el asiento, miró a Enrique fijamente. El novelista la interrogaba. Con su mirar parecía decirle: «Vamos ¿qué dice, qué hace usted?» Ella no movió los labios. Con lentitud de hoja de árbol que languidece, apoyó la cabeza sobre las rodillas, entre las manos. Lloraba sin gemidos. Se levantó. Sus ojos, a través del llanto, esplendían luz de esperanza.

—¡Tú, tú no harás eso, Enrique!

—¡Que no! ¿Por qué no?

—Por Aura.

Enrique calló.

En la penumbra de la pantalla, en el marco de la puerta, sobre el cielo colmado de luna, apareció la muchachita...

XIII

Aura en la ciudad, Aura de visita, Aura de paseo: Aura no estaba nunca en su casa. En ésta no la vio más Enrique, desde aquella noche memorable. Amparo rehuía encontrarse con él. A partir de tal fecha las visitas de Enrique fueron más cortas y a más largo plazo. Siguieron para el escritor días de malestar, de verdadero hastío. El aislamiento en que vivía dispó la nobleza de sus primeros arranques. Y en su corazón quedaron creciendo en los interminables soliloquios del cerebro, el cruel punzar de haber retrocedido frente a otro hombre y la protesta de la separación forzosa de la muchachita.

Forzosa. No se equivocaba. El convencerse Amparo de que Chil la había sorprendido decidió aquel alejamiento de una manera irrevocable. No se atrevió a medir la magnitud de su falta. Había caído irremisiblemente empujada por su temperamento y ese tedio hijo de aspiraciones a lo ignorado que fragua en la imaginación de las mujeres el divorcio de las almas, y a veces las tragedias ocultas de la infidelidad. Su amor y su delito se le presentaban como un mundo aparte, como una ventana abierta en la monotonía del vivir cotidiano y una inquietud fascinadora. El otro mundo era el hogar, la madre enferma, Aura, Chita; el jardín en pleno verano; el rincón de la chimenea en los días de invierno detrás de los vidrios, bajo la lluvia, en los horizontes de la bahía desierta y gris. Y esos dos mundos eran irreconciliables. Por eso la mujer se oponía a la intimidad creciente de Aura, encarnación de aquel hogar, con Enrique, testigo de las traiciones de su alma inquieta. El cariño de Amparo hacia Aura rayaba en ido-

latría. A los quince años la hija era para la madre la resurrección de su propia juventud lejana: un amor triste en el fondo y casi sensual. «Tiene mis ojos, mis labios, mi perfil de entonces», decíase Amparo contemplando a Aura embebecida en su trabajo. Y ese amor se rebelaba contra la idea de que llegase un hombre a poseer aquel cuerpo de líneas religiosas que hacía soñar, para destacarlo, con los fondos dorados y serenos de los trípticos bizantinos. Si las tristezas y goces de Aura y Enrique se compenetraran en absoluto tal vez la revelación de la falta de Amparo troncharía en el corazón de la hija el cariño a la madre. «¿Si Enrique por evitar a su compañera el pesar de la revelación, guardase el secreto para siempre?» ¡Qué puerilidad! Con el enlace de las almas llegan a ser comunes las simpatías, los odios, los recelos, que no asoman jamás a los labios de los que se quieren ni en los instantes de sus abandonos y delirios.

XIV

Corría el tiempo. La vida de Enrique no cambiaba.

Horas sin fin en la biblioteca del Círculo, hojeando ilustraciones o a la sombra del toldo de los cafés delante del bock de cerveza; tardes de dulce inmovilidad en el bosque; días completos en los baños de la Portella, junto a la balconada del vestíbulo de cara a la mar, relumbrante detrás de las macetas rojas que sacudían al viento sus penachos de verdura. Entre cañas y orlado de guirnaldas cantaba un piano incansable, alegre de vivir sobre las olas. En torno suyo, al salir del baño, sentábanse las muchachas, con el cabello lacio y lustroso caído en conchas sobre las sienes. Los ojos relucían con la diafanidad que imprime el agua y que borran, al momento, la reverberación de la luz en los muros blancos y la vida enervante en plena canícula. Por la mañana hallaba Chil el balneario

tranquilo; el piano mudo; erguíanse los penachos verdes inmóviles como ramos de altar sin brisa que los columpiara. Bajo las tablas desunidas del piso el agua aún no revuelta por el *embate* lamía las rocas con chasquido mimoso. Reinaba dulce quietud.

¿Y fuera? El paisaje se desplegaba sublime: la infinita llanura blanca de la mar sin horizonte que la dividiese del cielo blanco también. Y por esa blancura de mar y cielo unidos avanzaban lentamente, de retorno a Mallorca, los faluchos de pesca dejando en pos de sí las estelas como trazos de las patas de un insecto. Las velas latinas flameaban. En el sitio de siempre, muy cerca de la orilla, dos clérigos sumergidos hasta la papada, gargarizaban levantando la cabeza como los gallos al beber, con mil visajes. En la transparencia de la mar se veían achatados los vientres voluminosos, y sin forma las piernas oscilantes. Parecían pulpos flotando al sol. Muy lejos, se divisaban tres o cuatro puntitos negros: las cabezas de algunos bañistas que regresaban de ver el reloj del convento de San Francisco. Las mujeres inmóviles, sin chillar, sonreían al contacto del agua muerta, deliciosa. Cambiaba el paisaje; cegaba el sol; borrábanse los perfiles; y allá en la blanca lejanía, soplaban las primeras rachas del *embate*. A su paso la mar se coloreaba de añil en grandes manchas: azul de aguas profundas, esplendorosas...

Días de languidez. Apetecíalos Enrique como un consuelo. Aquella laxitud mitigaba el malestar de su espíritu. De tarde, agobiado de calor y atraído por la alegría de las aguas, echábase a nadar en medio de la batahola de los bañistas. Los baños hervían de animación: discusiones acaloradas; *pas-à-quatre* bailados en paños menores, una canción del arroyo confundida con una melopea gregoriana; de todo había. Y en el agua, medusas, carbón vegetal, cortezas, las siete plagas. Era preciso nadar, echarse afuera. Y a distancia, deteníase Enrique en el silencio de las ondas. Junto a la costa saltaban los bañistas al pie de las casetas; por el borde de la muralla asomaba, apenas

visible, la cabeza de un transeúnte. En el fondo, más elevada cuanto más distante, en su eterna quietud de siglos, la Seo se desvanecía, como una visión medieval, en el aire pálido...

Descansos fugaces. El deseo de ver a Aura revivía más ardiente, casi imposible de reprimir. A bordo pensaba Enrique conmovido en las tardes transcurridas, allá, en la terraza, junto a Aura, en libre conversación. Volver a ellas. Era lo que pedía; nada más. A raíz de la entrevista con Chil había suspendido Amparo sus viajes a la ciudad. Después recomenzaron sus ausencias del Terreno, tal vez sus amores. Ya no iba sola; se llevaba consigo a la muchachita. A querer Chil se hubiera entendido con Aura. Pero le repugnaba servirse de astucias de cadete, o aceptar las invitaciones a comer en el Terreno, con las cuales le brindaba don Federico a cada paso. No; hubiera sido una comedia estúpida. Además, lo que influía poderosamente en el retraimiento de Enrique era la significación de una cita con Aura. Y sin embargo de todas esas huidas y recelos, Chil sentía crecer, de minuto en minuto, aquella pasión inevitable, dominando en su alma rebelde, tendiendo sobre toda su vida futura a veces una mancha negra, a veces luz gloriosa...

Algunos días, hastiado de vagar por balnearios y cafés, marchábase Enrique a barloventear en el *Sakuntala* a lo largo de la isla, a dormir en las horas de calma en las ensenadas desiertas, en los golfos tibios y sonoros, al pie de los grandes montes tajados a pico, cubiertos de pinares hasta la mar. Cantaban las cigarras en los pinos colgados al borde de los peñascos, sobre las aguas verdes, transparentes, donde se prolongaba en reflejos el paisaje maravilloso y bailoteaba el sol en placas deslumbradoras. Esas fugas duraban dos días a lo sumo. Al cabo de ellos regresaba el *yacht* a Palma, por la costa de poniente, al anochecer, metiendo, a cada bordada, el botalón en los barracones de baños donde los chiquillos desnudos palmoteaban y los

brazos y el busto de las mujeres adquirirían tonalidades de madreperla.

Una tarde Chil cruzaba por delante de la casa de sus amigos; llegó hasta la puerta y no se decidió a entrar. Al continuar sus pasos oyó en el silencio de la calle un ¡psit! casi imperceptible. Alzó la cabeza. ¡Aura! Estaba allí, asomada en los muros del jardín, lindísima, inquieta. Al mirar Enrique, Aura posó la mano sobre la boca. Imponía silencio.

—Mañana, por la tarde, en la Portella.

—Aura...

—Chit...

Ocultóse la cabecita. Enrique aguardó inútilmente. No reapareció.

XV

Aquella cita inesperada causó a Chil impresión muy honda; despertó en él curiosidad sin límites, alegría suprema. El júbilo de aquellos instantes le demostró cuánto valía a sus ojos la muchachita. Y allí, en la calle inundada de silencio y de luz, donde correteaban los gorriones con ligeros estremecimientos de cola, sintió Enrique, por primera vez, el triunfo de la vida, del amor humano sobre sus egoísmos y la sensualidad ideal que enardecía sus amores mentales. Él iba hacia Aura y Aura hacia él. Las almas ebrias se agitaban mullendo las plumas del nido soñado. ¿Qué le diría Aura? ¿Qué sentiría, pensaría y diría él frente a ella? No lo sabía. Sólo pensaba, con seguridad absoluta, en que la conversación de la tarde siguiente imprimiría un rumbo a su vida de mañana.

Alucinado, con el ideal nuevo, regresaba al *Sakuntala*, decidido a no salir hasta la hora de la cita. Al pasar cerca

de uno de los faroles del muelle tocó el poste. Pensó que al verlo al día siguiente se hallaría muy próximo de hablar con Aura. A bordo la exaltación nerviosa se le hizo intolerable. Allí, leyendo a Tolstoy, había sentido Enrique el primer indicio de su pasión por Aura; allí había lanzado el primer grito de rebelión; y allí, sentado en la litera, en la oscuridad de la noche que envolvía al balandro en recogimiento infinito, soñaba ahora con la muchachita, dulcemente inquieto frente a los espejismos de la ventura: «Viviremos aquí la mayor parte del año, en estas ensenadas solitarias, entre pinos, a centenares de metros sobre la mar. Tendré umbráculo convertido en biblioteca. En los mediodías de mucho sol, trabajaré a la luz verde de las hojas. Sobre mis cuartillas se inclinará la cabecita de Aura besada mil veces. Y después, al bosque, a los peñascos suspendidos sobre la inmensidad, a embriagarnos de aire, de azul y de espacio...»

A proa estalló una carcajada. Miguel concluía de referir a Juan un cuento obsceno.

A las nueve Enrique se marchó a tierra. A bordo se ahogaba; las horas le parecían interminables. Caminando al azar, le asaltó un presentimiento. Aquel día era miércoles: el Círculo celebraba uno de sus conciertos de verano. ¿Estaría allí la muchachita? Ordinariamente Enrique no asistía a tales fiestas; reuniones provincianas donde se tocaba «de todo un poco». No obstante, aquella noche fue. Subió por las escalerillas de la muralla, atravesó por delante de la catedral silenciosa, inmensa, perdida en el cielo estrellado. Sobre la cal de la pared interior de los pórticos del Círculo temblaban la luz de los mecheros y se dibujaba la curva de los arcos en sombra. En el vestíbulo de uno de los salones de la sociedad, se había situado la orquesta. Fuera de los pórticos, en la calle, hombres y mujeres charlaban sentados en corrillos. A respetable distancia, en la acera

de enfrente, algunos curiosos permanecían inmóviles, como pajarracos atraídos y fascinados por la luz y la música.

Un color, unas líneas conocidos: Aura estaba allí. Estaba con su madre y las de Herrero. Formaban corrillo. Chil pateó la acera como en los días de lluvia para soltar el lodo; avanzó resuelto; saludó y, arrastrando una de las sillas desocupadas, sentóse junto de la muchachita. La conversación era general. Amparo ponía gran empeño en mantenerla en el mismo tono. Chil sentía un ímpetu delirante. Los dedos de sus manos adquirían un vigor inusitado. Aproximó la cabeza a la muchachita y silabeó:

—¿Qué quieres...?

Levantó Aura sus ojos hacia Enrique y contestóle llena de tristeza:

—No, ahora no. Mañana...

A los diez minutos de llegar Enrique, Amparo se puso en pie.

—Perdona —dijo al despedirse de Enrique, tendiéndole la mano—. Es tarde. En casa nos aguardan.

Sentóse Enrique en una de las otomanas del saloncito rojo; colocó el sombrero junto a sí, y enterró la cabeza entre las manos. ¡Ah, qué rabia, Dios! Amparo se acordaría de él. Le había ofrecido sacrificio por sacrificio. ¡De aquel modo correspondía! ¿Guerra? Pues guerra: ojo por ojo, diente por diente. Revelaría a Aura la infamia de Amparo; divorciaría a las dos mujeres...

Meditando su venganza Chil se quedó absorto. El saloncito permanecía desierto, iluminado por la luz trémula de uno de los mecheros del arañón central. Desde allí se descubría el fondo oscuro del salón de baile, roto por el brillo fantástico de los grandes espejos a la sombra; a través de aquellas tinieblas y de aquel silencio llegaba hasta Enrique la alegría de unos rigodones improvisados, después del concierto, en el saloncito verde.

Aquella noche, a bordo, Chil no pegó los ojos. La idea de separar a las dos mujeres habíasele clavado en el cerebro. Divorciadas, Aura se vería sola, en el hogar deshecho, sin reconciliación posible. Y entonces sería de él, de Chil. Se la llevaría; suya, siempre suya. Enrique y Amparo eran los dos amores de Aura; arrancado uno de ellos, el otro quedaba soberano, único. Y ciego ya, solo en la cámara, a media noche, comenzó Enrique a acariciar la idea loca: una huida con Aura en un vapor, en el balandro mismo, pero lejos, hacia Argel, hacia cualquier parte. Había que aprovechar los minutos. Y como un niño obsesionado, principió a arreglar el nido, a ordenar sus papeles, sus libros, a rasgar algunos retratos, memorias últimas de otros amores muertos.

La noche era calurosa y húmeda. Con los brazos desnudos tendidos sobre el mármol de la mesa, Enrique se recobraba lentamente. Calmado el primer ímpetu, sentía la tranquilidad absoluta que se goza cuando se llega a un estado de conciencia libre de vacilaciones. Su resolución era inquebrantable.

¡El sol, el sol! Sentado arriba, en el borde del malecón, Enrique vio salir el sol redondo, inmenso, sublime. Llegaba radiante. En el esplendor alegre de las aguas y de los pinos, se abrían las casas. En aquel renacimiento de primavera, sintió Enrique el júbilo de su primer despertar en las costas de Mallorca. Por el malecón muelle sin gente correteaban los pájaros que llegaban desde el bosque de Bellver, quizá del mismo jardín de la muchachita, a bandadas volando sobre las aguas, sobre los faluchos que volvían de las pescas nocturnas, poco a poco, silenciosamente, bañados del rocío de la noche...

XVI

A Enrique los minutos se le antojaban horas, las horas siglos.

Al fin llegó la muchachita. Venía con las de Herrero. En tanto que éstas se bañaban, Aura permaneció en el salón vestíbulo. Entonces Chil acercóse a ella.

—Por fin —le dijo estrechándole la mano fervientemente.

Aura se levantó y ambos se fueron a sentar lejos del público, junto de la balconada, al pie de las macetas.

—Por fin —repitió él; y una ternura desbordante bañó toda su alma. Luego añadió:

—¡Cuánto he sufrido!

—¡Si mi madre supiera esto! —exclamó Aura fingiendo no haber reparado en la última expresión de Enrique—. Dos días a la semana venimos. Yo me quedo con esas amigas. Mamá se va a sus pobres.

Los dos guardaron silencio. Después Aura preguntó.

—Escucha, ¿por qué lloraba mamá aquella noche...?

Esa pregunta que daba pie a la revelación hizo titubear a Enrique.

—No, no me lo niegues. Mamá lloraba. Lo vi. Salió a la terraza. No quería que la viésemos. Pero yo continué notándoselo en la voz. Enrique, dímelos. ¡He pensado tantas cosas! ¿Sufrir? Yo también he sufrido.

Y sonrió desconsoladamente.

—No seas boba. No era nada.

Aura insistía. ¿No era nada? Mejor, quería saberlo.

—Pues bien...

Chil se lo refirió todo. No atenuaba las frases. En aquellos momentos supremos, no reparaba Enrique en el dolor que

causaba a su compañera, seguro de poder resarcirla con mares de ventura, de divina pasión. Aura escuchaba sin pestañear, y lentamente se colmaban de lágrimas sus grandes ojos sinceros.

—No, no es verdad. Mentira.

—Cierto.

—Pruebas.

Chil titubeó.

—Escucha: te lo juro. ¡Si vieses cuánto he dudado! ¡Lo que he sufrido! No podía revelártelo. El alma se negaba. Tú quieres mucho a tu madre; yo te quiero a ti con locura. Ya ves, ¡qué tormento! Pero la vida lo ha exigido así; tu madre ha prolongado mi martirio día tras día; se ha interpuesto entre nosotros...

—¡Ah! ¿Entonces lo dices para separarnos? No, ahora no, ¡ahora sí que no lo creo...!

Enrique se mordió los labios. Había cometido una imprudencia. Desconcertado y en voz casi aspirada repuso:

—¡Te quiero tanto, Aura! ¡Si tú supieras! ¡Quiéreme tú!

Ella no atendía. Sus ojos secos ya, brillaban intensamente.

—No; lo otro, lo de mi madre. Pruebas; ahora mismo.

El comprendió que perdía a Aura para siempre. ¿Pruebas? ¿Dónde hallarlas? Amparo había huido con sus amores en busca de abrigo más seguro. ¿Y qué? Buscaría las pruebas costase lo que costase. Resuelto a ello, exclamó:

—¿Pruebas? Las tendrás. Si tienes valor verás a tu madre, verás...

—No iré, nunca. ¡Si es imposible! Si no puede ser.

Ella era la que retrocedía ahora.

—¡Irás!

—No iré.

Aura sintió que el llanto volvía a sus ojos, a borboto-
nes, a raudales. Se levantó, y ahogándose de pena, tro-
pezando en las mecedoras, fue a llamar a la puerta de
sus amigas. Dentro del cuarto sonaron risas; después una
voz: Ya va.

Enrique se quedó solo. Moría la tarde. Por la balconada
penetraban las últimas luces del crepúsculo y con ella la
postrer visión de la mar sublime de placidez infinita.

XVII

Recados, cartas transmitidas por mano del patrón y de
la camarera; paseos solitarios a lo largo de las calles del
Terreno en acecho de Aura: todo fue estéril. Enrique no
habló más con Aura, no la vio más. Aventados los sueños
de dicha futura, borrada la nostalgia de su hogar perdido,
quizá para renacer al cabo de los años más desolada... ¿hacia
dónde volver el corazón? ¡Qué días! Extenuado moralmente,
sin fe, con el remordimiento de aquella revelación inútil,
Enrique decidió partir. Aura recibió su última carta llena
de tristeza, de desaliento; grito doloroso de aquella alma
eternamente niña.

«Me voy. Esto se acabó; no puede ser. Te he esperado
hasta el último instante, con el alma en los labios, con
los brazos abiertos. Todo ha sido inútil. Anoche salté a
tu jardín, llegué hasta tus ventanas. Quería verte, hablarte,
hacer el último esfuerzo. No tuve valor. Me subleva men-
digar cariño. Hui; pero antes de irme para siempre, arran-
qué todas tus flores. Con ellas he inundado la cámara del
balandro; entre ellas te escribo; son lo único que de ti

conservo. Cuando me aleje de esta tierra, donde he gozado y he sufrido toda la alegría y todo el dolor de una vida entera, deshojaré rosa por rosa, besaré hoja por hoja. En la mar que cruce, ellas marcarán el camino que tú, muchachita del alma, no has querido seguir...»

Mallorca 1899.

ASÍ
(novela)

I

Enracimados en la borda, contemplan los pasajeros la ascensión difícil. Está la mar picada y hay que aprovechar un cabeceo propicio para ascender la camilla cuidadosamente. Al pie de la escala se agrupan multitud de botes, aguantándose contra los maretazos, firmes, con los bicheros cogidos a las portillas abiertas. Es una aglomeración confusa, un entrechocar sordo, adivinado, más que visto, en las sombras de la noche, cerrada ya. Es una gritería loca, en la que el dulce acento argentino contrasta irónicamente con los arrebatos y las injurias.

Arriba, en la meseta de la escala, a la luz de un arco voltaico, un mocito, con quevedos de oro, indica al sobrecargo el pasaje que viene a su custodia:

—Mi madre y esta señora, la hermana y la esposa de... —dice, indica a las dos mujeres y, sin acabar la frase, señala la camilla depositada en cubierta, entre un grupo de curiosos.

—¿Y el señor?... —pregunta con un gesto, más que con palabras, el sobrecargo, refiriéndose a un hombre de unos treinta años, alto y enjuto, que ha subido detrás de las dos mujeres. El desconocido oye la pregunta y acude:

—No. Yo voy solo.

Y mientras el mocito de los quevedos se escurre entre la multitud, el hombre que va solo abre una cartera y ofrece, con una mano larga, toda huesos, su pasaje.

II

Las dos mujeres hablan con el doctor.

La de más años, la que el mocito señaló como madre suya, es chupada y pequeña; tiene las manos gesticuladoras, la mirada indefinible, rápido el girar. Es una de esas personas que para ser queridas han de probar primero que no son malas; una pobre mujer que se ha secado *por dentro*, como fruto verde caído al pie del árbol.

La otra, mucho más alta y joven, la domina con su juventud y su desdén. Por sobre su cuerpo gentil y florecido parece haber pasado una ráfaga de desolación, trocada ya en costumbre. Bajo el cabello rubio y el velo de la toca, plegado sobre las cejas, sus ojos verdes guardan el desconsuelo de un antiguo sufrir. Son tristes, con la resignación amable de las almas alegres que, sin ser desgraciadas, no han llegado a ser dichosas en la vida...

—¿Y entonces? —insinúa la vieja, desconcertada, mirando al doctor.

El doctor procura persuadirlas. No es posible instalar al enfermo en la cámara. Sería una molestia para todos: para el enfermo mismo y para el pasaje. Se trata de una dolencia muy dolorosa. Ellas, las señoras, lo comprenden. En la enfermería hay departamentos de lujo donde se encontrarán mejor. La Compañía no ha podido hacer más. No acostumbra admitir pasajeros en tan grave estado.

—¿Y para velarle?...

—¡Martínez! ¡Eh! ¡Martínez!

Una muchacha, vestida de seda cruda, ataja la contestación del médico. Habla precipitadamente, con frases cortas. Y mientras habla, se recoge, bajo el rodete del cabello negro, unos rizos que el viento deshace.

—El inglés me ha desafiado. ¡Van cinco pesos! ¡Verá qué trote!

Y la muchacha se escabulle por una de las escaleras de la cámara, tras de un saltito de pájaro, que deja entrever, en el frufrú de los refajos rojos, una pierna frágil.

Las dos mujeres se interrogan ¿Qué hacer? No hay más remedio: aceptado. La comitiva se pone en marcha. Mas el mocito de los quevedos de oro, que llega de la estiba de revisar los baúles, la detiene. ¡No! ¿Por qué a la enfermería? El doctor repite las razones ya expuestas. El mocito insiste: hablará con el capitán.

—Son órdenes del capitán y de la casa —advierde el médico, y añade, algo amoscado—: Y son disposiciones mías también...

Y la camilla avanza de nuevo. El camino que sigue no es el más cómodo, pero sí el más breve. Van por el pasillo de máquinas, a lo largo del cual brillan, con la tersura de los hules y caobas, los camarotes de la oficialidad, abiertos. Sentado a una mesa un maquinista escribe en un libro; más arriba un oficial, llegado de tierra, se muda las botas; más allá el cura, absorto y sentado en el borde de la litera, sacude, con un meñique, la ceniza de un puro. A proa, en la boca oscura del pasillo, moscardonean los marineros que cierran una escotilla. Las dos mujeres marchan aturdiditas por el tufo de los guisos y el vaho del vapor que puja en los tubos de las calderas, tras de los mamparos ardientes de los hornos...

III

El hombre de las manos largas mira atentamente el grupo que se aleja pasillo adelante. Mueve inquieto los brazos y las piernas; salta de gozo; mucho ha esperado ¡mucho!; pero, al fin, la suerte, piadosa esta vez, le aparta un obstáculo del sendero de su vivir, tan lleno de amargu-

ras. Junto a las dos mujeres, por varias frases cogidas al vuelo, se ha enterado de todo. El americano no estará en la cámara. Habrá que velarle. Para ello establecerán un turno. María Rosa gozará, así, de mayor libertad. Hablarán. ¿La convencerá, tal vez? ¡Qué tal vez! ¡Seguramente!

Y Chin (1) Belzunce, convencido de pronto, y como de costumbre, por su mismo deseo, cierra los puños, se abre de codos y se lanza, en actitud de conquista, a través del pasaje, que se arremolina en el entrepuente. Se embriaga con su propio optimismo. Empuja a una mujer, interrumpe una conversación, vuelca una jaula, donde unos pájaros extraños chillan y revolean, destrozándose las alas, locos de terror.

—¡Di adiós, desgarbao!...

Chin se vuelve. Es Soledad, una gaditana, una aventura suya, *cotizable* y casi olvidada.

—¿Tú?

—¡Sí, yo! ¡Qué te crees! Me voy también para las Europas. Me ha salío un millonario. Díselo al panoli de tu primo para que se afile la nariz y pierda las vidrieras...

—¡Ya se lo dirás tú!

—¡Ay, qué gracia! ¿Pue no sabes? Le ha dao por hacerme el amor por lo fino. Y lo siento. ¡Si ése le atrapa!...

—¿Ése? ¿Quién?

—Mi arrimo. Si le guipa le rompe la grillera. Ése no es millonario, pero es muy bruto.

—Bueno. ¡Adiós!

—Pero ¿dónde es el fuego? En tercera preferente voy. ¿Nos veremos?

—¡Bien! Nos veremos.

(1) Joaquín.

IV

Y de repente, en las chimeneas, altas como torres, estalla la bocina en un alarido salvaje que apaga el clamor de la multitud y repercute en la costa.

El trasatlántico se va.

Junto a la escala hay abrazos que no concluyen; espaldas trémulas al romper de los sollozos; besos largos, besos que son, y no quieren ser, los últimos; despedidas mudas, adioses para siempre que renuevan el dolor y arrasan en llanto las pupilas de los pasajeros, que allá, en otras tierras, dejaron, días antes, otros amores...

En los costados se cierran con estrépito los portales. A proa gira el molinete del ancla, a intervalos vertiginoso. En el puente suena el timbre de máquinas: ¡Rin... rin!... —dice— ¡Rin!... ¡rin!... —le responden. El *Italia* se emproa poco a poco, con sus cien luces, como una ciudad flotante, hacia la mar. Y allá en el cielo de América, claro a la luz de la luna invisible, pero ya cercana al horizonte, un lucero ilumina, solitario, la ruta de Europa.

V

Los pasajeros descansan en el entrepuente, a la luz de las bombillas, junto a los comedores. Bajo el techo blanco y en las sillas de lona sus cuerpos se alargan, en la muda quietud de un campamento de paz. De cuando en cuando, al abrigo de las mantas, se ahoga una tos o se mueven unas piernas, estremecidas por los escalofríos del relente. En el misterio de los chales los ojos soñolientos no concluyen de dormirse, distraídos y furibundos contra un inglés que viene y va, paseando su sombra de gigante por sobre

las sábanas de espuma que el trasatlántico deja a través de la noche.

Y hay en todo el barco un reposo profundo. Es la impresión de las grandes rutas que comienzan, y que mantiene al pasaje callado y en suspenso como en la contemplación de un panorama sinfín. Es la media hora fatal en todo principio de viaje; el paréntesis de silencio en que cada cual sospecha la inutilidad de su inquietud, de este ir y venir por el mundo en que navegamos perdidos ¡quién sabe adónde!

VI

Y, como siempre, al encontrarse Chin *cara a cara* consigo mismo, habla a solas, a ratos en serio, a ratos en burla:

«La especie se aburre. (Mirando al pasaje). ¡Qué jetas! ¡Vaya una cosa triste! En cuanto la humanidad medita o no sabe qué hacer, pone hocico de imbécil. (Pausa). Bueno, ¿y si echásemos un pitillo? ¿Qué opinas tú, Belzunce? (Busca la petaca). ¡Ya la dejé en el camarote! ¡Ea, no fumas! (Balanceando una pierna montada en la otra). Nos miraremos la punta del pie. ¡Después de todo, ése debió de ser el entretenimiento de los sabios antes del uso del pitillo! Influencia del pulgar en las teorías filosóficas. ¡Un buen tema! (Siente Belzunce que la tristeza le asalta). Mira, Belzunce, no te pongas trágico. Tú te prometiste, hace tiempo, ser un hombre frívolo ¡y no cumples, no! En cuanto te descuidas te vas de bruces en la seudo-filosofía de este seudo-vivir tuyo. Porque esto no es vivir. ¡Conformes! Hace dos años que, por este mismo camino, llegaste a América. ¡Y vuelves a Europa, a tu pueblo, sin resolver nada! Has luchado, has trabajado, has sufrido, te has emperrado, quieras que no, en ser optimista. Y en el fondo ¿qué? No

has logrado ni la más humilde de tus ambiciones. ¡Y ésta sí que no es una pseudo-verdad y éste sí que no es un pseudo-dolor!

(Al cabo de una hora de molestar al pasaje se marcha el inglés a la cubierta alta. De entre mantas y chales brotan suspiros de satisfacción. Pero de pronto, sobre el entrepuente, resuenan, en largo trote, unos pasos recios: el inglés ha cambiado de pista. ¡Desencanto! ¡Indignación general!)

Fastídiate, Belzunce. Forzaste la vida, y la vida se ha vengado. Le exigiste la felicidad demasiado pronto. Quisiste ser feliz a tu manera y no como ella te hubiera hecho, quizá. Fuiste un impaciente. Emprendiste todos los rumbos. Y ahora, a los treinta años, no eres nada, no eres nadie. El deseo te ha agotado. Pusiste todas tus energías en tus esperanzas y no en tus acciones. Has vivido a costa de la imaginación; y al despertarte te encuentras sin armas para defenderte. Nada te satisfizo; y ¡ambicionaste todo!... Hasta que un día, en aquellos días horribles en que Rosa se marchó, te dijiste —como gracia concedida al Destino, obligado, según tú, a hacerte inmortal—: Bueno, seré uno de tantos. Y ya ves: corre el tiempo, se va la vida, y no logras lo que cualquiera alcanza...»

VII

En el entrepuente repiquetea apresurada una campana de metal. Son las nueve de la noche: hora del té. Crujen las sillas. Algunos pasajeros se incorporan. Un camarero se acerca solícito a Belzunce.

—Señor, ¿el té?...

La oficiosidad del mozo enoja ligeramente a Chin. Le molesta que le tomen por un novato en la vida de a bordo.

Se decide a demostrar al camarero su experiencia de turista. Le llama:

—¡Oye! ¿Has de ser tú quien ha de servirme?

—Yo seré, señor...

Belzunce tiene entonces un rasgo: alarga una pierna, saca del bolsillo del pantalón dos pesos y, con desdén de potentado, los ofrece al mozo. Es un anticipo de la propina, una precaución de viajero ducho. Se levanta, y a la puerta del comedor, Chin —el otro Chin que comenta, interiormente y con sorna, su propia vida— murmura en sus adentros: «¡Eres un pobre diablo!».

Los pasajeros se agrupan alrededor de las mesas. Vienen unos como a desgana, embuten la gorra en un bolsillo del abrigo y se dejan caer en las sillas. Otros llegan alegres, discutiendo un lance del tresillo. Otros mareados, avanzan poco a poco, agarrándose a las columnas y a las mesas, con cara de asco y el pañuelo en la boca, tras de los camareros, que les indican el sitio que han de ocupar durante el viaje. Chin mira y observa. ¡El *debut* de los pasajeros recién embarcados! Los reconoce sin dificultad entre los otros viajeros antiguos, que bromean y ríen como amos del *Italia*. A un lado, los tímidos, los que se sienten cobardes al verse solos en un buque extraño, los que, desde un extremo de la mesa, mendigan una sonrisa, ofrecen el azúcar en vez de la sal y dicen que sí a lo que no entienden ni oyen tal vez. A otro los adustos, los fuertes, los que se concentran, los que no imploran conversación y reanudan a bordo, desde el primer momento, la vida suya; los que impasiblemente sacarán un revólver al primer pánico; los que Belzunce mira con simpatía a esta hora en que sus propios sufrimientos le hacen sentir más a lo vivo la hostilidad de la especie.

Mañana o pasado se mezclarán todos estos pasajeros que no se conocen. Cada cual escogerá su grupo favorito, esas amistades de viaje que no se reanudan nunca y que

se extinguen al punto a la vista del puerto, cuando otros cariños más hondos y otras preocupaciones más nuestras nos recobran...

VIII

Acabó el té. En los espejos se prolonga el gran salón, casi vacío. La electricidad destella en la porcelana de las tazas y en la caoba de los sillones. Sentado debajo de una portilla abierta, Belzunce percibe el burbujear del agua que el trasatlántico corta en su camino. El viento de alta mar llega de tarde en tarde, a soplos lánguidos. Y en una mesa, en medio de un grupo de inglesitas que ríen, bañando en plena luz la carne dorada de sus escotes, se deshoja un ramo de rosas mustias, como un comentario a la brevedad de las horas felices...

La alegría de Chin Belzunce se ha disipado en uno de esos tránsitos repentinos tan frecuentes en los caracteres impetuosos. Durante el té su mirada ha permanecido fija en las puertas, aguardando a alguien que no viene. Ahora, recogido en sí, oye, más que escucha, la conversación de dos pasajeros que discuten el suicidio de una mujer relatado en un periódico.

—Y sin embargo —dice uno de ellos, solicitando con los ojos la opinión de Belzunce—, muchos hombres deben su porvenir a una pasión desgraciada. Un cariño contrariado es un gran estímulo en la vida.

El desconocido se muestra satisfecho de esta última afirmación suya. Es de los ciudadanos que no rehúyen decir cualquier tontería con tal de redondear una frase sonoramente. Belzunce, que está de mal humor, contesta con displicencia.

—Eso, en el teatro. Una pasión contrariada es una gran desgracia para cualquier hombre.

—Ya, el cariño... Cuanto más se ama...

—No, yo no hablo del amor. El hombre que se empeña en lograr a una mujer se inutiliza para todo y para siempre. Se acostumbra a aplazar todos sus buenos propósitos para luego de haber conseguido su deseo. Y mientras tanto, en la interinidad de ese modo de vivir, se hace holgazán, irresoluto, ¡un desgraciado!...

Los pasajeros, sorprendidos por el tono *autobiográfico* de Belzunce, no replican. Chin advierte su extrañeza, comprende su indiscreción y añade, para disimular:

—Al menos me parece así. Y lo que digo del cariño se puede afirmar de cualquier idea fija. ¿Eh? El hombre que guarda sus mayores esperanzas para después de algo lejano y de realización dudosa, está perdido... (Pausa). Y ningún otro país mejor que América para comprender esto; y en América, Buenos Aires. Aquí (creyéndose en tierra aún), donde todos vivimos de tránsito, con el alma vuelta hacia Europa, es donde se hacen los indianos de España. Todos vienen en busca de pesos para realizar algo con que soñaron en su miseria; y todos ellos, ya ricos y en nuestro país, se contentan con ser unos figurones de provincia. Esta vida de aplazamientos les deja inútiles. Lo más que hacen es engendrar hijos perezosos y tacaños.

—Usted no negará que la emigración es una ventaja...

—Yo no lo creo. España necesita más hombres que oro. Y nuestros americanos no llevan allá más que sus pesos, que ponen a la sombra del cupón. Aquí son muy patriotas para pavonearse en la colonia y pescar alguna cruz. Pero en España no se fían de nadie ni nada les importa la suerte del país.

—¡Pero no vuelven sólo los ricos y los inútiles!...

—Bueno. Regresan también los payeses, que tanto aquí como allá continúan siendo carne de arado. Pero los hombres inteligentes y de empuje (otra vez el tono autobio-

gráfico), los que no hacen dinero tal vez porque no quieren aplazar lo mejor de su vida, no vuelven. Se quedan aquí. Saben que allá, en España, se morirían de hambre entre la farsa de los políticos y la sordidez de los americanos de riñón cubierto.

Belzunce se sorprende a sí mismo perorando, como si se encontrara en un mitin. ¡Pues no disputa! Allá en su almarío, Chin burlón aplaude irónico: «¡Muy bien, señor Belzunce!» ¡Qué le importarán a él la tacañería de los americanos y la suerte de Iberia! (Frase de los oradores de la colonia). La conversación languidece. Chin contesta ahora con monosílabos. Los dos pasajeros se miran, sin comprender este nuevo cambio del hombre de las manos largas. Los dos abandonan sus asientos y se despiden de Chin. Saludos, ofrecimientos, cortesías. Por las frases cambiadas se entera Belzunce de que uno de ellos es editor. ¿El más joven? ¿El más viejo? ¡Pse!

IX

Sin querer, por una indiscreción, Chin Belzunce ha trazado su biografía íntima. No ha referido ni un solo hecho de sus andanzas por el mundo. Pero ha dejado traslucir cómo los hechos le han transformado el espíritu.

En otra mesa próxima a la suya, un señor barbilampiño observa, a cada instante, el reloj y escribe rápidamente. Su nariz tamaña trae a la memoria el soneto de Quevedo. De cuando en cuando alza su faz de prior, todo optimismo, y se queda en actitud de atrapar una idea o una mosca. Tiene mondo el cráneo y en la calva brillante el punto de luz de un pomo de metal. Cada vez que yergue la testa sobre los hombros cuadrados, cráneo y cuello recuerdan el gollete de un pote de ginebra. A ratos se cansa de escribir y abandona el asiento. Y entonces Chin le mira con asom-

bro: le ocurre al buen señor lo contrario que a la mayoría de las gentes: sentado aparenta mayor estatura que de pie. Al caminar diríase que su cráneo rueda por sobre las mesas como en un prodigio de cámara oscura. Chin le mira disimuladamente. Cuando sus ojos se encuentran, el desconocido pone cara de palique. Al ver que Belzunce no le da pretexto de charla, el hombre-pote se le aproxima:

—Dispéñeme. ¿Me haría usted el favor de decirme su nombre?

—¿Me conoce usted?...

El hombre-pote advierte que Chin juzga su pregunta como una impertinencia, y añade confuso:

—No... tengo el gusto de... Se trata de una curiosidad: colecciono apellidos.

Y luego, anotados los sobrenombres de Chin, declara, bajando la voz, con la coquetería de una mujer galante que revela un secreto:

—Ya tengo apuntados novecientos quince.

Chin abre los ojos atónitos y se le ocurre esta frase:

—¡Bonito número!

Las inglesitas abandonan el comedor y cruzan junto a Chin, arrojándose a la cara las hojas de rosas, entre el fru-fru de sus *toilettes* ligeras. Lejos se oye un piano, después unos violines: empezó el concierto.

—¡Por fin! —suspira el hombre-pote al verlas desaparecer—. Por culpa de ellas me he equivocado no sé cuántas veces. No puedo remediarlo: la risa ajena me da envidia. Aunque resulte indiscreto, no sé resignarme a que otros gocen sin que yo me ría también... (Pausa). Aquí no se puede escribir en ninguna parte. ¡Ni en el camarote! ¡Yo que pensaba viajar tranquilamente, sin vecinos que me molestaran!... ¡Pues no! Hoy me han colocado, en el camarote contiguo al mío, una mamá y un hijo que tienen

la gracia de opinar siempre de distinto modo. Y ¿qué quiere usted? He tenido que refugiarme aquí. La madre es flaca y viva. Parece una salamandra...

En una de las puertas del comedor asoma su hocico de lagartija la madre del mocito de los quevedos de oro. Hace una seña a Belzunce.

—¡Escucha!

El hombre-pote mira a Chin; mira a la mujer y se queda estupefacto.

X

La vieja y Belzunce caminan un trecho y van a sentarse en un banco del entrepuente. Chin pregunta:

—¿Qué hay?

—Tomás ha hablado de ti. Cree que te has quedado en tierra. Se extraña de que no te hayas despedido de él.

—Lo siento. Pero entre él y yo sobran ya los cumplidos. ¿Me avisaron ustedes que se embarcaba?

—Es que yo no veo la necesidad de que te escondas.

Chin se reprime y procura explicarse serenamente.

—Mire, tía Alina, hablemos claro: tampoco usted y yo podemos ser amigos. No lo somos ni lo seremos nunca. No valen parentescos. Nos conocemos demasiado.

—Pero, ¿te he ofendido yo?

—Precisamente por eso, por no haberme ofendido en nada, le aseguro que no seremos amigos nunca. Cuando se riñe por un motivo determinado se puede reanudar las amistades. Con usted, no.

Un silencio. Belzunce añade, en tono de zumba:

—¿Con que usted no comprende este misterio de mi viaje? ¡Qué otra cosa desearían, usted y su hijo, sino que el tío Tomás se enterara de que yo voy a bordo! ¡Figúrese! Tendría un motivo más de sospecha y una razón más para aborrecerme. ¡Nos conocemos!

—¡Haz el favor! No te dispares. También te conocemos nosotros. ¿Piensas tú que si yo no te conociera y estimara (con adulación) te permitiría que me trataras así?...

—Gracias: no necesito el perdón de usted—. Belzunce, excitado, queriendo poner fin a la conversación, se levanta.

—Pero, ¿quién te entiende? Si nada somos para ti, ¿por qué te opones a que mi hermano sepa que estás a bordo? ¿Qué te importa que se disguste?

—Y si ustedes no tienen empeño en que tío Tomás me odie, ¿a qué ese interés en que el tío sepa que voy aquí? ¿Qué les importa?

—¿Que no? ¡Vamos, hombre! Tomás se enterará. Creerá que nosotros le engañamos. ¡Mira tú! Por eso es...

—Pues que sufra. También he sufrido yo.

—Vaya, no te comprendo. Si nada te importa él, ¿para qué te escondes?

—¿Por qué? ¿Y usted me lo dice? Por María Rosa voy así. ¡Por ella! ¡Porque hay alguien entre nosotros que ha sufrido mucho y no debe llorar más! Rosa me suplicó que no me embarcara y no tuve valor para complacerla. Me rogó que, al menos, me ocultara a bordo; y le juré irme a segunda, y hasta encerrarme en el camarote y fingirme enfermo, todo el viaje si era preciso. ¡Qué me importan ustedes ni el tío Tomás! Voy así para que Rosa no pague, por culpa mía, esos celos de viejo y la mala voluntad de usted. ¡Por ella! ¡Ya lo sabe!

—Pues no tienes perdón. Eso no es más que egoísmo tuyo. Si quisieras a María Rosa no la comprometerías aquí

ni en ninguna parte. ¡Lo que pensarán a bordo cuando sepan que ella es casada y que tú la sigues!

—¡Que digan lo que quieran!

—Pero ¿no juras que María Rosa es demasiado buena para olvidarse de su deber? ¿A qué vienes, entonces? Sacrificate tú. Déjala en paz. ¡Que sea dichosa!

—¿Dichosa? ¡Y usted me lo aconseja! ¿Quién la ha hecho desgraciada más que ustedes? ¿Quién se la llevó del pueblo? ¿Quién la arrancó de su familia? ¡Diga! ¡Hable usted!

—Era libre...

—Sí; Rosa tenía la única libertad de los pobres: se podía morir de hambre.

—Nadie la obligó.

—¡Todos! Tuvo que mantener a su madre, a sus hermanos. Trabajó; no pudo más; se entregó...

—Tomás ha hecho por ella...

—¡Ya lo sé! No exigió que le quisiese, pero le impuso, como condición, la boda. ¡Y me dice usted egoísta! ¡Egoístas ustedes, que no la ampararon en su miseria, que no comprendieron toda su bondad y que aceptaron su sacrificio!

La tía Alina intenta contestarle; pero Belzunce le ataja la réplica con un ademán.

—Y se acabó. No nos entenderemos. ¿Para qué?...

XI

Sobre el embozo de la sábana cae el bigote lacio del tío Tomás. El enfermo no duerme. Los ataques le dejan, en estas horas de alivio, extenuado y sin deseos de conversación. Tiene crecida la pelambre y rala la barba sobre

la morenez de viejo hortelano, pálido de tanto sufrir. Bajo las cejas foscas, negras aún, sus ojos redondos —ojos de búho— reflejan la tristeza de los animales heridos que aguardan la muerte. Quieto y callado, contempla una vez más los objetos que tiene al alcance de la vista. Su mirada concluye por clavarse en el lugar de costumbre, en el techo blanco, donde, a través de la portilla, bailotea el sol, reflejado en la mar.

El Destino ha reservado al indiano este consuelo: cada día llega el sol, piadosamente, a besar la cama, y cada día, no contento con derramarse en ella como un halago, se mira en el agua, para ofrecer al enfermo, con el oro de la luz, el reír de la espuma.

Y esta danza de reflejos es la sola distracción del americano en las horas inacabables. Le anuncia el curso de la mañana; le habla de convalecencia y de la vida posible allá, en las playas del pueblo distante, lleno de reposo, lleno de luz.

A veces, mareado por el sol, el americano deja caer los párpados y dormita. A veces despierta para volver a la contemplación de siempre. Y de sopor a sopor, discurre en lo que, por la vaguedad de la forma del concepto, podría ser llamado larva de ideas y frases.

«Me llevarán a que me curen a Francia, a Berlín, a donde quieran. Y me salvaré. ¡Vaya si me salvaré! He de vivir. Para algo ha de servirme haberme matado trabajando.»

«¡Qué bien! Ése (por Belzunce) se queda ahí. ¡Quiera Dios que le tome apego a la Pampa y que las obras de los ferrocarriles no acaben nunca! Rosa estará tranquila y yo también. A ése no le faltarán hembras en los ranchos. Con ellas y con el whisky de sus amigos los ingleses olvidará a Rosa...»

«A mi mujer... y mis pesos. ¿Que ése no es interesado, que es generoso?... ¡Ya, ya! Conozco el paño. Generoso porque confía en una buena vejez a mi costa...»

«¿Rosa es muy joven para mí? Sí, joven es, y ya sé yo que no tendrá recuerdos de moza muy agradables. Pero conmigo tiene la vida y la tranquilidad aseguradas. Mal por mal, yo, a ser ella, no dudaría. Entre unos malos recuerdos y un buen...»

El tío Tomás piensa en algo succulento para engullir; pero, inapetente, no acierta por qué plato decidirse.

XII

La enfermería está abierta. En el departamento contiguo María Rosa, sentada, hace crochet. La luz de una gran claraboya cae en su cabellera rubia. El rostro, inclinado sobre la labor, parece absorto. Los dedos puntean maquinalmente. Pero el pensamiento, apartado de la obra de las manos, vuela, ya cerca, ya lejos. Tan serena está la mar, que María Rosa pierde, a ratos, la noción de que se halla a bordo. No percibe los golpes de las máquinas. Cuando su oído atiende, sólo escucha el bullir de la espuma. Si alza la vista, alcanza a ver, por la boca de la escala, el cielo diáfano, de donde viene como un aliento que le besa el corazón.

Desde el primer día de viaje se enamoró de este rincón del barco. Esta claridad, este brillo de los metales, esta limpieza y sencillez la sedujeron. Y aquí vive. Mañana y tarde, llega Martínez a visitar al tío Tomás —cuando Rosa nombra mentalmente a su marido no sabe designarle de otro modo. El *físico* es un gaditano que refiere chascarrillos y anécdotas a desgana y con gracia fúnebre, cumpliendo una obligación ineludible, según él, para los médicos y todos los nacidos en tierra andaluza. Su charla es un sedante eficaz. En cuanto entra en la enfermería, la boca del americano rompe en bostezos, de oreja a oreja, como trampa de lobos.

María Rosa bendice la decisión del doctor, que les ha confinado en esta soledad del *Italia*. Rosa no ha querido aceptar el turno que tía Alina quiso establecer para velar a su hermano. El enfermo descansa largas horas, y con sus reposos y la ayuda de una camarera, María Rosa atiende al trajín de cada día. Tía Alina va y viene, hecha un metomentodo, con la oficiosidad inútil de un clown de circo. Los quevedos dorados de Jacinto asoman de tarde en tarde en lo alto de la escala. ¿Chin?... ¿Qué hará Chin a bordo? Van tres días de viaje, y Rosa y Belzunce no se han visto aún.

Al recuerdo de Joaquín quédase María Rosa con las manos inertes en la falda. El pasado revive.

Y el pasado es, para María Rosa, su pueblo, y, en su pueblo, su casa. A espalda de la casa estaba la huerta; y en la huerta, el palomar; y junto al palomar la alberca, en cuyo reflejo, que copiaba las nubes, ella y Joaquín jugaron, cuando niños, a besarse. El portal daba a la playa, por donde cruzaba el tren, camino de París, sin detenerse nunca. Un portal ancho, cerrado por la visión del cielo y la mar; sobre cuya tinta azul florecía cada año una rama de almendro, y desde cuyo fondo, cada noche, las primeras estrellas hablaban palpitando, sin decir qué...

Bajo aquella rama bordó María Rosa todas las tardes, mientras vivió en el pueblo. Al dormirse la brisa, los árboles se quedaban inmóviles y como encantados bajo la paz y la luz dorada del crepúsculo. A veces los pasos de un transeúnte, al resonar en el portal, distraían a María Rosa. Alzaba la vista y permanecía quieta, con los ojos fijos en algún buque que cruzaba lejos con rumbo ignorado. Aquellos barcos, que no se aproximaban jamás a la costa, fueron la única *novela* de las tardes románticas de su juventud.

Cada anochecer se reunían la madre de Rosa y la de Joaquín en la huerta. Eran primas y las dos viudas. Con traje y pañuelo negros y el rostro marchito, más por las

penas que por la edad, ambas charlaban sentadas en un poyo blanco, junto a la alberca, a la sombra de los almendros. Cuando María Rosa piensa en ellas las ve siempre así. Las dos hablaban en voz baja y las dos interrumpían la conversación con apagados suspiros. Al aproximarse Rosa, su madre la despedía con cualquier pretexto, cariñosamente.

—Mira dónde están tus hermanos.

Y si Rosa, al obedecer, volvía a mirarlas, advertía siempre en ambas una expresión de piedad hacia ella. ¡Qué tiempos! Joaquín estaba ausente: estudiaba de ingeniero en la ciudad, sostenido por su familia a costa de mil apuros. Entonces fue cuando la madre de Rosa arrendó el huerto. En aquella casa, un día feliz, reinaba la pobreza: Pedro, Felipe y Luis, los hermanos de Rosa, vagabundeaban por la playa con las alpargatas destripadas: aquel curso no habían podido volver al internado. La madre disimulaba sus agobios; se escondía para llorar.

Y Rosa, que era ya una mujercita, —la mayor de la casa— adivinaba el origen de aquella amargura y bordaba sin descanso, firme en su propósito de agenciarse el pan y, con el pan, el contento de los suyos. No contaba, no contemplaba ya casi nunca los barcos, sus amigos, que cruzaban distantes por aquel mar tan azul cuya alegría, al parecer, no se había hecho para ella...

Una tarde trabajaba Rosa al sol y al pie de los almendros cuando entró el tío Tomás, el de América. Llegaba de Buenos Aires, inesperadamente, a dar el chasco, a visitar el pueblo y a elegir moza para más adelante. Ésta era la costumbre de los americanos: luchar *allá* hasta asegurar el resultado del negocio, dar una vuelta por España; escoger y dejar reservada novia; volver a la Argentina a redondear la fortuna; y reclamar a la mujer hermosa y joven cuando los achaques de la edad exigiesen la abnegación de una enfermera sumisa y el último florecer de un amor tardío.

Desde el primer instante se habló de la boda de Rosa y el tío Tomás. Rosa no averiguó nada de ello sino hasta meses después, cuando el americano, ya en la Argentina, escribió una carta llena de promesas. Mientras el viejo permaneció en España, Rosa sólo averiguó que éste vivía en América con un sobrino, Jacinto, y una hermana, la tía Alina, viuda y tacaña, que no había aceptado nunca ni la posibilidad de que su hermano se casase. Y no supo más, a no ser el cambio que para entonces advirtió en su casa: desarrendaron el huerto; Pedro, Felipe y Luis volvieron al internado, y desde aquel día vivió la familia en holgura.

Hasta que un domingo su madre la llamó a la alcoba y, sentándose ambas en el borde de la cama, no levantada todavía, le entregó la carta. Rosa la leyó de un solo aliento; permaneció callada un instante, y después preguntó:

—Y tú, ¿qué dices?

Su madre la abrazó.

—¿Yo? ¿Qué he de decirte, Rosa? Has de ser tú. El tío no puede ya portarse mejor con nosotros; pero tú has de decidir...

Rosa no consultó el caso con nadie, pero lo meditó mucho. Mientras bordaba, trabajaba su imaginación, sin reposo. Nadie interrumpía sus meditaciones. «¡Cuidado —parecían decir todas las miradas—, dejadla tranquila. Ella resolverá!» Rosa agradecía esta prudencia; pero en más de una ocasión su orgullo de mujer rebelóse contra el pueblo embrutecido, que reservaba todos los encomios para la generosidad del pretendiente. ¡Como si la juventud de Rosa, y su separación de la familia, y la ofrenda de su vida entera, no significaran nada!... ¿Quién midió aquel heroísmo suyo? ¡Ni sus mismas amigas, «incapaces de concebir —según opinión de ellas— boda tan desigual» que, allá, en secreto, envidiaban tal vez! Sólo la madre adivinó algo de aquel drama íntimo; y sólo Rosa, ¡sólo ella! pudo aquilatar el sacrificio que

significaba aquella su decisión de rehuir la duda, de no pensar en la vejez del tío, de persuadirse a sí misma a entregarse sin protesta a la suerte. La idea del bienestar de su madre y la esperanza en el porvenir seguro de sus hermanos dieron en tierra con sus cavilaciones. El recuerdo de los agasajos y del cariño que el tío Tomás le demostrara en su breve permanencia en el pueblo, le hicieron entrever una dicha no del todo completa, pero sí posible.

Y aceptó.

El último verano en España fue largo y triste para María Rosa. En agosto se casó por poderes, y a principios de octubre, y ya licenciado en la carrera, regresó Joaquín al pueblo. En aquella separación de meses se habían transformado los dos: los veinte años de María Rosa, canijos hasta entonces, florecían súbitamente: Joaquín llegaba más enjuto, más revolucionario que nunca, con el carácter más de hombre.

—Te has casado. La norabuena—. Se estrecharon las manos y no hablaron más del matrimonio. Al principio usó Chin con María Rosa la jovialidad de niños; pero días después varió de carácter por completo. Se tornó huraño. Hablaba con repugnancia de la carrera, de la ciudad, de la gran farsa universitaria, que agota lo mejor de la juventud sin ofrecer un porvenir fácil. Sentía Chin la tristeza que asalta a los estudiantes españoles, convencidos de que al dejar las aulas se inicia para ellos el calvario de los pobres de levita, con título y sin blanca. Venía de perorar en mítines, donde le habían aplaudido frenéticamente las multitudes cobardes que, por pereza intelectual, buscan aún, desconfiadas de sus propias fuerzas, un amo y un látigo. El matrimonio de María Rosa removió las entrañas espirituales de Belzunce. Aquella *compra* de una mujer que se sacrificaba abnegadamente le sublevó. Tamaña injusticia no llegaba a él catalogada en una traducción de a peseta

el tomo. Era algo que le hería de muy cerca, algo de su realidad de hombre con que la suerte le hacía comprender aquel dolor humano que él sólo conocía de oídas por los diarios clandestinos. Su pena y su rabia no eran un tópico; y Belzunce no pensó en organizar un mitin para expresar su protesta, como se le ocurría casi siempre al leer una matanza en Armenia o un fusilamiento en Rusia. Aquel dolor, exclusivamente suyo, le hizo más egoísta; olvidó los sufrimientos ajenos; y, como si se propusiera enmendar, a mojicones y por sí solo, el agravio en que nadie más que él había de intervenir, se entregó violentamente a los ejercicios de fuerza, en pleno aire libre. Corriendo montaña arriba, o remando mar afuera, bajo los salivazos de la espuma, llegó a recobrar la confianza en sí que en sus contiendas de chiquillo, había sido para él la única razón. No intentó disfrazar su afición a Rosa bajo la apariencia de un redentorismo desinteresado. Quería y no renunciaba a Rosa porque Rosa era guapa, era buena y era moza como él, y porque él tenía los puños así, como martillos, aunque no tuviese un ochavo...

La transformación de Chin desconcertó a Rosa. «¿Qué tiene?», se decía. Hasta que su intuición de mujer descubrió la verdad irreparable: Joaquín se había enamorado de ella, estaba loco. Ahora la buscaba sin descanso ni disimulo, con la obsesión de su cariño imposible, dominado por la impetuosidad de esas pasiones que engendradas, año tras año, en plena inconsciencia, estallan y malogran, de repente, toda una vida.

Chin no le habló, pero una tarde, al encontrarla sola entre los almendros, allá al fondo de la huerta, la cogió entre sus brazos y la besó frenéticamente en la boca. Ella resistió, entre compadecida y firme.

—¡Chin!

Había en aquel nombre tal emoción de lágrimas, tal arrepentimiento, tanta piedad hacia él y compasión para ella, que Joaquín, a pesar de sus puños, abrió los brazos

vencido. Desde el otro extremo de la huerta la madre de Rosa llamaba.

—¡Rosa! ¡Hija!

Chin recogió el sombrero, se atusó el cabello, saltó el muro, y Rosa no le volvió a ver en España...

En la mañana en paz, a bordo del *Italia* y junto al *tío Tomás* dormido, María Rosa no quiere pensar y piensa en aquel beso que rechazó...

XIII

Belzunce cierra la puerta del camarote, enciende la luz, y en el interior blanco —en que destacan las cortinas verdes de las literas— le asalta la soledad de un abandono completo. A fuerza de propinas ha logrado un camarote para él, apartado a un extremo de un pasillo, adonde no llega el resonar de los timbres. No oye ni una voz, y, en la quietud que le envuelve, sólo se escucha, muy apagado, el tum-tum de las máquinas, rápido, tenaz, casi angustioso...

Hace tres días que Joaquín no ve a Rosa. Se han desvanecido sus esperanzas del primer momento. Rosa no se ha dejado ver en la cámara. De tarde Belzunce se ha aventurado a pasar por frente a la puerta de la enfermería. Desde cubierta ha oído la voz de Rosa, y ha alcanzado a ver los bajos de su falda. Pero Rosa no le ha visto. Al zarpar de América se creyó Belzunce en el principio del fin. Seguro de que se aproximaba el desenlace, no reparó en romper con tía Alina hasta provocar un conflicto, olvidado de las promesas que hiciera a Rosa antes de embarcar. Y todo ha sido pura imaginación, otra impetuosidad suya. Rosa, como de costumbre, permanece reclusa; rehúye los encuentros con él; pero no le rechaza, con la conciencia

serena, en la que se han estrellado, hasta ahora, los celos de su marido, las insidias de tía Alina y los arrebatos de Chin.

Al golpe de las máquinas, un estremecimiento continuo, casi imperceptible, sacude las maderas del camarote. En lo alto del lavabo vibra un vaso de cristal dulcemente. En el techo resuenan unos pasos tardos. Se aproximan, se alejan a igual compás y hasta igual distancia. Chin escucha. Y de un brinco se arroja de la litera. ¡Rosa! ¡Es Rosa! Adivina su andar, sus pisadas, que mil veces le conmovieron; abre la puerta; sale al pasillo; corre...

Ella es.

Están apagadas las luces de los camarotes; desierto el entrepuente; dormido el pasaje. A popa, en la toldilla de tercera, un grupo de vascos cantan un zortzico a media voz, cada cual a solas con sus propios recuerdos.

Ume eder bat
ikusi ruben

En la noche serena el *Italia* sigue su rumbo, entregado, ya lejos de la costa, a su propio destino. El horizonte parece más distante y el trasatlántico más solo bajo la luz y la nostalgia de la luna. A proa cantan, a veces, los gallos, desvelados en la noche clara, soñando con el alba. Rosa camina despacio, a lo largo de la barandilla. Desde una de las puertas del comedor, en la sombra, Chin la contempla sin osar a acercársele. A cada vuelta la luna le besa la cara. Al cabo Belzunce se decide.

—¿Tú?...

—Yo. ¿Qué haces aquí?

—Ya ves. Respiro.

—¿Y tía?

—Duerme, supongo. (Un silencio). Ya sé que habéis reñido. Fue a la enfermería a contármelo. Tomás nos miraba.

—¡Sí, he roto con ella! ¡No más! ¡Se acabó! ¡Qué vida ésta, Rosa!

—¿No te lo dije? «Chin, no vengas; vas a sufrir.» Y ya ves: tuve razón.

—No importa. No me arrepiento. Ha sucedido lo que había de suceder. ¡Mejor! ¡Que me dejen tranquilo! Son malos, hipócritas. Fingen quererte. Dice que te comprometo...

—Y quizá no se equivoca...

—¿También tú? Quizá... Yo comprendo que a veces no sé dominarme. Ahora mismo no debería estar yo aquí. Si quieres me voy. Di... dímelo, Rosa...

—No. ¿Por qué? Fue un decir. De tanto andar con ellos he acabado por tener sus mismas preocupaciones. Bien estamos. Nos separaremos hoy como siempre: muy tranquilos.

—Gracias, Rosa. ¿Cómo no he de quererte?

—¡Vamos, hombre! Hay que tener valor. ¿No lo dices tú?...

—¡Qué quieres! A veces me rindo. ¡Déjame que aquí, solo, a tu lado, sea unos instantes, los únicos instantes en que vivo! tal como soy. ¡Déjame que te diga y te repita lo de siempre: que te quiero, que te querré, que no te olvidaré nunca! Yo sé que me contestarás lo que en otras ocasiones; pero yo sé también que llegará día en que no tendremos que ocultar nuestro cariño. ¡Es la única ilusión que me queda! ¡Y no ha de cumplirse! ¿O crees tú que Dios va a engañarme después de haberme inspirado esta esperanza, que me ha hecho renunciar a todo lo demás de la vida?...

—No, eso no; esperanzas, no. Me dices que me quieres y te escucho. No sé si hago mal. ¡Ya ves! Pero si yo, en la situación mía, te alentase con solo mi silencio, no tendría perdón...

—Pero, ¿por qué?...

—Por ti y por mí. Me casé sin quererle; fue por mi familia; y ese sacrificio, aceptado y sostenido hasta ahora, es lo único que me disculpa, ante mí, de haberme casado de ese modo. Sólo darte esperanzas sería una traición; y ahora, muriéndose él, una crueldad... Y por ti también...

—¿Por mí?...

—También. ¿Qué pensarías tú de Rosa si te dijera: confía? ¿Sería para ti lo que ahora soy? ¿No habría algo repugnante en mi pasado que disminuiría tu cariño? Con franqueza...

—¿Ves? ¡Tú misma te estás engañando! Si no me quieres, si dices que no puedes quererme ¿por qué te preocupa lo que yo pueda pensar de ti hoy o mañana...?

María Rosa no encuentra réplica; permanece en silencio. En el mirar de sus ojos, en la palidez de su cara se revela la lucha que sostiene. Al cabo dice:

—Yo no sé explicarme. Tú aseguras que eso es querer. ¿No será amor propio? Cada cual se estima según lo que los demás opinan de él...

—¿Es por ti, entonces? ¡No te creí tan egoísta!

La frase es certera.

—No Chin. Quererte no es seguirte ni decirte aguarda... ¡Qué sabes tú lo que he sufrido yo!

De los labios de la mujer brotan estas palabras destilando pesadumbre y como en una explosión de un martirio oculto. Chin se arrepiente. Apoyada en la barandilla y de espalda a la mar, María Rosa llora sin sollozos. Él procura convencerla, calmarla.

—Rosa, María Rosa, mujer, ¡no seas niña! No llores. Mira... —Y como Chin no da con una frase que la consuele, ni ella le escucha, coge una de las manos de Rosa y la estrecha contra su pecho, fuertemente, dolorosamente... Sus sombras vuelan ligeras sobre la espuma. En la paz de la noche ninguno de los dos se atreve a interrumpir

el secreto que el corazón conmovido y la mano temblando se dicen...

Tras de ellos suena, de pronto, el abaniquo de unas alas inmensas. Es el velamen de un brick encalmado que el *Italia* deja atrás. El oleaje del trasatlántico sacude las velas inertes. En la cubierta del brick ladra y corre como una sombra un mastín negro. Rosa y Joaquín contemplan la aparición inesperada, que se desvanece. Y desde el umbral del comedor, la tía Alina que ha oído salir a Belzunce, observa al grupo...

XIV

El baldeo.

En el techo del camarote, en el entrepuente, fluye el agua de las mangueras y se oye el taconear de las botas de la tripulación. La aurora clarea en la portilla: el vidrio redondo se tiñe de azul, como una gran pupila que se despierta también. El camarote blanco, iluminado por la luz de la mañana, hace soñar con un despertar de novios. El agua corre por la cubierta y cae lamiendo el costado del *Italia* con jubiloso rumor de fuente: ¡voz del mar que torna al mar, alegría del sol que torna al barco! No cabe duda: buena es la vida...

Este gozo del despertar se le mete a Chin por el alma adentro. En su memoria surgen, una a una, las frases de Rosa. Se sienta en el borde de la litera y cautelosamente da lumbre a un pitillo. Tiene Chin una bota en la mano, y, sin determinarse a calzársela, se entrega a la filosofía y a la ilusión. Rosa ha llorado por él. ¡Y las lágrimas son aprecio! La muerte ronda de muy cerca al indiano: ella resolverá el conflicto; Chin la espera. ¿Piedad hacia el enfermo? Belzunce cree sentirla; pero al bucear en lo

hondo de sí no encuentra ni rastro. Allá, en las sombras del alma, donde la voluntad desaparece y el instinto es todo, persiste y sonríe, sin remordimiento alguno, la visión de la cabellera rubia...

En tres o cuatro sorbos se toma Chin el desayuno y sale de la cámara. Están largadas las cenefas, y en el entrepunte, donde bullen los pasajeros, hay una dulce luz de umbráculo. Por los imbornales y entre la cubierta y la lona se vislumbra el destellar del agua, que se queda atrás hirviendo al sol. La lumbre de la mañana se tamiza a través de las cenefas, y en su claridad arden las mejillas de las mujeres y los ojos relucen.

—¿Adónde va usted?

En un banco, el hombre-pote y los *editores* ofrecen a Chin un asiento.

—¡Hermoso día!

Belzunce, que está en vena de charla, acepta la invitación.

—¡Gran día para una conquista! —apunta uno de los *editores*; y como advierte que el hombre-pote no se explica toda la intención de la frase, dice: —Los donjuanes *trasatlánticos* conocen bien lo que se puede conseguir en un día como éste. Vale más una mañana así que todas las Brígidas del mundo. No hay mujer heroica con este sol, con este no hacer nada y la idea de no volver a encontrarnos y llevar la vida un poco en peligro. ¡Lástima que aumente la velocidad de los barcos! En mi último viaje a París me confesaba un porteño que en las travesías de América le faltaban ya dos días para redondear sus idilios.

La tía Alina sale de la cámara y se dirige a Belzunce:

—¿Has visto a Jacinto?

Y Chin, un poco extrañado de que la salamandra le hable después de la conversación de la primera noche, responde sin mirarla:

—En tercera andaré...

La aparición de la vieja inmuta al hombre-pote. Al marcharse la tía Alina, el coleccionista de apellidos aprovecha la ocasión de que los *editores* hablan aparte, y dice a Belzunce.

—Le debo a usted una explicación. La otra noche, en la cámara, me permití comparar...

Chin recuerda el lance y aquieta con una sonrisa los escrúpulos de su amigo.

—Sí, somos parientes; pero esto no significa nada para mí. Apenas nos damos los buenos días.

La despreocupación de Chin tranquiliza al hombre-pote y le estimula a hablar.

—Por cierto que anoche... Anoche debió de ocurrir algo grave entre ellos. Me acosté temprano, y allá a la una me despertó la voz de esa señora. Madre e hijo disputaban. ¡Y de qué modo! Ella le decía: «Tú eres un tonto y ella una hipócrita. Tan santa, tan santa, ¡y le espera en cubierta! Ya verás cómo se salen con la suya. Se morirá Tomás, tú y yo nos quedaremos en la calle.»

—¿Ella, decía?...

—Ella. No entendí lo que el hijo le contestó. Algo muy gordo debió de ser, porque la madre saltó furiosa: «¿Y te lo he de decir yo? A los veintiocho años un hombre no pregunta cómo se logra a una mujer. Ocasiones no han de faltarte...» Habló de otras cosas, pero no recuerdo... Algo grave ha ocurrido... ¿Quién será ése que la futura viuda espera de noche?...

Chin está como sobre ascuas; escudriña en el rostro del hombre-pote la intención de la pregunta. Pero la cara no revela nada. Algo tranquilizado, contesta:

—No sé, no sé... A lo mejor no será nada. ¡Cosas de ellos! Son así.

La conversación se interrumpe. Chin se dice: «Hay que despistar a éste. Yo debería continuar hablando de cualquier otra cosa. Pero ¿y si hablando lo echo a perder?» Se siente turbado en su alegría, con ganas de marcharse, de verse solo. ¿Dónde andará Jacinto? Belzunce disimula concentrar su atención en un ajedrez frente al cual dos nababs, que viajan para olvidar sus quebraderos de cabeza, meditan absortos una partida difícil... La argentina rival del inglés, duerme echada en un sillón de lona. A la puerta del *fumoir* dos orientales se juegan a tantas millas tantos pesos. Chin no puede resistir más; se levanta; saluda:

—Hasta después...

Por la escala de la toldilla se descuelga un tropel de ingleses y argentinos. Desde el entrepunte y la sala de música acuden mujeres y hombres. Un camarero limpia con un paño la *pizarra de situación*. Y el tercero de a bordo, con un papel en la mano, copia en la pizarra las observaciones de la última singladura. Alrededor del oficial moscardonea el pasaje; por sobre los rostros ávidos la mano tostada escribe: «Millas recorridas: 350...»

Al apuntar el último número estalla un largo clamoreo. Entre el pasaje una inglesita brinca y palmotea con los brazos en alto y el placer de una paloma que sacude las alas. Después el grupo se disuelve; se oye tintín de oro: ha llegado el instante de pagar las apuestas.

XV

Y vuelan las horas. En la soledad de la mar se pierde la noción del tiempo. Ayer, hoy: ¡siempre lo mismo! Días sin fin en que el pasaje espera cada comida como una distracción; mañanas de somnolencia en que los ojos entornados se absorben en contemplar cómo la baranda del

entrepunte pasa y repasa, a cada vaivén, el horizonte; curiosidad infantil por la humareda o el velamen del barco, que apareció y desapareció apenas visible; lecturas inútiles en las que la atención no se concentra y la mirada no se aparta del mismo párrafo; exploraciones al fondo de las maletas en busca de la labor guardada en tierra y reservada a bordo como último recurso contra el fastidio; excursiones a lo largo de la cubierta en busca de personajes raros que observar o de diversiones en que intervenir; visitas a proa a ver las plantas que trajo éste o los pájaros que el otro embarcó; cigarros ofrecidos a los camareros a trueque de unos cuantos chismes de la oficialidad; y puestas de sol maravillosas; y noches transparentes, divinas noches en que el alma se vuelve romántica bajo el tropel inmenso de los astros...

En el hastío de estas horas inacabables Chin Belzunce pasea y cultiva su rabia. Fuma maquinalmente; esquiva la conversación con los demás, y corre de aquí para allí en diálogo perpetuo consigo mismo; sus pasos y su inquietud concitan la indignación de los pasajeros en la sala de música; su aspereza retrae de hablarle a los que le ofrecen gemelos para contemplar un buque o motivo para terciar en una conversación. ¡Ea!; quiere estar solo; la voluntad de vivir su malhumor aisladamente escamotea la sociedad, las amistades, los miramientos. Para algo han de servir la imaginación y el albedrío.

Huyendo del coleccionista se refugia Chin en la tercera de preferencia, allá a popa. Después del rancho bullen el alcázar y la toldilla en gritos, ademanes y colores. Alrededor de la escotilla abierta, por la que se columbra el interior de los sollados y las literas, encasilladas como nichos, se amontona el gran pueblo de emigrantes. Unos fuman de codos en la borda; otros juegan en corrillo; otros pasean en grupo; una familia siciliana barre el rincón donde ha plantado su rancho; dos niñas saltan por sobre los pasajeros dormidos de panza a tierra y se persiguen alrededor de los que vienen y van en lento paseo; una vieja,

con traza de bruja, lava en un pozal las marmitas pringadas de rancho. Hay quien vuelve satisfecho a Europa, y ríe; hay quien, apartado de la algazara, no oculta, en su mirar hosco, la decepción del vencido. En la toldilla una muchacha andaluza, toda huesos, baila, contoneándose hasta desarticularse, entre una reunión que la jalea. Y en medio de la gran batahola, en la inmovilidad de los ídolos y el desdén de los vagabundos, dos jerosolimitanas miran, con los ojos quietos y negros como flores que ofrecen en su cáliz el bálsamo de enloquecer y morir.

Belzunce columbra a Soledad asomada a popa. En la ansiedad y depresión de ánimo en que Chin se halla, únicamente la compañía de esta mujer, protesta viva contra la moral al uso, le puede interesar y serle agradable. Al reparar en Belzunce la muchacha se vuelve.

—¡Hombre! ¡Don Estornudo! —Soledad llama de esta manera a Belzunce por lo de Chin— ¿Qué aires te traen?

—¿Sola?

—Soleá me llamo y solita estoy.

Chin se vuelve hacia la mar, sobre la estela, y dice:

—Oye, Soledad: quisiera preguntarte una cosa. Vas a ser franca. ¿Jacinto...?

Soledad rompe a reír.

—No digas más. Lo sé. Tú y Jacinto y la bruja de tu tía os traéis el gran lío... ¡Vaya, no te hagas de nuevas! Tú (apoyando el índice en el rabo de un ojo) has finao a tu prima. ¡Si me parece muy bien, si te alabo el gusto! Pero no sé... Me da a mí que la vieja esa...

—Te equivocas.

—¿Que no? ¡Vamos, hombre! Si Jacinto me lo ha contao too. ¡Pues no se trae él su plan! ¿No sabes lo que me prometió? Me dijo que en cuanto espiche el viejo y se case él con tu prima me pondrá un hotel. Al encontrarnos

aquí me lo dijo, y yo le dije que me lo asegurara de incendios. ¡Si vieras qué gracioso estuvo! Para él eso de la boda es pan comío. Es un don fantasía. Me parece a mí que a tu prima le gusta tanto como el pan con limón. Él dice que no está encaprichao. La culpa de too, según él, son la vieja y la guita. Parece que tu tía quiere que plantee o prepare cuanto antes el caso a tu prima. Él no se atreve, pero la vieja le empuja y le prepara las ocasiones. Tu prima va sola... Bueno, está el viejo, pero es lo mismo.

Calla Soledad y Chin continúa en silencio. Soledad le mira, y al verle con cara de pocos amigos le dice:

—Mira, don Estornudo, no te acongojes. ¡Tal vez será mejor! Así tu prima les cogerá asco... Y ahora, déjame. Ése, mi arrimo, no nos quita ojo. No quiero broncas.

Se aparta Soledad y Belzunce sigue recostado en la barandilla. Todas las ventajas que Chin se prometiera al saber que su tío no iría en la cámara se han trocado en obstáculos, peor aún: en ocasión favorable para Jacinto. Los contados optimismos de Belzunce vienen a parar siempre en esto. ¿Y si Soledad tuviera razón? ¿Si Rosa acabara por odiar a Jacinto? ¡Razón, razón! El que no se contenta es porque no quiere.

A los pies de Joaquín, las hélices tienden sobre la mar ancho abanico de espuma. En agua azul, a sol puesto, florecen los grandes remolinos, de cuyo fondo brotan como relumbres de luz de estrellas, guardados por el mar en las claras noches del trópico. La estela, curvada ligeramente, va del barco al horizonte; y en el sendero blanco —camino de utopías y amarguras— se distinguen, lejos, los saltos del agua; ¿seres que la quilla despertó al pasar...? Viene la noche, y en la cubierta el gran rebaño de emigrantes es una masa confusa, sin color, movimiento ni gritos. En el montón de carne sin ventura reluce el fuego de los cigarros y se adivinan quietos los ojos de las hebreas. En

las entrañas del trasatlántico se hace la luz: iluminan-
se las puertas, las claraboyas, los topes...

XVI

Canta el piano. El pasaje se ha reunido en la sala de música. Bajo la gran rotonda brillan los escotes y las pecheras. Entre los *smokings* destaca el grupo de las inglesitas vestidas de blanco. En un rincón reluce, a veces, un monocle, como mirada de felino tuerto en aventura de amores. En una puerta la tía Alina sermonea a Jacinto. Y a través del cristal de una portilla, desde el entrepuente, Chin Belzunce intenta adivinar el diálogo por los ademanes. Jacinto estruja la gorra entre las manos; después se la encasqueta, y desaparece. Chin corre hacia proa; en dos saltos baja una escala; y temblando de rabia se esconde junto a la enfermería, en acecho.

No se equivocó. Jacinto avanza, como una sombra: arroja el pitillo que viene fumando al mar, y se dirige a la puerta. Belzunce aguarda que se acerque, le echa mano y le arrastra...

—¡Qué! ¡Suéltame!

—¡Cállate! ¡Si gritas vas al agua!

Le tiene bien cogido por las solapas del *smoking*. El cuerpecillo endeble se agita con odio y miedo. En voz ronca, rostro con rostro, Chin le escupe toda su ira y su desdén:

—¡Ladrón! ¡Canalla! Aquí no entras, ¿sabes? no entras. ¡Sé lo que buscas!

Le zarandea violentamente, y, al sentirlo cobarde, sin un impulso de indignación, le arroja al suelo con asco. ¡Canalla, más que canalla! Jacinto se incorpora, busca a tientas los quevedos de oro, se sacude el traje y, sin chistar,

vuelve hacia popa. Belzunce le mira alejarse; le conoce a fondo: se vengará como una mujer.

Chin descansa en un banco, en cubierta. ¡Qué alivio! ¿Para qué empeñarse en ser de modo diferente de como nació? Él vino al mundo para resolver a puñetazos los conflictos de la vida. Contra este impulso no valieron de nada los castigos de la escuela, ni los consejos de su madre, ni los buenos propósitos, ni la repugnancia que contra sí mismo sintió después de haber zanjado sus pleitos violentamente. Antes que la razón invocó la fuerza; y al placer de reprimirse y no pecar de injusto prefirió este contento ruin de desahogarse pegando. Se acabaron las resoluciones inútiles de corregirse. Su intención de enmendarse ha fracasado dos veces: ahora, a bordo del *Italia*, y antes, al llegar a la Argentina, decidido a vivir en paz con todos, cerca de Rosa. También entonces se consideró transformado; y a pesar de ello, a los pocos meses tuvo que solicitar un empleo en una empresa de ferrocarriles, en plena Pampa. Abofeteó a Jacinto y se insolentó con el tío Tomás; y aunque las amistades de familia no se rompieron del todo se fue de Buenos Aires. Aquella época, en una tolдерía, en mitad del desierto, fue para él como un descanso. De tarde en tarde, cuando no podía reprimir el anhelo de ver a Rosa, pedía licencia, se marchaba a la capital, y allí estaba hasta que sentía la comezón de triturar de un golpe al americano y de retorcer el cuello a la tía Alina. Se marchaba de la ciudad sin despedirse y, de vuelta a la Pampa, transcurría uno o dos días cazando y galopando en potros medio salvajes. Calmada su sobrexcitación nerviosa, caía en un profundo mutismo sentimental, del que no le arrancaban ni las bromas de sus compañeros, los ingleses. Era así.

Y cantan los violines y canta el piano. Por la cubierta silenciosa, ambula y digiere la comida el inglés de los pasos recios; en la sombra lucen las lumbreras; en la noche en calma los borbotones del humo flotan a ras de la mar,

como cabalgata de aparecidos. El piano canta en escalas alegres; después, con arranque violento de pasión que se desborda; y a intervalos se oye el vibrar de una cuerda que gime y que llora; voz desdeñada que en vano quiere enlazarse al coro de la melodía...

XVII

Sentada a la cabecera del enfermo, tía Alina hace calceta vertiginosamente. Los que han convivido con la salamandra saben lo que la reaparición de la calceta significa. Es *su fumar*, es decir, su entretenimiento en las cavilaciones y arrechuchos. Tiene atufada la nariz y la cara encendida por el bermellón de las grandes rabietas y del buen vino de las comilonas de Pascua. De tiempo en tiempo observa a su hermano por encima de los anteojos; deja la labor en el regazo, y asoma a su expresión el deseo de desahogar su ira. Duda, se reprime, y vuelve al puntear de antes. Pero la inquietud la consume. Ésta es la hora. Sus temores, el enojo que le ha proporcionado el atropello que contra su hijo cometió anoche Joaquín, y la ausencia de María Rosa, que está en el baño, la empujan a hablar, a descubrir al enfermo cuanto ocurre en el viaje. No hay más remedio: la prudencia tiene un límite. Cuando la salamandra se resuelve a sacrificar su *afecto* es que la cosa no puede tener otra solución. Para ella las amistades son como la ropa vieja: siempre sirven para algo. En toda su vida ha roto con muy pocas personas. Ni los desaires, ni las traiciones del falso cariño hicieron mella nunca en su amor propio. La estimación desaparecía, pero la amistad aparente no acababa. El amigo perdido es el enemigo más peligroso, e importa tenerle a la vista. Tal fue su conducta para con Belzunce al llegar éste a Buenos Aires. En cuanto Chin dejó entrever su pasión por María Rosa y su desdén hacia ellos, se dijo la tía Alina: «Es inútil. No reñire-

mos.» Y a pesar de los desprecios de Joaquín, no se malquistaron.

Con esta táctica lleva la tía Alina sus planes adelante. Cuando Tomás, de regreso de España, le declaró que había decidido casarse con Rosa, su hermana creyó morir de despecho. Gritó, sermonéó, hizo todo lo que pudo para desbaratar la boda. Aquel matrimonio era la anulación de su autoridad, indiscutible tantos años allí, en aquella casa, donde ella había sido la musa de la economía; era el fracaso del porvenir de Jacinto, que, inútil para todo, había llegado al mundo sin más aptitud que la de heredar a alguien. La salamandra se convenció, al fin, de que Tomás no renunciaría a la boda, y, de la noche a la mañana, cambió de procedimiento: Rosa tuvo, desde entonces, en la tía Alina una devota acérrima. Lo importante allí era conservar la confianza y la amistad del viejo: la *firma* de la casa. La esterilidad del matrimonio reavivó las ambiciones de la tía Alina, y la pretensión de Belzunce por Rosa le sugirió la idea de que lo que Joaquín tramaba, Jacinto bien podía lograrlo. Tomás no tardaría en *irse*. ¡Rosa era joven: se casaría! En las preferencias de la salamandra, entre candidato y candidato, no pudo haber duda.

Pero Jacinto no se ha dado maña en conquistar a Rosa. O peca de indiferente o se pasa de listo. Rosa ha terminado por odiarle. Al otro, a Joaquín, sí que no le faltará *gramática* para salirse con la suya. Rosa y él se entienden: Tomás se acaba: ¡y todo perdido! Vuelve la calceta al regazo; tornan las miradas al enfermo. Hay que jugar a cara o cruz; es necesario arriesgar la amistad de Rosa y hasta la de Tomás, tal vez; divorciar mujer y marido. Y tía Alina hurga su propia rabia para cobrar brío en su resolución y acallar el remordimiento por el disgusto que va a ocasionar a Tomás, que al cabo y al fin es su hermano que se muere. No piensa, o no quiere pensar en su ambición, que es el único móvil que la arrastra. Aviva el enojo que el atropello de Chin contra Jacinto le produjo anoche. Recuerda los triunfos de su ahorro, que servirá acaso para que Rosa

y Joaquín comenten más tarde, en son de burla, su tacañería. No puede más; se pone en pie.

—¡Tomás!

Los ojillos de búho buscan a Alina. ¿Qué hay en la voz de la hermana que tiembla así?

—¿Qué?

Alina duda un instante; pero el enfermo insiste:

—¿Qué quieres?

—Joaquín viene a bordo.

La mirada del americano se clava en la vieja.

—¡A bordo!

—Sí, a bordo está.

—¿Y no ha entrado aquí?...

—No ha querido. Me ha insultado. Anoche dio de puntapiés a Jacinto, que venía a verte...

El tío Tomás intenta incorporarse. Bajo sus cejas foscas brilla la suspicacia de campesino. Coge a su hermana por una mano y la atrae hacia sí:

—¿Y Rosa?... ¿Dónde está Rosa?

La salamandra reprime un movimiento de satisfacción.

—¡Qué sé yo! Arriba estará. Ha hablado con Joaquín.

El enfermo suelta a su hermana, y permanece con el brazo reseco colgando del colchón. A la puerta de la enfermería suena la voz de Rosa. Alina recoge la calceta y se inclina hacia su hermano.

—Vuelvo —le dice.

Y sale precipitadamente.

XVIII

Rosa se ha detenido a la puerta de la enfermería. Habla con el médico. El americano observa los pies de su mujer, que, al moverse, dejan adivinar encantos olvidados. Por la lumbrera cae un llamarada de sol; junto al enfermo, en la cama de Rosa, las ropas, revueltas todavía, guardan el aroma del cuerpo joven. La proximidad de la mujer, el ambiente de luz y la revelación de la presencia de Joaquín a bordo renuevan los celos dormidos, los celos que desgarran, que martirizan y que hacen soñar con morir matando. ¡Ahora sí que el tío Tomás se ahoga en este rincón del *Italia*! ¡Ahora sí que anhela la alegría de vivir, la juventud, el andar y agitarse al aire libre! ¡De hoy en adelante le atormentará a bordo un nuevo dolor: la duda maldita, que le hará sospechar de cada frase y de cada ausencia de Rosa! Sólo la idea de una aproximación posible de su mujer y Belzunce, le pone fuera de sí. ¡Ladrón! ¡Canalla! Pero aún le quedan fuerzas; se defenderá, se vengará, todavía sabrá Joaquín quién es él. El indiano intenta echarse fuera de la cama, y no puede. ¡Imposible! Tiende los brazos sobre el cobertor y se queda jadeando. El ánimo revive, pero el cuerpo no le secunda. ¡Viejo, sí, irremediablemente acabado!

Y en su congoja no acierta a comprender la parte de responsabilidad que le corresponde en el drama que en torno suyo urde el destino. Rosa y Joaquín le engañarán; el mundo disculpará la traición y se reirá de su desgracia. ¿Y qué culpa puede caberle a él por ser viejo? ¿Acaso la vida no es demasiado corta para la lucha que han de sostener los que no se resignan a pudrirse en la miseria? ¿Quién le podrá reprochar sus alifafes y sus años, si hasta ahora no pudo conseguir el bienestar preciso para no hacer de su mujer una víctima? Ahora, muriéndose, el americano comienza a sospechar que no siempre van juntas la felicidad y la lógica de los hombres cuerdos. Y, arrepentido, se encara mentalmente con los señores sesudos que allá, en América, le aconsejaron no contraer matrimonio antes de resolver

el problema de la pitanza. «¡Ah señor don Juan García!
¡Ah señor Deán! ¿Quién se equivocó? ¿Fui yo o fueron
ustedes?»

¡Solo, bien solo! La duda le divorcia de su mujer, pero no le une a Alina. El americano conoce la malquerencia de Alina contra Rosa; y esta malquerencia, que es su última esperanza —¿no será todo pura invención?—, le aparta de su hermana. Los celos son cariño, a su manera, ¿y quién perdona la mano que le hiere? Tomás no se explica tan a lo hondo esta soledad interior en que se ve. Lo único que él sabe es que, en esta su amargura, no puede recurrir al consuelo de los hermanos que, además de hermanos, fueron compañeros cuando niños. ¿Y Rosa? El americano cierra fuertemente los ojos como si pudiera así apartar la imagen y con ella los celos. Pero allí clavada en la entraña sangrando, está la duda, que, a pesar de ser combate entre dos pareceres, no deja oír más que una sola voz: la que murmura que si Rosa fuera inocente no hubiera ocultado a su marido la presencia de Joaquín a bordo...

—¡Rosa!

En lo alto de la escala María Rosa se despide del médico. ¡Hasta después! Baja rápidamente y se aproxima a su marido.

—¿Qué hay? ¿Cómo te encuentras?...

Los ojillos de búho relampaguean. La garganta del viejo lanza un ronquido y un escupitajo: «¡P...!» La mujer retrocede, desconcertada. Medio incorporado en el colchón y con la camisa de dormir entreabierta y la pelambre del pecho al aire, el indiano repite la injuria y señala hacia la puerta.

—¡P...! Eso se lo preguntas a ése, a Joaquín.

Rosa comprende: la vieja, la víbora, echó ya la baba. La iniquidad de Alina y lo soez del insulto la aturden. Corre hacia la puerta y la cierra, vuelve hacia su marido y se arroja en la cama llorando.

—Tomás, Tomás, cállate. ¡Es mentira! ¡Eso es mentira! Te lo digo yo. ¡Qué infamia, Dios mío, qué infamia!...

Llanto y súplicas son inútiles. El brazo, rígido y negro sigue indicando la puerta: «¡Vete!» Pero Rosa no se va, no quiere irse. Es inocente: la ha de escuchar. Y en su desolación ruega a su marido en el único lenguaje sincero en que puede hablar con él:

—¡Tío Tomás, tío Tomás, le han engañado!... Yo no soy... ¡eso que dice usted!...

El viejo cae de espalda, anhelando, en la cama. Las lágrimas, el aroma de los brazos jóvenes recién bañados, le encienden la lascivia, que exagera los celos hasta el delirio. La mano, la mirada, la voz repiten inexorablemente la misma frase:

—¡Fuera!

María Rosa se pone en pie. Pues sí, se va. Semejante agravio por una falta que no ha cometido, que no «ha querido» cometer, irrita su orgullo. ¿A qué llorar si no tiene de qué arrepentirse? Se acabaron las lágrimas; se acabaron las súplicas.

—¡Sí, me voy!...

Se enjuga la cara; abre la puerta; sale.

XIX

Bajo la gran claraboya, Rosa se detiene un momento a serenarse. Después, paso a paso, sube a cubierta. ¿Adónde va? ¿Adónde ha de ir! Si quisiera verdaderamente a su marido le dolería mucho más la ofensa, pero se consolaría en cambio con la esperanza de llegar a convencerle y reconciliarse. No le quiere, no. Lo que llora dentro de ella no es el cariño desdeñado; es, más bien, el amor propio ofendido, y, más que eso, la pena de un absoluto aislamiento

en la vida. Rosa piensa en su regreso al pueblo: la madre, muerta; ¡sus hermanos, en Suiza ahora, y quién sabe dónde después, cuando la suerte les separe! Absorta en su pesar, se encuentra, de pronto, entre un grupo de chiquillos que saltan y ríen. Se detiene a contemplarlos, a reír su risa, a recoger su júbilo. Y mientras los dedos peinan y acarician unas guedejas rubias, brota de sus labios este anhelo, que acaso no formularon nunca, hasta hoy, claramente: «¡Ni esto, Señor, ni el consuelo de un hijo!»

Su boca se sacia besando las mejillas frescas. María Rosa sigue su camino, va en busca de Joaquín. En su interior hay algo que se resiste y le aconseja ser más pura, para rebelarse con más razón contra el agravio. Pero su dolor y el deseo de confiarse a una persona amiga la empujan. ¡Oh, si Chin acertara a descubrir lo que ella siente en estos momentos! ¡Si tuviera la abnegación de no hablarle de su cariño! ¡Si supiera «acompañarla, nada más que acompañarla», en su padecer!

Baja temblando la escalera del *fumoir* y, rendida por la emoción, reposa un instante en un sofá de la cámara. Se rehace y sigue andando. El camarote de Belzunce está abierto; el portier tirado.

—¿Joaquín?...

Joaquín levanta la cortina, lleno de asombro. María Rosa entra y se desploma en la otomana, y permanece inmóvil, rígida, con los ojos secos y la boca contraída por el dolor. Frente a ella, Belzunce, sorprendido y desconcertado, la interroga:

—¿Qué tienes? ¿Qué te han hecho, María Rosa?... ¡Di!

—¡Se lo han contado! Tomás sabe que vienes a bordo. ¡Lo que le habrán hecho creer de mí! Y Tomás me ha echado de la enfermería, me ha dicho...

María Rosa se cubre la cara. Sus labios trémulos se resisten a pronunciar la injuria.

—¿Ves? ¡Hay que acabar! ¡Anoche debí concluir con ese mal bicho!...

—¿Qué hiciste?

—No dejé que Jacinto entrara en la enfermería. ¡Le eché al suelo! ¡Y no le pateé!

—¿Y por eso?...

—Por eso le han contado que voy a bordo. Por eso y lo demás: porque se han convencido de que no te casarás nunca con Jacinto. Porque ven que esos ochavos se les escapan. Lo de siempre, María Rosa, lo de siempre.

—¡Me has comprometido, Chin! ¡Lo que yo te dije!

—¿Y qué sabes tú a lo que iba ése a la enfermería? Ellos son los que te han comprometido. Tienen el mal gusto de disputar en voz alta en su camarote. Algunos pasajeros sospechan ya. Y saben más aún: con tu boda proyecta Jacinto una aventura. En tercera va la mujer que ha de sustituirte. ¡La gaditana ésa, la que canta malagueñas, una amiga de todos!

Joaquín Belzunce guarda silencio. Ha dicho lo que tenía que decir. ¿A qué hablar más? ¿Para qué atormentar más a María Rosa? La mujer se ensimisma en su amargura y repite maquinalmente:

—¡Sola, Señor, sola!...

—No; sola, no, María Rosa. Tú me querrás algún día, o no me querrás; pero yo, Chin, no te abandonaré nunca. Ven acá, óyeme... ¡Si todavía podemos ser felices! ¡Piénsalo bien! ¡Déjales! ¡Que sean dichosos, si pueden serlo! María, ¿me escuchas?

Chin se sienta junto a ella, y le coge las manos, las divinas manos adoradas que siempre dejaron en las suyas el palpitar, el halago tibio de un pájaro que huyó. Y añade:

—Así sería mejor. ¡Sola y mía! ¡Cómo te querré! Volverás a ser la María Rosa de antes, la que yo quise allá, en

el pueblo, la que me quiso a mí. ¿No ves nuestra alegría? ¡Figúrate!... ¡Encontrar a la María Rosa pequeñita, a la María Rosa hermana, a la que se dejaba caer en mis brazos al saltar los muros, al huir de las huertas! Decídetes. En el primer puerto desaparecemos. Volveremos a América ¡adonde quieras tú! ¡Yo trabajaré por ti! Si hasta hora no arraigué en ninguna parte fue porque mi vida, sin ti, no tuvo objeto. ¿Qué dices? ¡Mírame! ¿Qué dices? Con-
testa.

La mujer llora, anonadada.

—¡No, no puede ser! ¿Y mis hermanos? ¡Yo no puedo abandonarles!

Al ver que María Rosa duda, Joaquín insiste con mayor ímpetu:

—Trabajaré también por ellos. Tú te has sacrificado demasiado. ¿Qué te pueden exigir más?

—Te engañas. ¡Si hasta en eso me equivoqué! ¡Los he educado para ricos, y ahora, a la mitad de la carrera, sería una crueldad dejarles! ¿Y qué podríamos hacer por ellos nosotros solos? Fue orgullo, fue cariño ¡qué sé yo! Pero me sentí tan desgraciada que creí que mi desdicha valía bien la felicidad de ellos. Ya que yo no puedo ser feliz —me dije— ¡que lo sean mis hermanos! ¿Y qué pensarían mis hermanos de nosotros? ¿Comprendes, comprendes ahora?...

Belzunce exclama, vencido:

—Comprendo, sí...

Las últimas frases de María Rosa le dejan profundamente triste. Se queda en silencio y luego dice, como si hablara a solas:

—¡Es verdad! ¡Soy un pobre hombre! Tú y yo tenemos razón. ¡Y qué triste eso! ¡Qué triste que dos que se quieren tengan razón para dejar de quererse!

En el pasillo se oye la voz y el andar de una camarera que busca a Rosa. Rosa sale a su encuentro.

—¡Señora, señora, que vaya usted en seguida! ¡Corra usted!

XX

Tarde clara, tarde alegre. El corazón se dilata y brinca de gozo en el aire diáfano que hace adivinar las aguas azules, las aguas sin fin, más allá del horizonte. Hoy un amor sería feliz. ¡Cómo se aproximaría los labios a una boca querida! ¡Qué dulce el aletear de unas pestañas amadas! ¡Y qué halago el de unos rizos que el viento llevase y trajera! A pesar de sus cavilaciones, Joaquín Belzunce no puede sustraerse a este contento del aire y la luz.

Desde la toldilla de popa Soledad llama a Chin.

—Ven acá, don Visiones. Hay grandes noticias. ¿No sabes...?

—¿Qué?

—El americano ha hecho testamento. Ayer tarde le dio un soponcio. Estuvo a morir. Por la noche llamó al capitán y el capitán envió a buscar, como testigos, al inglés de las botas y a ese señor-tapón que es amigo tuyo. En la enfermería estuvieron más de dos horas. A Jacinto le faltó tiempo para venir a contármelo. Parece que el viejo no se fía de ti. Deja casi toda la guita a su mujer; pero con una condición: la de que no se vuelva a casar. Si tu prima se casa van los cuartos a la bruja de tu tía. Jacinto baila en un pie. «Rosa no se casará conmigo —dice— pero se casará con Joaquín. Total, igual.» Ahora quiere reconciliarse contigo. ¡Claro! Lo que desean es que tu prima y tú os entendáis cuanto más pronto mejor. ¿Eh? ¡Lo que es la vida! ¡Vaya!

—¡Es así! ¡Qué asco!

La conversación se interrumpe; la gaditana mira a Joaquín, y, al observar que éste pone cara hosca, añade:

—Pero ¡oye! ¿no decías que todo en ti era amor puro? ¿La ocurrencia del viejo te llega al alma? (Señalando el bolsillo portamonedas de Belzunce). ¿Ves? *¡Somos de barro!* ¡O lo sois vosotros, los hombres! ¡Todos iguales...!

—No; tú sabes que yo no soy así. Aunque nadie me crea, me importa poco. En eso estoy tranquilo. Quise a Rosa antes de que ella viniese a América. Si yo hubiera podido entonces, no se casa.

—¿Estás seguro?

La pregunta ofende, y Belzunce se aparta de la gaditana. Soledad le sisea; insiste en seguir la conversación: ¡si fue una broma! Pero Belzunce, que no tiene deseos de hablar, sigue caminando, toldilla adelante, con el ánimo turbado. No acierta a leer claramente en sí. Y esta confusión es un malestar insufrible para su carácter, amigo de las determinaciones prontas. El recuerdo de su cariño desinteresado a Rosa le reconcilia, en cierta manera, consigo mismo. Pero esta indignación que ahora le asalta le hace dudar de ese desinterés suyo, que, al cabo y al fin, no es más que un recuerdo. ¿A qué engañarse? ¿A qué forjarse la ilusión de que el amor de María Rosa ha dejado de ser un imposible? Las condiciones impuestas por el americano representan un nuevo peligro para los proyectos de Belzunce, ¡el mayor peligro! Rosa las aceptará; vivirá para sus hermanos; no será de nadie. La salamandra se ha vengado. ¡Ah, el egoísmo del viejo, la gran miseria de la vida, que lucha por perpetuarse más allá de la muerte! ¿Egoísmo? Cada cual recurre a las armas de que se puede valer.

Anochece en largo crepúsculo dorado y sin nubes.

Sin darse cuenta, Joaquín va hacia proa. ¿Qué pensará Rosa? ¿Qué habrá resuelto? Belzunce se asoma por la puerta de la enfermería. El portier del dormitorio está corrido.

Chin baja lentamente la escala. La alcoba se halla en sombra. En la sombra, tras de la cortina, estallan sollozos, y una voz anhelante repite:

—¡Jura! ¡jura!

XXI

La muerte ronda alrededor del americano. Los ojos del moribundo la columbran en los rincones de la enfermería, que, al acabar la tarde, se pueblan de fantasmas. El viejo se agita, busca instintivamente la posición recta y de espalda e instintivamente se vuelve de boca al colchón: le horripila verse largo y de cara al techo, como si contemplara su propio cadáver.

Sentada a la cabecera, Rosa no puede conciliar el sueño: así ha pasado la noche y el día. La salamandra aparece de rato en rato; mientras le es posible, rehúye quedarse a solas con la *pobre* Rosa. Jacinto no ha asomado por la alcoba del enfermo. A causa de la gravedad del tío, no pudo asistir al concierto de anoche, y para olvidar su dolor, se emborrachó en un jaleo íntimo, allá, en tercera.

En un cambio de postura, fija el enfermo los ojos en su mujer.

—¡María Rosa...!

Rosa, que permanece recogida en sí, con los párpados entornados, se acerca sobresaltada. El americano la coge con una mano por detrás del cuello, y le murmura al oído, en voz que no se sabe si ordena o suplica:

—Júrame, júrame que no te casarás...

Rosa no responde. El egoísmo del viejo; el recuerdo de sus injurias; el dolor de lo que acaba de hacer con ella, al disponer de sus bienes, matan en su corazón toda pie-

dad. El silencio de Rosa exaspera al marido; la mano quema y se crispa, aprieta como una tenaza. Y María Rosa, de hinojos en tierra, llora ahogando los sollozos, sin intentar desasirse.

—¡Jura, jura...!

Joaquín Belzunce aparta de un manotazo el portier; desata a María Rosa de las garras del viejo; y, loco, sin saber lo que hace, la estrecha perdidamente entre los brazos, aspirando, en besos que sorben la vida, el aliento de los labios que tiemblan y el calor de las lágrimas que arden. En la cama, bajo las caricias que la sofocan, sobre el enfermo mismo, María Rosa languidece. El viejo le clava las uñas, forcejea por atraerla hacia él, por arrancarla del contacto maldito, por disputarla a la tempestad de cariño y de odio que, al fin, estalló. Pero no puede; se le acaban las fuerzas; intenta arrojarla al suelo, y no lo consigue; quiere gritar, y, como si algo se rompiera dentro de él, se engurruña y cae de espalda, abiertos los brazos...

XXII

¡Las dos, las tres! La noche no tiene fin. El cuerpo del americano reposa en la enfermería, bajo las lámparas eléctricas. En la habitación próxima, aisladas para siempre, tía Alina dormita suspirando y Rosa vela inmóvil, con los ojos secos, sin pronunciar una frase. Jacinto y el doctor charlan y fuman en lo alto de la escalera: empezaron hablando del difunto y han concluido por discutir las costumbres moras. Las portillas del dormitorio están abiertas y el portier se hincha y se levanta al paso del aire. ¡Aire de madrugada y de cámara mortuoria que aterece con el frío del primer día que no ha de lucir para los que se fueron ya!

Las cuatro. Las toca la campana del puente y las repite, como un eco, la serviola. En la claraboya azulea el alba lejana; en cubierta se desafían los gallos cantando. Bajan el doctor y Jacinto y detrás un contraмаestre y dos marineros: vienen a *coser* el cadáver.

Desde un rincón María Rosa adivina lo que ocurre en el dormitorio: Martínez reconoce, por última vez, al indiano; luego cesan los pasos; una voz dice: «¿Tú por ahí?» Y en la quietud de la alcoba, en la gran paz del barco, que va hacia el día, que le sale al encuentro, crujen las agujas al atravesar la mortaja. El crujir de la lona remueve las emociones: punto a punto, al cerrarse la tela, desaparece el muerto; punto a punto suben y se derraman las lágrimas en los ojos de Rosa.

—¿Quieres verle?

Es Jacinto, que anuncia el momento del último adiós. Rosa se levanta y cruza el umbral. El cuerpo de su marido parece mucho más largo. Entre la lona sólo se descubre la cara lívida. Rosa se inclina a besarle, y al sentir la impresión de la frente yerta rompe en sollozos. Le despide con los primeros besos sinceros que en sus años de casados no pudo darle. La *otra* María Rosa, la mujer, no le quiso nunca; hasta le precipitó la muerte. Pero esta María Rosa que ahora le besa es la María Rosa agradecida, que, a pesar de tantas dudas, le fue siempre fiel...

A las cuatro pide Belzunce café y cognac. No ha podido dormir; ha pasado la noche en cubierta, la cabeza le duele, le arde la garganta: se ha fumado «hasta los dedos». No ha hablado con Rosa, ¿ni la ha visto! Rosa rechazó su abrazo al ver que tío Tomás se moría; no cambiaron ni una palabra; Joaquín huyó; nadie le vio salir. El recuerdo de la escena ¿no será un nuevo escrúpulo para María Rosa? Si se cree culpable, ¿no considerará el divorcio de ella y Joaquín como una expiación necesaria? Belzunce se siente

fatigado, agotado: no quiere analizar más, ni suplicar, ni insistir. Se quedará en Canarias. Su determinación es firme. No le faltarán pretextos para despistar la maledicencia de a bordo: un negocio imprevisto, un telegrama, una enfermedad. Y si Rosa le quiere, que le siga: libre es. Belzunce arreglará con el sobrecargo la cuestión del equipaje. En Las Palmas aguardará. Y si Rosa no acude, aquélla es la ruta del África del Sur, la gran tentación del alma aventurera cansada de padecer. ¡Adiós el *Italia*, las torturas, las ilusiones imposibles! ¿Le quedan veinte años de vida? ¡Pues a vivir!

La mayoría de los pasajeros madrugan. Anoche, antes de acostarse, diéronse la consigna: «¡Hay que ver eso!» Y ahora, en los comedores, iluminados eléctricamente, comen fiambres, beben y ríen mientras esperan la ceremonia. Llegan unos vestidos de punta en blanco, dispuestos a asistir al *entierro*. Otros, los más, suben con el busto en camiseta, embutidos en sus abrigos, con el propósito de enterarse a distancia y volverse a dormir después. En una mesa la argentina mete sus dedos de muñeca, cuajados de anillos, en una copa, y rocía con agua unas flores para el muerto; flores de América que la argentina había apostado conservar, sin que se deshojasen, hasta Canarias. La mujer refiere las condiciones del pacto concertado con el primer oficial al salir de Buenos Aires. Escuchándola, un pasajero, malhumorado porque siente frío y no le sirven pronto el café, refunfuña y parodia a Bécquer —un poeta que él ignora si es castellano o *traducido*:

*Mientras haya cursis en el mundo
habrá poesía*

El pasaje va hacia la cubierta alta. Los curiosos se aglomeran debajo del puente, donde se oye el taconear del oficial que ha entrado de cuarto. El hombre-pote sube corriendo. «¿Ya?» pregunta, y, sin aguardar a que le res-

pondan, se afana en llegar a la barandilla, convencido, por experiencia, de que la buena educación no es siempre compatible con la estatura. A la puerta de la enfermería, en un grupo de pasajeros, tía Alina gimotea, empeñada en asistir a la ceremonia, por ese prurito de exhibición que en los caracteres vulgares es el complemento del sufrir. El pasaje se entretiene en observarla, y, aburrido de tanto esperar, se impacienta.

Ya sacan al muerto. El pasaje y los tripulantes se descubren; cesan las conversaciones; los curiosos se apretujan; algunos tiran el cigarro, como si el fumar les impidiera atender mejor. Jacinto y un contraмаestre colocan al muerto en una tabla apoyada en la borda e inclinada hacia la mar; un marinero amarra dos lingotes de plomo a los pies rígidos. Y bajo el cielo sin nubes, que conserva allá, en lo alto, una sombra de la noche, el capellán masculla el responso. Cerca del horizonte, camino del Sur, cruza un velero con la lona teñida en el sol que nace. En el botalón, tendido sobre el agua, los focos parecen ir solos, sin drizas ni esfuerzo, por el aire azul. El vuelo de las velas despierta ansias de liberación. Y en este amanecer puro, el muerto va serenamente hacia lo ignorado.

Acabó el responso. Ya cayó sobre el muerto la bendición última. El capitán mira hacia el puente y da una orden. Suenan los timbres, y en el silencio de la cubierta se hace otro silencio: el de las máquinas. La tabla se inclina, se inclina; el cuerpo se desliza, cae. El pasaje corre a la borda.

—Se ha vuelto —exclama triunfalmente el hombre-pote, que anoche aseguraba que los muertos arrojados a la mar se vuelven siempre hacia el barco.

El cuerpo se hunde, dejando en la sombra del agua un rastro de luz de luna. E instintivamente los pasajeros marchan hacia popa, con los ojos en las flores de la argentina, que se alejan flotando en el lugar donde el muerto desapareció...

—¿Las ve usted?

—¿Allí?

—¡Más allá!

Se perdieron. El *Italia* reanuda su camino; el pasaje se desbanda; en el amanecer diáfano, en la alegría del agua y el sol, se abre la estela...

XXIII

En los mares de Canarias.

Diluvia. Desde los cielos de Europa vienen las grandes nubes, que recogieron, al pasar, la tristeza de las ciudades grises del Norte. Hace dos días que el trasatlántico avanza chorreando la lluvia, cabeceando pesadamente, mudo y oscuro, como un cuerpo muerto abandonado al acaso. ¡Dos días sin descubrir un buque, sin sentir la compañía del sol, sin ver de noche, allá, en lo alto de los mástiles, el vivir remoto de las estrellas! La lluvia ha disipado el buen humor a bordo. Al abrigo de la cubierta alta las inglesas dormitan su tedio, como esfinges, con el busto arrebujaado en sus chales de turista. Cansado de charla, de whisky, juego y lecturas el pasaje arrastra su esplín, en largo mutismo, por el bar y la biblioteca, por el desamparo de los comedores, prolongados, como un laberinto, en los grandes espejos. En la orilla de las literas, en las otomanas de los camarotes, a lo largo de los pasillos, y a la puerta del *fumoir* hay actitudes resignadas, interrumpidas a veces por gestos súbitos de desesperación. El inglés de los grandes trancos se hurga, con un mondadientes, sus botas recias. Un francés examina, tarareando horas y horas, las molduras de las vitrinas. ¡Quien más, quien menos, lleva la lluvia dentro del alma!

Al caer la tarde aparece una alondra. La trae una racha de viento entre la lluvia. Viene de las islas, persegui-

da y desorientada, tal vez, por los halcones; tal vez los vendavales del desierto la arrancaron del bando amigo y la empujaron hacia la mar. Vuela perdida en el aguacero, luchando contra las ráfagas huracanadas, que la dejan atrás del trasatlántico sin concederle siquiera el reposo en las jarcias, antes de perecer. Jamás sostuvo el instinto de la vida lucha tan desesperada; jamás, como en este trance, se reveló la angustia de los pobres seres aniquilados por el mismo elemento que fue un día su amor y su fuerza.

Al fin consigue la alondra alcanzar el pescante de una falúa. Y entonces ocurre algo muy inhumano y muy de los hombres. Los pasajeros se arrojan a una persecución encarnizada tras del animal fatigado. ¡Se acabó el tedio! Es una carrera sin piedad entre gritos y brincos. Por la cubierta, por el entrepunte, por las escalas, las pasajeras lucen las piernas y los refajos. La alondra no se atreve a abandonar el *Italia*: salta de los botes a los bancos, de los bancos a las lumbreras, de las lumbreras a los obenques, mojada, sin fuerza, temblando, a punto de morir. Pero el pasaje, aburrido, no se apiada de ella; todos la quieren proteger; ninguno renuncia a divertirse, al cabo de dos días de fastidio y lluvia. Hasta que allá, al crepúsculo, cuando, rota una nube, el sol se derrama en el horizonte, la alondra, rendida, se entrega al viento y se queda atrás...

—¡Tonta! —exclama una inglesa, con acento infantil.

—Va hacia el sol —dice resueltamente un pasajero imaginativo.

Y añade un andaluz, mirando con sorna a la inglesa:

—¡Quién fuese alondra pa caé en esas manos!

La inglesa le mira sin comprender y le vuelve la espalda.

* * *

Y los pasajeros tornan a su mutismo y a su quietud. Los que se incorporaron, curiosos, en sus sillones, se reclinan y bostezan. No hay entre ellos curiosidad bastante para la contemplación ni sueño suficiente para dormir. La lluvia, monótona, repiquetea en la cubierta alta, y corre, y cae a chorros, a cada vaivén sobre las olas que pasan y suben hasta lamer las portillas. En horas interminables y por frente a la mirada absorta cruza la visión igual: las grandes mares florecidas en espuma que se persiguen, alcanzan y ruedan hasta el horizonte. Bajo la lluvia el mar parece más desierto; mar de naufragio que sugiere el temor de un abandono y de una muerte sin esperanza.

Huyendo de la lluvia, se acoge Belzunce al salón del piano. El salón está casi a oscuras, sin más luz que un reflejo ocre que llega de Poniente. Belzunce se deja caer en una otomana, en un rincón. Frente al teclado —que brilla en la sombra como la mandíbula de los gigantes devoradores de niños, de los cuentos azules— una extranjera preludia un motivo de Beethoven. Sus manos saltan sobre las teclas como dos palomas que ensayan el primer vuelo. ¿Alemana? ¿Yanqui? En ciertas actitudes la extranjera parece una niña; en otras, diríase que es una mujer ya hecha, agobiada por el hastío. En los trasatlánticos se hallan, a menudo, esos seres misteriosos que casi nunca se muestran entre los pasajeros, y que, de pronto, en un puerto de escala, desaparecen, dejando tras sí el rastro de una tragedia oculta. En la penumbra llora, deliciosamente íntima, la música sublime. ¿En qué nido distante lloró esta misma música bajo estas mismas manos? ¿Qué hombre buscó, conmovido, estos labios que ahora, sin nadie que los bese, se reflejan desdeñosos en la sombra del espejo?

Se eclipsa la luz de la puerta: es María Rosa, que viene, atraída por la música, después de haber presenciado la persecución de la alondra. Avanza sin hacer ruido y se sienta sin reparar en Belzunce. Y así, aproximados por la misma emoción y aislados en la oscuridad, atienden

largo tiempo, mientras que afuera, en el horizonte, se apaga el día... En el artesonado del salón brillan cien lámparas; el entrepunte se ilumina también. La extranjera cierra de golpe el piano. Se va. Y Rosa y Belzunce se encuentran cara a cara. Joaquín se levanta y se dirige a Rosa:

—Vengo a despedirme.

—¿A despedirte?

—Sí, lo he decidido: me quedo en Canarias. Se acabó. Mañana o pasado llegaremos. Tú resolverás. Soy y seré el que fui siempre. Pero no podemos prolongar esta situación nuestra: es demasiado ridícula y demasiado dolorosa. Te aguardaré en Las Palmas. Si no te determinas, no volveremos a vernos. Estoy cansado; me quedo atrás, como ese pobre pájaro con el que se han divertido éstos, hoy.

—¿Qué quieres que te diga, Chin?

—¿Yo? ¡Nada! No es cuestión de hablar, ni suplicar. ¿Para qué? En estas cosas del cariño uno se ha de persuadir a sí propio. De poco sirven las razones ajenas. ¡Si lo sabré yo! Adiós, pues...

Un grupo de pasajeras entra riendo y chillando. Traen a rastras al director del quinteto. Vienen a ensayar unos lanceros a la inglesa, «muy a la inglesa», según la argentina. Hace días que no se baila a bordo, y eso no puede ser. Al reparar en María Rosa las pasajeras se detienen y enmudecen, desconcertadas. ¡La viuda! Rosa advierte que su presencia agita la diversión; y agradecida y determinada a ser «ella misma» de hoy para siempre, les dice sonriendo, con la buena sonrisa suya, que le da razón antes de que hable:

—¡Oh, no! Ustedes han de bailar.

Y viendo que las muchachas dudan aún, añade:

—Ustedes no podrán decir que yo he venido al baile. Es el baile el que ha venido aquí...

XXIV

Se interrumpe la partida de tresillo: el hombre-pote y el inglés de los pasos recios se interrogan con la mirada; la argentina rompe a aplaudir alegremente. «¡Los equipajes, los equipajes!» Allá, a proa, resuena un motor de carga. La mujer echa los naipes sobre el tapete y corre a cubierta. Tras de la argentina van el inglés, el hombre-pote y Belzunce. Junto a una escotilla dos marineros han desfundado y prueban un motor. ¡Los equipajes! Es decir, ¡la tierra próxima!

En el entrepuente los pasajeros hormiguean y ríen. En los corrillos de los que van hacia Europa se organiza una expedición al campo. En un grupo de hombres solos un viejo verde indica con sigilo las señas de cierta calle y cierta casa de la ciudad. Los pasajeros que han de rendir el viaje en el Puerto de la Luz van impacientes de un lado a otro; suben a cubierta, bajan a la cámara, entran y salen de los camarotes. Desde primera hora han saldado sus facturas, han repartido propinas, han colocado los guantes, el paraguas y el abrigo en la litera; y, sin nada más por hacer, aguardan desasosegados la aparición de la costa...

En el entrepuente el segundo oficial indica a unas inglesas algo perdido en la lluvia. La mirada de las extranjeras sigue la dirección que el piloto señala.

—¿Allí?

—¿Dónde?

—¡Allí!

Allí está: es la isla. Se revela de pronto, alta y cercana, como un nubarrón más negro tendido sobre la mar, entre el chubasco. A popa, los emigrantes la acogen con larga gritería; agitan las gorras; alzan los brazos; cierran y abren las manos, saludándola y despidiéndose de ella a un tiempo, con ese ademán, primera gracia que al llegar a la vida aprendemos del Destino, bien sabe él para qué. Es la isla,

que se cruza en el rumbo del trasatlántico después de tantos días de soledad; el puerto que de aquí a unas horas se quedará atrás, en pleno olvido.

Se desgarran las nubes, y allá, en el fondo de una dársena desierta, brilla la espuma de las olas al romper bajo un rayo de sol. El *Italia* avanza a lo largo de la isla; a veces, en los montes, se alcanza a ver, muy distante, un pueblo blanco; a veces el vapor cruza el rumbo de un falucho de pescadores, que navegan, medio dormidos, hacia una playa. En las barandillas el pasaje permanece en largo silencio de espera y asombro. A las cinco de la tarde se aclara algo el tiempo: se columbran las vegas, la ciudad, la catedral, el teatro, los caseríos montaña arriba. Más lejos, al sol que se pone, se distingue, la Isleta, y al pie de la Isleta, el puerto.

Pero la aparición dura un instante. El tiempo cierra nuevamente en lluvia; las montañas se borran. En el puente vibran los timbres; después un silbato; las banderas descienden de los topes, en vuelo lento; el tum-tum de las máquinas suena más pausado; el *Italia* orza mar afuera; se atraviesa frente a la isla, a esperar el amanecer para dar fondo.

La comida se prolonga sin bullicio. De sobremesa, en cuanto sale el capitán, estallan las censuras.

—¡Si estábamos en el puerto!

—Vaya, ¡ha sido una cobardía!

—Así, con tantas precauciones, mando yo un acorazado.

—Se equivocan ustedes —dice el segundo oficial a la argentina, Belzunce y el inglés, que se han reunido alrededor de una mesa—. El no haber entrado esta tarde es mejor para ustedes, los que no se han de quedar en Canarias. Si hubiésemos fondeado hoy, mañana, de madrugada, habríamos estado ya en camino.

La argentina interrumpe:

—Sí, sí; tiene usted razón. Así podremos saltar, caminar por tierra firme, comprar flores, comer fruta fresca.

La boca de la argentina se entreabre golosa, como si saborease ya la fruta deseada. La mujer se vuelve hacia Chin —¡ese hombre, que es el único pasajero que no le ha hecho el amor a bordo!— y le dice:

—¿Y usted? ¿No está usted alegre?

Oh, sí: Belzunce se siente también alegre. Esta noche en el mar es un respiro. ¡Quién sabe si María Rosa se decidirá todavía! Desde ayer no se la ha encontrado en cubierta, ni en los comedores. Pero aún quedan horas; ¡tal vez en el salón de música, tal vez en el entrepuente...! ¡Quimeras! Con el deseo de levantarse muy temprano, el pasaje se retira a dormir. A las diez están desiertos el comedor, el salón de música, el entrepuente, el *fumoir*. El trasatlántico se mantiene sobre máquinas, a largas bordadas, lejos de la costa, frente a la ciudad, cuyas luces se extinguen. En un rincón de la cubierta Belzunce descubre un bulto: es un muchacho de la isla que vuelve después de años de ausencia. Hace días que apenas come, loco de inquietud por llegar al país. Al reconocer a Belzunce le saluda afectuosamente.

—Buenas noches, señor Belzunce. Ya me falta poco. A estas horas habrá concluido el paseo en la Alameda. Es domingo. ¡Ahora, a dormir! ¡Ellos! ¡Yo no! ¡Y en mi casa, que no saben que yo llego! Mañana llamaré a la puerta. Desde la galería del patio mi madre o alguno de mis hermanos preguntará: «¿Quién?» Y yo, disimulando la voz, contestaré, detrás de la puerta: «¡Paz!» ¡Figúrese, señor Belzunce!

La voz del muchacho tiembla de emoción. A Chin le hace daño esta alegría, que comprende y envidia, respetándola.

—Es usted un hombre feliz —dice, por decir algo.

Y continúa su paseo. Descorazonado y nervioso, baja a su camarote. Se tiende en la litera. La situación se prolonga demasiado; desfallecen sus energías; le dan impulsos de llamar al sobrecargo y decirle que no hay nada de lo dicho y que continuará hacia España. ¿Qué pensará María Rosa? ¿Qué significará este silencio y retraimiento suyos? Belzunce piensa, supone. ¡Y nada! ¡Otra vez solo en la vida, otra vez vuelta a empezar, a los treinta años! Cruza los brazos sobre los ojos, y siente que los ojos se le llenan de llanto. «No llores, Belzunce —se dice—; hay que ser hombre, hay que aceptar el mundo tal como es.» Y este estoicismo y esta renuncia al consuelo de sus propias lágrimas, que nadie ha de advertir, hacen que se sienta más solo y más digno de compasión. Hunde la cara en la almohada y rompe en sollozos en que el alma se le deshace...

Guardada la ropa en las maletas, empaquetados los libros y los enseres del uso diario, el camarote recobra, a la luz de las bombillas esmeriladas, el aspecto triste de un cuarto de hotel. Belzunce se empeña en dormir, apaga la luz, esconde la cara debajo de la almohada. ¡Imposible! De un salto se arroja fuera de la cama; sube al entrepunte: ¡nadie! ¿Y si llamara a la puerta de Rosa? Avanza por el pasillo y a mitad de él se detiene; torna sus pasos. ¡Hay que resistir!

Y otra vez en el camarote, se deja caer en la litera, vencido por honda desgana espiritual, y por una repugnancia casi física hacia él mismo y hacia la vida toda. No se oye ni una voz; de las entrañas del barco, sólo llega el golpe lento de las máquinas, y, de tarde en tarde, el crujir del barco al atravesarse a la mar en cada orzada.

XXV

Belzunce se incorpora. Por la portilla penetra la luz de la mañana. El trasatlántico va a todo andar hacia el Puerto. Chin se pone en pie; por el cristal divisa la tierra próxima bajo el cielo azul, sin una nube. El cambio de velocidad despierta a todo el pasaje; en los camarotes cercanos ríen unos niños, más lejos una voz de bajo profundo canturrea una canción napolitana: algún burgués italiano que se enjuga los carrillos ante el espejo. Belzunce se lava a chapuzones, y mientras que arriba, en cubierta, muge la bocina pidiendo práctico, piensa, restituido a la realidad, a la «suya».

—¡Qué buen amanecer éste, si en mí despertara otro y no yo!

El pasaje se desayuna entre la algarabía de risas, cantos y bromas; alrededor de una mesa un grupo de mujeres sorben, a pequeños tragos, el té que arde; cambian saludos, consejos, apretones de mano; las miradas relucen alegres en el marco de los cabellos prendidos, de prisa y corriendo, al saltar de la litera; en una puerta del comedor el hombre-pote se columpia sobre sus piernas cortas de lado a lado, como un loro, los espejos devuelven la risotada de un señor obeso, y entre el ir y venir de los camareros trina el júbilo de los niños.

¿Y María Rosa? Chin no la encuentra en los comedores, ni en los pasillos de la cámara, ni en el entrepuente. El entrepuente, recién baldeado, refleja las siluetas del pasaje, a lo largo de la barandilla, de cara a la costa. A popa y a distancia, el caserío de la ciudad refulge al sol; por el borde de la mar corre un tranvía dejando en el aire sereno vellones de humo. El *Italia* avanza lento. En el agua muerta saltan los peces al paso de un remolcador que puja y arrastra una retahíla de gabarras en cuya borda relucen los dientes de los cargadores, que regresan negros, borrachos de alcohol y de sueño, después de pasar la noche, metiendo carbón, atracados a algún trasatlántico. Al en-

cuentro del *Italia* salen los *cambulloneros*, toda una manta de botes y *cachuchos* abarrotados de tabaco, plátanos, naranjas y pájaros que cantan y revolotean en el desperezo de la mar. Se paran las máquinas y cae el ancla, y en el silencio que se hace a bordo —¡impresión de sordera fulminante!— llegan hasta el barco los rumores de tierra: cantares, martillazos, gritos. En el amanecer diáfano, purificada por la lluvia, la isla se ofrece...

A través del remolino de los pasajeros, Joaquín Belzunce corre desorientado, pasa por el salón de música, baja a la cámara, se mete por los pasillos, y, sin reparar en quién atropella ni ofrecer excusas por sus desmanes, llama violentamente a la puerta de María Rosa. ¡Nada! Vuelve a llamar y tampoco le contestan.

Bien. El silencio es, a su modo, una contestación. Se va. La falúa a vapor aguarda, los pasajeros se impacientan, al aparecer Belzunce en lo alto de la escala, le ovacionan. Chin descende, peldaño a peldaño, sin responder al saludo que tía Alina le envía desde el entrepuente, con la sonrisa hipócrita con que en vano ha querido reanudar las amistades desde que el indiano murió. No lleva Belzunce nada consigo: maletas y baúles irán en una lancha aparte; no necesita dar cuenta a nadie de su resolución. Pero él, para sí, se despide del *Italia* calladamente. Y al apartar la mano del costado del barco, al desatracarse, se le sube a la boca la saliva amarga que casi le ahogó de pena el día que besó los muros de la huerta donde dejaba a su madre, a quien no vio más.

La falúa se aleja a toda máquina. El *Italia* se queda allá, fuera de los muelles, emproado hacia el horizonte, con los portalones abiertos y las lumbreras brillando al sol. Un pañuelo trémola a popa. ¡Soledad! Chin se quita el sombrero y se despide. Y uno de los *editores* le tira suavemente de la americana y le pregunta, en chanza:

—Con que la andaluza... ¿eh?

XXVI

—Aquí —dice el mozo, y abre una puerta.

Belzunce se instala en el hotel, se lava, se viste de limpio, luego, temeroso de quedarse en su cuarto a solas con sus meditaciones, baja al *hall*; en el *hall*, sin gente, hojea unos periódicos, apoya los dedos en las teclas del piano, y, atraído por la luz de la mar, columbrada a través de los comedores en sombra, sale a los jardines. En una quietud de lagartos y como en una prolongación de la vida de a bordo, los huéspedes dormitan en las galerías anchas, tendidas sobre los árboles y los arrecifes por donde vienen las olas rompiendo desde lejos, en pleno sol. Desde las galerías se ve la Isleta, el Puerto, la dársena, y en, la boca de la dársena, el *Italia* coronado de humo...

—No espero, no. Es inútil. Esta vez no me equivoco —se dice Belzunce, empeñado en ahogar el optimismo que indefectiblemente renace en él, pasadas las primeras impresiones. Y, sin embargo, a cada tranvía o carruaje que se detiene a la puerta acude nervioso, esperando sin esperar. Almuerza y casi no prueba bocado. Mentalmente se repite las frases que escribió a María Rosa, por la estafeta del *Italia*: «En el *Metropole* estaré. Hasta las cuatro te espero. Si no te decides, si no vienes, no nos veremos más.» Y abajo, la firma: «Joaquín»; aquel Joaquín que, desde niño, en sus relaciones con María Rosa, significaba siempre, sustituyendo al Chin familiar, un disgusto, un momento grave en la vida de ambos.

Pasan las horas. Allá, en el Puerto, zumban las sirenas de los trasatlánticos a punto de partir. A medida que el tiempo pasa, aumenta el malestar de Belzunce. En todo el hotel no da Joaquín con una ocasión de distraerse en un lugar de reposo. El *lawntennis* le aburre, los diarios le cansan, la voz de una miss que tararea una jota en el piano le encalabrina los nervios. Y, sobre todo, el ruido de las rompientes, que le recuerdan sus días horribles en el *Italia*, y el clamor de las bocinas, que le dicen, desde

lejos, que María Rosa se va. Belzunce se refugia en su cuarto, cierra el balcón, la puerta, se arroja en la cama, se oprime los oídos: no quiere oír las sirenas, ni las olas, ni el reloj...

A las cinco de la tarde ha desaparecido del Puerto el *Italia*; sólo se columbra una humareda en alta mar. Belzunce pide un coche para ir al casino, a la ruleta. En su espíritu se derrama ese sosiego, relajación de los nervios, que sobreviene a las soluciones, adversas o propicias, con que zanjamos cualquier conflicto doloroso. Quiere jugar, necesita algo que le excite y le venga de su buena conducta que no le ha valido la recompensa que tanto anheló.

En la ruleta le sopla la suerte. Bajo sus manos se amonтона el dinero. Juega empeñado en perder, torturado por la preocupación vulgar de que la fortuna en el juego y el amor es siempre contraria. Sin darse cuenta de ello, creyéndose desengañado, Belzunce espera todavía... Delante de él, una extranjera apunta y pierde impasible. Es una mujer hermosa: sus ojos grises fulguran como un acero forjado para herir, su escote inspira la tentación de un delirio de besos.

—La yanqui pierde: habrá juega —dice una voz detrás de Belzunce.

Y sin escuchar los números que se canta ni ver el dinero que arriesga, se entera Joaquín confusamente de la historia de esa yanqui, que odia a los hombres y que sólo se rinde a trueque de poder seguir jugando. La noticia de que la americana se queda sin dinero circula por todo el Casino. Poco a poco, desde las tertulias del patio, suben los viejos calaverones y los mocitos ebrios que vienen a disputarse la presa. A su espalda siente Belzunce el resuello de los que se cansan de esperar. Y un odio invencible le domina. Procura serenarse, tranquilamente, como una libertad permitida en el juego, simula un cambio, coloca delante de la americana un puñado de esterlinas y recoge un billete de veinticinco francos que la mujer conserva aún; Belzunce

se guarda el billete y abandona el asiento; la yanqui le mira; él la saluda fríamente, y se va.

Y al salir se equivoca de puerta, y se halla en azotea de pretil tan alto que sólo se descubre el cielo. «Mejor. Así respiraré», se dice Belzunce. Por una escalerilla de madera asciende a lo alto de un mirador. A sus pies susurra el follaje de la Alameda, un mar dorado de hojas secas en las que cantan los pájaros y en las que la savia, nunca dormida en el clima benigno, renace una vez más en brotes nuevos. La sombra de la montaña próxima envuelve los caseríos del Risco y avanza, azul, por los terrados, hacia la mar, donde el último rayo del sol espera, cada tarde, los buques que recalán de Europa. Aquí, en medio de la ciudad desconocida, en la barahúnda de los pájaros y en la oscuridad que le anega, comprende Belzunce que la ilusión de su vida se acaba sin remedio. Cierra la noche: por entre el follaje sube el resplandor del alumbrado público y las notas —que quieren ser alegres y son tristes— de una charanga...

A las once Chin Belzunce regresa al hotel. Va borracho —lo que no consiguió con la ruleta lo alcanzó con el champagne— zarandeado en la tartana a lo largo de las calles desiertas, por el camino oscuro, a cuya orilla, a trechos, fosforecen las olas. En el vestíbulo del *Metropole* duerme el *groom* con la gorra derribada sobre la frente. Sofocado por el alcohol, Belzunce se arranca el cuello de la camisa, lanza el sombrero y entra en el *hall* tarareando los bailables de *Faust*. El *hall* está solitario, casi a oscuras, sin más luz que una bombilla que permite adivinar en los vidrios de la techumbre el parpadeo de las estrellas. Belzunce se detiene tambaleándose, con la sensación de que crece y que el cráneo se le hincha hasta pegársele a las piernas, que se alargan. Al sentirse convertido en monstruo, rompe a reír, corre a un espejo, y, al encontrarse con una imagen muy distinta a la que él cree tener, se afana en cederle el paso, saludándola con iguales reverencias con que el *otro* le invita, desde el fondo de la luna... Belzunce se

cansa de tantos cumplidos y empieza a hacer cabriolas grotescamente, hasta que, de súbito —¿fue la fatiga? ¿fue el aire de las playas? ¿fue el tiempo que pasó?— se le aclara el cerebro y se le despiertan en él las impresiones de todo lo que hizo y no puede olvidar. Al comprender que está borracho, al pensar en María Rosa, que va ya lejos, separada de él para siempre, al encontrarse solo, en esta indiferencia de los grandes hoteles, Belzunce busca un rincón donde sentarse, y se engurruña, y esconde la cara en las manos, sobre las rodillas, y llora, llora, tal vez con la *ternura del alcohol*, tal vez con aquella su piedad hacia sí mismo que, en el desamparo de su vida, es el único consuelo que le queda...

En la semi-oscuridad del *hall* —en la que los espejos parece que aguardan el beso de unos labios invisibles— unos brazos estrechan el cuello de Belzunce. Belzunce salta y se pone en pie, y retrocede: ¡María Rosa!

—¡Tú! ¿Pero tú?...

—¡Yo! ¡Sí!

—¿Y vienes?... ¿Vienes?

—¡Decidida a todo!

—¿Y tus hermanos?

—¡No renunciaré a nada!

—¿Y entonces?... ¡No me engañes!...

María Rosa, que presenció la llegada de Belzunce y que adivina las horas atroces que Chin ha sufrido, le tiende los brazos y le dice, resuelta:

—Ésos, los que mandan, ¿lo quieren así? ¡Pues así nos querremos!

El Terreno (Mallorca). Abril, 1909

AL LARGO

PINO

A Gabriel Alomar.

¡Cómo quería Juan aquel rincón de la costa azotado por las rachas del brizote! Allí, en aquellos cuatro surcos, se encerraban los afanes de su vida entera; allí, derribado por la muerte, cayó su padre un día, besando el terruño que fue sus amores y su cruz; por allí, a cada cosecha, pasaba, con la alegría de un bando de pájaros, Pino, la muchachita de ojos verdes, llenos de lumbre, como soles caídos en las charcas del arrecife. Pino cantaba sin parar. ¡Oh, sus cantares alegres! El viento los arrastraba tierra adentro, a frases perdidas, hasta la ladera donde Juan trabajaba oculto en la mies. Al escucharlos, incorporábase Juan, bebía largamente el aire y con él los trinos dispersos, y tornaba a la siega hundiendo la cabezota en el trigo rumoroso como si buscara en la fatiga la tralla de castigo para sus estremecimientos de macho excitado.

Cada tarde tomaba Juan la misma resolución:

—¡Hoy ha de ser! ¡Se lo digo aunque me rompa la cara!

Y venía la noche y con ella el regreso al pueblo. Juan dejaba siempre entre la carga de *Jaruco*, su camello, un lugar a Pino. Él iba delante, guiando. ¡Horas divinas las de aquel viaje a lo largo de las playas, por los atajos medio perdidos en la arena! Desde el desierto, desde más allá del horizonte, subía la niebla roja, fundíase en un verde

transparente de cristal, y se borraba en lo alto, en lo más oscuro y hondo del cielo desde donde las primeras estrellas lloraban su luz.

Al lento caminar de *Jaruco*, Pino seguía su gorjeo, a voz queda, entre dormida, como se duermen al columpio de las hojas las cigarras cantando. También cantaba el mar en los *mariscos*; y a las dos cadencias contestaba el ¡tan, tan! de las esquilas de otros camellos, lejano y dulce, camino del pueblo. Poco a poco sentíase Juan dominado por el encanto inefable de la noche; acortaba el paso; dejaba avanzar a *Jaruco*, y, ya junto a Pino, se abrazaba a los pies de ésta, besándolos con la misma veneración con que besaría los pies a una santa. Y, reclinado en el camello y abrazado a los pies ungidos con el aroma de los trigos y la tierra, Juan seguía su marcha, completamente feliz, olvidado de todo.

Repicaba el esquilón del pueblo.

—Es tarde —pensaba Juan—. ¡Otro día! Mañana se lo diré.

Y ese mañana no llegó nunca. Lo que vino, sí, fue una sequía que dejó los campos hechos pavesa; después, el hambre. Desde el desierto soplaron grandes remolinos, llamaradas sin fin que en columnas de polvo pasaban por la isla, rodando silenciosamente, de horizonte a horizonte. Juan vendió su tierra; después de sus tierras, a *Jaruco*. Su madre también se fue, la muerte se la llevó. Y como si esto no bastase, el indianete que le había comprado a *Jaruco* y las tierras dio en requebrar a Pino. Quería resarcirse de sus trabajos en América; formaba el nidal. Y para sus amores, ¿qué mujer más a propósito que aquella muchachita alegre como las campanas en día de Gloria?

—Todo, Señor, todo está bien —decía Juan sentado a la puerta de su covacha mirando al campo que era su al-

tar—. Madre murió; ¡era muy vieja! Perdí mis tierras y *Jaruco*; el indiano hizo bien en comprarme lo que le vendí; pero que ahora pretenda robarme a Pino, no es justo, Señor, no es justo. ¡Te lo digo yo!

A Juan no se le vio más en los corrillos de la plaza. Sólo bajaba al pueblo a mendigar, a cambio del sudor de sus brazos, un puñado de *gofio* con que matar el hambre. Después con la azada al hombro, se volvía a las Breñas. ¡Pino!

Juan tenía su covacha en el cauce de un río de lava petrificada; una madriguera de lagartos, tres míseros *teniques* resquebrajados por las sequías eternas. Frente a la casa, el patio, circuido de *tuneras*, entre cuyas espinas y en hilos invisibles se columpiaban las arañas. A un lado de la puerta, la destiladora, coronada de culantrillo, y debajo de ella, el bernegal ventrudo donde el agua cae gota a gota, con el gluc... gloc... monótono, que allá, en el país canario, sustituye, en la casa del pobre, el tic-tac del reloj. Adosado a la pared, el poyo cubierto de cal, donde las abuelas se escarmanan las greñas y rezan, al anochecer, el rosario de Ánimas; donde los lebrillos escurren y brillan al sol; donde cuchichean los novios en tanto que sobre de ellos, en las canales de la azotea, cantan los grillos sus amores de estío, en la paz de la noche profundamente azul. Abajo, el llano, las eras, los tomatales; más allá, el terreno desolado, tierra de maldición; y lejos, como fondo de dos palmas que, apoyadas una en otra, se morían besándose, el mar lleno de luz, borroso en el horizonte y festoneado en la costa por una línea blanca: la espuma sin matices, quejido ni movimiento...

La muerte visitaba todas las noches la covacha; se había llevado a la madre, pero no se daba por satisfecha ¡la maldita! Juan la sentía rezongar a oscuras, dentro, en la casa. Pasaba horas y horas sentado al aire libre, con los ojos clavados en el hueco negro de la puerta. Parecía un animal receloso olfateando el peligro. La muerte se iba;

la muerte volvía, estaba allí, en la sombra, espiándole. Y la quietud del campo, la idea de la soledad en aquellas alturas le cortaban el aliento y le encandilaban los ojos. A veces el aletear de un insecto o el crujir de una hierba al nacer, trocaban el espanto en alucinación horrible; botaba Juan por encima de las *tuneras* y corría, corría loco, cuesta abajo, hacia el pueblo. Y ya en el pueblo, en las calles solitarias, pegaba el oído a la puerta de los establos donde los camellos rumiaban tranquilamente. El rumor de vida le serenaba. Lejos cantaba un gallo; más cerca sonaba una esquila. Amanecía. ¡El alba! ¡El sol!

Ya llega la novia. Acá y allá, en el campo desierto y en el aire resplandeciente, las palmeras dejan caer sus grandes abanicos. Uno a uno desfilan los camellos, paseando de horizonte a horizonte su mirada desdeñosa. Delante, en la cruz de *Jaruco*, avanza Pino envuelta en su mantilla blanca; detrás, las familias de los novios, los padrinos, soñolientos a la sombra de los parasoles que oscilan al paso. La comitiva cruza lentamente con el silencio triste de las horas supremas que no han de volver. Al llegar al llano arrian los camellos y comienza un trote horrible; se bambolean los parasoles; las mujeres ríen despechugadas, con la cabeza inclinada hacia atrás y la mantilla caída sobre los hombros. A lo último, en un camello despeluzado, un borracho abre los brazos y deja caer, sobre la pechera de la camisa, el belfo, babeante. La caravana se oculta en un recodo del camino; reaparece por sobre la tapia de una huerta y se pierde al fin. Sólo queda en el espacio el tintan de las esquilas de los camellos, único eco de tanta dicha.

Y ahora, después de la boda y ya de noche, el velón derrama su luz en el mantel de la mesa lleno de dulces y en la falda de las mujeres sentadas en torno. Desvanecidos en la penumbra de la pantalla, los semblantes sonríen tranquilamente. En el marco de la puerta, los hombres

alargan el cuello para ver a Pino; y entre risas de sátiros y pateos de mulos sin ronزال comentan la suerte del novio. ¡Qué mujer! ¡La gloria! Fuera de la casa, tendido en un muro y lejos de todos, el borracho llora amargamente, a la luz de la luna. Es un gemir monótono de una tristeza que enloquece. En los momentos de sosiego, llega el rumor del llanto hasta la sala. Al oírlo, las mujeres se arrebuja medrosas. El llanto les recuerda el aullido de los perros al ventear la muerte. En un corro, una vieja cuenta sucedidos profetizados por llantos sin causa. Desde el otro extremo de la habitación, los convidados atienden a los cuentos, adivinándolos por los ademanes misteriosos de la mujer. De súbito, como si obedecieran a una consigna, gritan todos:

—¡Que se calle!

Algunos convidados se ponen en pie. El indiano sale hecho un reniego.

—¡O te callas o te vas!

El borracho no se va ni se calla. Continúa llorando con hipo de moribundo y la baba reluciente en la boca. El indiano pierde la paciencia, y, en un impulso de ira, lo arroja al suelo. En el suelo el borracho sigue llorando, llorando. El novio lo coge por un brazo y lo arrastra hasta el corral. Allí lo deja solo, tumbado patas arriba. La fiesta se reanuda. Pero las mujeres siguen medrosas. Otra vez se oyen los gemidos: el borracho ronda la casa. Después el sollozo se amortigua, se hace dolorosamente lúgubre a lo lejos...

Los novios se van. Unos convidados, algo bebidos, se empeñan en acompañarlos. El novio se opone. Que no. Es muy tarde. ¡Dos horas de camino! Quiere ir solo, llevarse a la mujer solo, como un gorila.

Pino y el indiano van por la vereda; Pino montada en *Jaruco*, y el novio detrás, a pie, llevando por el cabestro al *Negro*, el otro camello de la pareja. Anda el *Negro*

caliente y no hay que quitarle la vista de encima. Al atravesar unos sembrados, el *Negro* se rebela; el indiano intenta dominarlo a varazos y patadas; el camello esquivo los golpes; y de súbito con un achuchón tremendo, arroja a su amo al suelo; y allí, en los sembrados, le tritura con las patas, con el pecho, furioso. El hombre lanza un alarido de muerte; su voz se apaga; crujen sus huesos. ¡Allí, en el camino de sus amores! Desde lo alto de *Jaruco*, Pino grita hasta perder el aliento. *Jaruco* avanza indiferente: no ha olvidado la vereda que ha de seguir. En las casas distantes ¡ni una luz! Nadie responde; ¡ni una voz! Pino, desvanecida, se apoya en la cruz de la montura; entorna los párpados; por sus ojos cerrados vuelan mil chispas, todo un raudal de estrellas...

Juan permanece esta noche recostado en los muros de su covacha. La luna besa, en la soledad de los mares, la isla dormida. En un hilo de araña, desde la pared a la destiladora, brilla un rayo de luz. En torno de la covacha, la misma quietud de todas las noches en las cumbres, rota vagamente por los rumores del llano. Entre las piedras cantan los grillos, y a su cric-cric incansable, responde en el bernegal el gluc-gloc del agua. Juan no quiere llorar y llora.

Cruje la tierra tras de los nopales. ¿La muerte? Sí, vuelve la condenada. A ras de tierra, cuesta arriba, asoma la cabeza de *Jaruco*. Sobre el cielo azul se destaca la silueta del camello. Es como una visión. Caída en la cruz de la montura viene Pino. Juan no se mueve, no tiene ni un arranque ni una voz de asombro ante este sueño suyo tan esperado. ¡Es tan natural! ¡Lo deseó tantas veces! Se incorpora y, como en los días dichosos, allá, en la orilla del mar sereno, se acerca a la mujer y le besa los pies dulcemente, acariciándolos.

—¡Pino! ¡Pino!

Pino no contesta. Lleno de angustia, Juan corre aturdido. Viene y va del patio a la casa, como si buscase algo. Y mientras corre, grita y repite maquinalmente «¡Tuche, Jaruco, tuche!» El camello obedece. Al doblar las patas delanteras para echarse, el cuerpo de Pino se desliza de la silla y cae en los guijarros del patio. De rodillas junto a la mujer desmayada, de cara al cielo, Juan la llama inútilmente: «¡Pino! ¡Pino!» No sabe qué decirle de tantas cosas como lleva en sí. Todo, al pasar por su garganta, se condensa en este nombre que él ha besado mil veces al pronunciarlo en sus soledades y en sus amarguras. Y así como a los niños se les cuenta un cuento para distraerles cuando lloran, Juan habla del tiempo pasado a la muchachita querida.

—¿Te acuerdas? En ese muro nos hablamos y nos quisimos sin atrevernos a decírnoslo. Madre recordaba de sus tiempos de novia. ¿Te acuerdas de ella, Pino? ¡Se murió la pobre! ¡Me he quedado solo, sin ella y sin ti! Mira a la casa: ¡ni luz tengo en ella...!

Y Juan coge el rostro de la muchacha buscando en él un destello de vida. ¡Nada! Juan pierde el tino y corre hacia el pueblo en busca de socorro. A mitad de la cuesta se detiene. ¿Qué va a hacer? Vendrán, se llevarán a Pino; si cura, será para el indiano. ¡Ah, eso, no! Juan vuelve a la casa. En el patio bajo la luna, Pino permanece inmóvil. Juan se tiende a su lado, la estrecha en sus brazos, la besa en los ojos.

En la infinita soledad del campo, en la quietud de la noche serena, cantan los grillos...

EL CHALET

Una mañana desapareció el cartel clavado hasta entonces en la barrera. Hubo en el caserío un movimiento de estupefacción, de curiosidad. Aquel *Se vende*, renovado cada año con pintura roja, había sido, durante mucho tiempo, algo así como un ornamento público. El cartel y un molino sistema persiana, eran las únicas distracciones que se ofrecían al transeúnte en la carretera, deslumbradora, blanca de sol y de polvo, sin más sombra que la sombra de los postes del telégrafo.

Encerraba la empalizada el solar más codiciado de todo el caserío, un punto de vista admirable desde donde oteaba el llano, los bosques, la mar. Aquel pedazo de tierra y aquel horizonte habían sido la tentación constante de todos los americanos instalados en la costa. Pero aquel *Se vende* significaba un capital en pesos; una atrocidad de un propietario que sin haber abandonado nunca la isla ni haber estado en América, quería explotar al prójimo. Todos los americanos habían desfilado por allí, todos habían tenido un momento de vacilación, todos habían sentido el «arranque». Pero todos se habían rehecho y habían renunciado prudentemente. Habían concluido por resignarse. Se consolaban todos con la idea de que ninguno de ellos poseería el solar. Además de americanos eran hombres.

A los dos días de haber desaparecido el cartelón comenzaron las obras: los cimientos de un chalet. No hubo vecino de los contornos que no fuese a husmear por las

rendijas de la empalizada. No eran las obras lo que llamaba la curiosidad. Era el propietario, un americano viejo y envejecido, llegado hacía poco de Cuba; un americano auténtico, sin disfraces a la europea, con guayabera y jipijapa: terroso el rostro, blanco el traje, blanco el sombrero, blanco el bigote, dorado a trechos por el humo del tabaco.

Nadie le conocía en el caserío. Y, sin embargo, él los reconoció a todos. Porque nadie había pensado en él, al desaparecer él de su tierra, y él había pensado siempre en ellos, en el rincón de costa dorada, ungida con el aroma y la resina de los pinares.

Hacía sesenta y tres años que él había nacido en una casa próxima a aquel solar, muy cerca de aquella carretera blanca de luz y de polvo. Treinta años, media vida, había pasado en Cuba, luchando, amontonando dinero, pensando siempre en volver, siempre confiado en encontrar la isla y la ciudad tales como las dejó, con la misma aureola; campo sin límites de ilusiones vedadas un tiempo a su pobreza. Al fin había regresado. Estaba aquí ya. Y aquí sentía ahora la suprema e irremediable desilusión de su vida: la inutilidad de todos sus esfuerzos, de todos sus sacrificios.

Se encontraba aislado aquí, donde soñara tantas veces vivir en completa dicha. Solo, muy solo. Ni su fama de rico había resucitado lejanos parentescos. Nadie. La tierra se había tragado todos sus amores. Al mes de encontrarse en la isla, no tuvo más remedio que buscar la conversación de los otros americanos, compañeros suyos *allá* en Cuba. No eran aquéllas sus amistades predilectas; pero, sí, las únicas amistades. También sus compañeros se habían transformado. No eran ya lo que habían sido en Cuba. Iban mejor vestidos, pero trasplantados aquí, resultaban un poco más ridículos, más cómicos. De noche, en los tranvías, en la agradable familiaridad de los últimos viajes, oíales hablar, en voz alta, con gran suficiencia, de arte, de literatura, del porvenir probable de la América del Norte.

Si alguien les contradecía, golpeaban el puño del bastón con las manos cargadas de anillos, solicitaban con la mirada el asentimiento del conductor, y exclamaban irascibles:

—¿Qué me va usted a decir? ¡Si yo he estado allá!...

Allá era Ponce o Buenos Aires, o cualquiera ciudad americana, a miles de kilómetros de los Estados Unidos, al otro cabo del continente. La cuestión se reducía a haber estado en América. Era el argumento.

Poco a poco, secretamente, sintió el americano nacer en su alma una profunda aversión hacia aquel grupo de advenedizos. Odió aquella sociedad que los escuchaba atenta y envidiosa. Lamentó la ceguera de los que renuncian a todo, para aspirar a todo y no obtener al cabo nada. Vio la triste miseria de todos aquellos pobres hombres que, como él, habían sacrificado la juventud, lo mejor de la vida, a seis o diez años de vivir harto entre desazones del hígado y ahogos del asma. Un impulso de rebeldía inútil le agitó el cuerpo; una ráfaga de juvenil irreflexión le oreó la frente. Al volver a la realidad, a su vejez y a su aislamiento, vio cruzar ante él, fatal y consoladora una idea: el suicidio.

Pero antes de morir quiso dar una lección al mundo, dejar a las gentes algo que fuere como la moraleja de la equivocación de su vida. Compró el solar codiciado, edificó un chalet; el chalet, primera inspiración de cuantos vuelven de América engastados en oro.

Pronto descollaron los muros por sobre la empalizada. Era un chalet construido para excitar la envidia de los pobres tenderos, aguijoneados y entristecidos por la ambición. Construyó un gran mirador de vidrios de colores para transformar a gusto el aspecto del paisaje; fabricó una pajarera enorme y compró un Neptuno de yeso para el surtidor; peinó y recortó los árboles; pintó dos selvas germánicas en las paredes del chalet; edificó una gruta artificial, un laberinto minúsculo; plateó con purpurina

la verja de hierro; adquirió cuatro mecedoras; domesticó un mico, compró un fonógrafo.

De tarde, cuando se poblaba la bahía de blancas velas diminutas, cuando allá, en el horizonte, las islas del archipiélago se incendiaban frente al ocaso como nieblas lejanas, el americano iba y venía lentamente por un terradillo abalaustrado, que daba al mar. Desde la carretera, a través de la verja, los vecinos envidiosos le miraban ir y venir, en mangas de camisa, saboreando un habano, con la tripa redonda, recortada en el cielo transparente, desbordada por encima del cinturón. De noche, las muchachitas de la vecindad, en espera de novio, canturreaban fragmentos de zarzuela, acompañadas con el fonógrafo agrio, incansable.

Un día no se abrieron las puertas del chalet. El americano se había ahorcado.

Llegó a las puertas del Paraíso un poco fatigado, un poco inquieto.

—¿Quién va? —preguntó Pedro.

—Soy yo; un suicida.

—¡Un suicida! ¿Y tienes el cinismo de venir a molestar-me?

—Un suicida, señor, que se ha matado para dar a la Humanidad una lección de desinterés.

Y el americano refirió su vida, sus desengaños; trazó una pintura, muy aproximada, del egoísmo de los hombres.

Cuchicheó Pedro con alguien detrás de la puerta, y abrió al fin.

—La buena intención te salva —le dijo—; pero tienes que lavar tu culpa.

Arrastró al suicida por un brazo, y volaron largo tiempo a través de las estrellas. Allá abajo, en un mar azul, surgió una isla rosada, llena de sol.

—Mira y escucha —exclamó Pedro...

En las terrazas de los caseríos, en los grupos de gentes sentadas a la sombra se comentaba la muerte del americano. Unos le tenían por loco; otros le consideraban víctima de alguna enfermedad incurable. El suicida se aferró al brazo de Pedro, y cerró los ojos colmados de lágrimas. Bien castigado estaba. No le habían comprendido.

TARDE

Recogida la falda, plegado el velillo de la toga sobre las cejas, la desconocida corrió siguiendo el tren, inútilmente. Fatigada se detuvo al fin; dejó caer los brazos, desfallecida y con los ojos llenos de lágrimas nos vio marchar.

—¡Tarde! —dijo mi compañero de viaje, un señor de tripa voluminosa, otro desconocido que debía de venir de una estación lejana a juzgar por las mantas, libros y periódicos abiertos y olvidados junto a él.

—¡Tarde! —repetí yo.

Y ambos sonreímos asomados en las ventanillas del coche. En una curva de la vía desaparecieron la mujer y la estación; después la ciudad. Íbamos por entre las huertas, por el borde de las grandes charcas donde los cipreses solitarios se miraban *pensativos*.

Era en mayo y anochecía. En un campanil blanco medio oculto entre higueras un esquilón cantaba gravemente. Me senté. El desconocido se encasquetó la gorra de viaje, hasta las orejas y, exhalando un bostezo, se desplomó en los cojines. Miróme luego y, al hallarse mis ojos con los suyos, exclamó:

—¡Esas tardanzas deciden a veces el destino de una persona!

Y aquella noche, en el tren, mientras que por el cielo navegaban lentamente grandes nubes blancas a la luz de la luna, aquel desconocido, que de seguro no volveré a

hallar en mi vida, me contó su historia, uno de esos dramas sin gritos, que todos, quien más quien menos, llevamos olvidados dentro del alma.

—Verá usted —me dijo—. Yo no he tenido juventud, lo que se llama juventud, alegría, inconsciencia, amores. A los quince años comencé a trabajar; a los treinta perdí a mis padres. Me vi sin afectos y me encontré rico. Por afán y por tristeza de verme solo en mi propia casa, abandoné los negocios y emprendí un viaje. Dos años estuve en una de las ciudades del sur, una ciudad blanca y silenciosa, dormida en el fondo de una bahía desierta. Aquel viaje fue para mí como un renacer.

Sentí entonces que muchas cosas, muchos sueños no gustados aún se despedían de mí para siempre.

Quise salvar las ilusiones que se morían. Me transformé; y una tarde el amor se despertó en mi alma. Un amor violento, de novela, que me hizo comprender en pocas horas la juventud no vivida; un amor que, más tarde, calmadas las primeras ansias, me hizo soñar mi casa, un rincón quieto, junto a la compañera que no he tenido, en viaje dulce y feliz hacia la muerte.

Aquellos dos años fueron los más dichosos de mi vida. Caminaba toda la mañana a la ventura, por las calles sin gente, a la sombra de los anchos aleros de los tejados, bebiendo la brisa del mar en largas aspiraciones. De tarde me iba en un vaporcito a bañarme a un extremo de la bahía, en la Colonia. ¡La costa aquella!

En el borde de las grandes rocas, a plomo sobre el mar, florecen los jardines y abren las casas sus ventanas. Hay allí ensenadas maravillosas entre pinares donde el sol no entra nunca; remansos de agua muerta bajo la cual, los brazos de las mujeres relucen al anochecer. Se vive allí en un encanto perenne, en un eterno suspirar de las aguas y de los bosques.

El desconocido se adelantó hacia mí y se quedó sentado en la misma orilla de los cojines. Sus ojos brillaban al calor de antiguo fuego removido de pronto.

—Una tarde, en la Colonia, bebía yo un *bock* en la terraza de un restaurant, al aire libre. A nuestros pies un yate a la vela se había quedado sin viento, idealmente blanco en la sombra azul de las montañas. Dos mujeres vinieron a sentarse frente a mí: una, ya vieja; otra, muy joven...

Pasábamos sobre un río, por un puente, y el traqueteo del tren ahogó la voz del desconocido. Volvió el tren al llano.

—Quizá usted se burle; pero se lo juro; risa como la de aquella mujer no hay otra. Yo no sé dónde leí que el timbre de la risa da la clave de las almas. Para mí la clave está en la expresión que la risa imprime en el rostro. Hay gestos en los que el alma parece decirnos: Así soy. Yo no he sido nunca lo que el vulgo llama un romántico; pero he creído siempre en esos amores que nacen y brotan en una sonrisa, en una mirada. Para mí todo se reduce a una cuestión de instinto.

Las mujeres se levantaron y yo las seguí hacia el embarcadero. Quise disimular y tomé otro camino.

Ellas iban por la carretera; yo por los atajos. Me extravié. Al llegar al malecón, el vaporcito, ya desatracado, emprendía la marcha. A popa, la desconocida miraba buscándome. Al distinguirme sonrió levemente: «¡Lástima! Has llegado tarde», parecía decirme. Y yo no he podido ni podré olvidar nunca la expresión de su rostro, que en aquella hora triste y en aquel despertar de mi alma fue para mí una invitación y una despedida.

La busqué en los hoteles, en los teatros, en las iglesias. Inútil todo. No la encontré. Volví a los negocios; quise olvidar. Varias veces, yendo yo de viaje, creí reconocerla asomada en las ventanillas de un vagón, en un cruce de trenes. ¡Imaginaciones mías! Corrió el tiempo, perdí las

ilusiones, me quedé calvo. Hace dos años la hallé en un pueblo de los Pirineos. Veraneaba allí con su marido y sus hijos ya grandes. Hice que me presentaran a ella, y hoy somos amigos, buenos amigos. Ahora que la conozco a fondo estoy seguro de que no me equivoqué en mis presentimientos. Algunas veces hemos hablado de aquella tarde inolvidable. También ella me presintió; también algo misterioso le dijo a ella: «Ése es». Y he aquí cómo el retraso de un minuto, de un segundo puede cambiar el destino de una persona. ¿He sido más desgraciado? ¿Más dichoso? No lo sé. Soy viejo y eso de la felicidad me importa ya poco.

El desconocido apoyó la frente en el cristal de la ventanilla y se quedó mirando el campo. Soplaban el viento con violencia y las grandes nubes rodaban veloces, blancas a la luz de la luna, hacia la mar...

UNA SILUETA

A Luis Bonafoux.

Una sombra realmente. Vestida de negro, con el rostro encuadrado entre los pliegues de un pañuelo negro también, la vieja permanece horas enteras acurrucada, inmóvil, con los párpados entornados sobre los ojos. Frente de ella, en el suelo, un pañuelo, recibe las perras chicas que la caridad deja caer de tarde en tarde. En la falda se apoya un cartelillo y en el cartelillo se destaca esta leyenda que atrae la mirada y provoca los comentarios del transeúnte: «La madre de Pallás».

Así la vi ayer, en la Barceloneta, al regresar yo en medio del desfile de los últimos bañistas. Nació la luna roja en las nieblas del horizonte, sobre las aguas. En aquella hora triste, entre aquellas dos luces, la del día al morir y la de la luna al llegar, la pobre silueta negra me dejó una impresión profunda de curiosidad y de misericordia.

Todos nos detuvimos un instante junto a la mujer inmóvil y muda. Los labios marchitos, invadidos por la palidez del rostro de cera, no imploran ni bendicen. Engurufada, como un pájaro enfermo, junto a un manco que canta con un guitarrillo coplas de amores, la vieja, cerrados los ojos, siente el desfilar de la multitud. Siente el rumor de las faldas limpias, el olor de los cabellos mojados, de las carnes bañadas. Y el nombre del hijo muerto suena en

labios desconocidos, en voces que tiemblan al recuerdo de los días de expiación y de espanto.

Cuando los balnearios se cierran, cuando asome el Otoño, se irá a otra parte con su cartelillo y su luto. Irá de iglesia en iglesia, de puerta en puerta a recordar al mundo que, en el litigio entre la utopía que costó la vida al hijo perdido y los muy sagrados derechos de la sociedad de hoy, hay una víctima que todos han olvidado: ella.

En la *golondrina*, a través de las aguas muertas, agitadas por el paso de un gran vapor que iba lentamente hacia la mar, pensaba yo en esa triste sombra que por no perecer de hambre ha tenido que resucitar, a los ojos de la multitud indiferente, el nombre, algo olvidado, del hijo muerto.

El primer impulso es de repugnancia hacia la madre que explota así la desventura del hijo. Mas ese primer impulso se borra pronto. Tal vez la miseria y su amor de madre le enseñaron a ver en el hijo, castigado por la justicia de los hombres, un redentor de las humanas angustias. Tal vez ese nombre clavado en la picota, a la vergüenza de las gentes, es para ella timbre de gloria. Su mano sarmentosa sigue pidiendo como una merced lo que el hijo exigiera, a costa de la vida, como un derecho.

LA JAIRA ⁽¹⁾

A Baltasar Champsaur.

I

La multitud saludó con vocerío alegre la aparición distante. De la sombra de las higueras, que conservaba la frescura del amanecer, salieron hombres, mujeres, chiquillos gesticulando, corriendo, gritando a la desbandada como un hormiguero deshecho. Las camisas blancas y los refajos rojos de la multitud relucían brutalmente en la lava negra, en el paisaje triste, lleno de sol. Con estrellas en el cielo había subido la colonia hasta las Cumbres a recibir la rama con que habían de adornar el barrio de Janubio, en el día de la virgen negra, su patrona. La rama cortada en los bosques de la aldea nativa, al otro cabo de la isla, en la banda del sur.

De pie, en mitad del camino, Juan Tenique y el Tío Dámaso borracho como una uva acogían con el mugido de un caracol y el roncar de una zambomba el arribo de la caravana. Sordos a aquel guirigay, descendían los camellos lentamente barriendo los atajos con las montañas de hojas que los cubrían agitadas aún por el contento de la arboleda madre. Tenique dejó en seco de soplar, amparóse con una mano los ojos cegados por la luz, miró y arrancó a correr al encuentro de la recua. ¡Rediós! Con aquella gloria de

(1) Prov.—Cabra joven y esquivia.

los brotes nuevos venía Amparillo, la Jaira, la hija del tío Cachito, su prima, la víctima de sus crueldades de mataperros y ahora la tentación de sus años de mozo.

Al encontrarse, él le dio un empujón que le hizo tambalear y ella le soltó un revés que Tenique esquivó con una agachada.

—¡Amparillo! ¿Tú?

—¡Sí, yo!

—¿A qué vienes?

—A vivir con mi padre.

—¿Pero estás loca?

—¡En mis cabales estoy!

—¡No ves que tu padre ha de matarte a golpes! ¡Cada día trinca más!

—Bueno, que me mate: pa eso es mi padre. Allá, en el pueblo, en casa de la madrina todo son palabritas de miel. No te riñe, no, pero te revienta a trabajar. Que el chiquillo se despierta a medianoche: ¡Amparo! Que hay que lavar la ropa: ¡Amparo! Que ir a por gofio: ¡Amparo! Queregar: ¡Amparo! Que dar de comer al cochino: ¡Amparo! Y esto, y lo otro y lo de más allá. ¡Ea, me cansé! ¡Aquí estoy!

—¡Bien has hecho! Pero tu padre, tu padre... Yo no sé qué decirte. Está perdido.

—Pues por eso. ¡Por él vengo también! Sí, bebe más que nunca. Lo sé, lo sé y...

La moza no pudo acabar la frase. La gente asaltó la rama. Cada cual tiró de un gajo. Quien amarró el pañuelo a modo de bandera al extremo de un tronco; y quien se colgó del cuello las botas maldecidas que le impedirían brincar a gusto. Mugió el caracol, roncó la zambomba y, al compás de un ritmo bárbaro y en remolinos de una danza salvaje, avanzó la multitud. En la luz deslumbradora, en nubes de polvo se bamboleaban las grandes ramas;

flameaban los sayos bermejos, y los pies desnudos azotaban locos la tierra caliente. Los hombres borrachos de sol y alcohol se dejaban caer contra las mujeres sudorosas; gritaban los muchachos, ladraban los perros; y a la cabeza de la comitiva una vieja negra y enjuta bailaba solemnemente, bajos los ojos y las canillas al aire, alzando, casi en peso, en cada vuelta, a un chiquitín rubio y sucio que la seguía, llora que llora, asido a la falda...

II

De tiempo en tiempo Juan Tenique dejaba de soplar el caracol e intentaba ceñir con un brazo la cintura de la moza. Amparo huía el cuerpo y alzaba la mano:

—¡Mira, tú!

Y él, con la gran boca llena de risa, exclamaba entonces, haciendo una pirueta:

—¡Amparo, Amparillo, qué alegre estoy!

Al fin se convenció Tenique de que la Jaira llegaba tan zahareña como de costumbre en punto a zalamerías. Sosegóse y departieron tranquilamente. Pues sí, Amparo volvía a reunirse con su padre, en el Puerto. Era cosa resuelta. ¿Que el viejo estaba perdido? ¿Que el vicio, la caña le envenenaba? Razón de más para no dejarle solo. ¿Que el negocio del tenducho iba peor que nunca? Allí estaba ella para levantarlo. No temía la ira ni los golpes de su padre. Era ya moza y fuerte. Le dominaría.

Tenique estuvo tentado de desengañarla. Llegaba Amparo demasiado tarde. Ciego sería el que no comprendiese que al tío Cachito le quedaba correa para muy poco tiempo. Y en cuanto al negocio, no había salvación posible. En el corral de Chano Brito estaba varado y hecho un cesto, hacía meses, el bote en que el viejo y la moza, niña enton-

ces, cambullonearan (1) hacía años al costado de los vapores.

En la tienda sólo quedaban los anaqueles, un cesto de higos comidos de moscas y cuatro garrafas de ginebra que el viejo mermaba con más asiduidad que los parroquianos. No restaba otra cosa que el casetón de madera que el tío Colás, el prestamista, disputaba ya por suyo, en garantía de unas pesetas anticipadas a su compadre Cachito, en trances de aprieto.

Sin embargo, Tenique calló. No quería amargarle la llegada a Amparo. Tiempo habría de enterarle de tantas desventuras. Además Tenique acariciaba sus proyectos: su madre tenía ya muchos años; en la casa iba a faltar una mujer... Quizá, quizá la miseria decidiría a la moza reacia hasta entonces a los requerimientos del cariño. El recurso no era muy noble. Pero ¡qué diablo! No quedaba otro.

Rendida y silenciosa, llegó la caravana al Puerto. Depositada la rama frente a la ermita, Amparo díjole a Tenique:

—Yo no entro. Me voy a casa.

—Voy contigo. Pero antes verás a madre. Casa viene a mano.

La chica permaneció un instante ensimismada. Allá, en su interior, como de costumbre, era ella sola la que decidía lo que debía hacer, sin acatar imposiciones ajenas. Al cabo dijo:

—Bueno. Vamos a tu madre.

Al arribar al corral de Tenique, la vieja se entretenía en barrer el gallinero. Al oír pasos, se incorporó y se detuvo rodeada de las gallinas. Su cuerpo era pequeño,

(1) Andar en bote vendiendo baratijas, frutos y pájaros, al costado de los vapores, o en la toldilla de éstos.

su cara un corcusido; sus ojos de liebre se clavaron en la joven.

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

Y la muchacha le respondió sonriendo:

—Yo soy Amparo, hija de Marta su prima.

Entonces la vieja le tendió los brazos y la besó.

III

Hacía poco más de un año que Juan Tenique era hombre de juicio. Cansado de *huesear* (1) por muelles y playas, se había puesto al remo en el bote de un amigo. Cambullonearon con suerte; hizo Tenique sus ahorros; y se estableció por su cuenta. Y en el bote, el *Celaje*, se pasaba la vida.

¡Un verdadero *yacht*! A bordo no faltaba nada: almacén para los tabacos; percha para los plátanos y naranjas; galería para los canarios; cámara para la *Marsellesa* y toldilla para *Garibaldi*. *Garibaldi* y la *Marsellesa* eran los puntales del negocio. Encerrado en su jaula, al costado del bote, si toco o no toco en el mar, cantaba la *Marsellesa* de sol a sol. No había en el Puerto canario tan prudente ni filarmónico. Ninguno como él atraía y cautivaba al comprador incauto; ninguno enmudecía tan a tiempo para que el amo le sustituyese por una hembra en la jaula ya vendida. En mil ocasiones lo habían comprado y en mil ocasiones las manos hábiles de Tenique lo había sustituido. Quedábase la *Marsellesa* alegre en el *Celaje* mientras que allá, en los vapores, camino de América, iban las pájaras con su *¿Piiii?* interrogador y monótono lanzado, como una burla, a las narices del viajero hastiado. Era la *Marsellesa* una joya y necesitaba un guardián que la custodiara en las ausen-

(1) Andar a lo que salta, como los perros en busca de huesos.

cias del amo. Para eso iba a bordo *Garibaldi*, el perro, el segundo del bote. Asomado a proa, con una pata en el aire —resabio de una cojera inveterada— *Garibaldi* hacía frente a cuanto se le ponía delante de las narices: a los remolcadores, a los candrays del carbón, a las moscas, a los trasatlánticos, al sol, a la luna, a las nubes, a todo.

La vuelta de Amparo vino a mudar las costumbres de Tenique. Hasta entonces el cambullonero había compartido las pocas horas que pasaba en tierra entre la casa de su madre y el *Criadero de los Pájaros* a donde solía ir a echar un pitillo con Chano Brito, el *físico* de los canarios, y a ensayar unas guajiras en un acordeón medio afónico. Mas desde que Amparo estaba allí, en el Puerto, Tenique no encontraba reposo lejos de ella: la casa se le venía encima, en el bote se desesperaba. No se sentía bien más que en el tenducho limpio y alegre desde que la moza asomó por la puerta. Los primeros días pretendió Tenique mangonear en el interior del casetón; pero la muchacha paróle los pies y le dijo muy decidida, señalando el portillo del mostrador:

—¡Oye, tú! De aquí para acá no entra más hombre que mi padre. Ahí está el banco y en él te sentarás cuantas veces quieras darme palique.

El cambullonero se resignó, y allí, en el banco, hizo desde entonces sus fondeos más prolongados. Llegaba, sentábase, liaba una colilla, cruzaba los brazos en el borde del mostrador, apoyaba la barba en ellos, y sin chistar, con el pitillo colgado de la boca, permanecía como un bobo ante el ir y venir de Amparo. La vida luminosa y cálida del mediodía palpitaba en el paisaje. Fuera, en el muelle, gualdrapeaba el toldo colgado del dintel. Por debajo del volante llameaba, al sol, la carretera donde un bando de palomas comía el trigo derramado por un carro al pasar. Junto a la tienda, en un zaquizami sin luz, roncaba el tío Cachito regurgitando el aguardiente de la última curda. Y sobre el cuadro del portal de la marina, en el fondo

esplendoroso de la dársena, y a través de un rigodón de cuatro moscas, pasaba y volvía a pasar Amparo como una tentación al alcance de la boca de Tenique, eternamente sedienta.

Cambiaban pocas frases: ella porque le adivinaba las intenciones; él porque estaba seguro de no acertar a decirle lo que quería. Al apurar la copa, Tenique se echaba a la carretera, sin decir adiós.

IV

La guerra había estallado en Europa. Destruída por los ingleses la escuadra del príncipe Federico de Prusia, y fracasada la invasión de los alemanes en Inglaterra, prolongábase la lucha con odio y desesperación en Alemania y Francia, en las colonias, y en todos los mares frecuentados de los pabellones enemigos. Una ola de sangre pasaba por el mundo y, en medio de la locura bárbara de los pueblos azuzados por el militarismo y los agiotistas codiciosos, la isla lejana, neutral en apariencia, vivía en zozobra a merced de las naciones rivales. Hacía quince días que el Puerto adivinaba la tragedia en el desfile de buques enemigos; en los grandes trasatlánticos refugiados en la dársena perseguidos por la artillería de los cruceros ingleses; en el eco del cañoneo que el viento llevaba hasta tierra; y en el destello de los reflectores que durante la noche escudriñaban el mar frente a la isla.

La violencia y la inquietud de la lucha contagiaban a las gentes. En las tabernas del Puerto se vociferaba día y noche. En los burdeles andaban a tiros y botellazos la marinería de los barcos mercantes franceses y alemanes. Referíase cosas estupendas a bordo de los candrays, que durante la noche esperaban, abarrotadas de carbón, la recala precipitada de los buques fugitivos. El almirante inglés amenazaba con bloquear la isla y apoderarse del

Puerto si suministraba a los barcos contrarios una tonelada más de combustible. Y a última hora se complicaba el conflicto con la presencia de dos cazatorpederos alemanes llegados con el propósito, según unas noticias, de escapar a la persecución de los ingleses, y según otras, de atraer la atención de la escuadra contraria para facilitar el paso de una expedición militar a las colonias. El almirante exigía la salida o el desarme inmediato de los dos barcos; y allí, en los límites de las aguas jurisdiccionales, estaba ya una división de cruceros dispuesta a cumplir sus órdenes.

La guerra y la buena mano de Amparo llevaban en volandas el negocio del casetón. Frente al tenducho, en torno de las mesillas, se prolongaban ahora las conversaciones, estallaban las disputas y se consumía el aguardiente y la ginebra a litros. Y, sin embargo ¡lo que es la suerte!, la fortuna fue la ruina del tío Cachito y la Jaira. La prosperidad del tenducho excitó la codicia del tío Colás, el usurero. «A poco que continúe la racha —se dijo— ése me afloja lo que le di y pierdo el negocio.» Y desde aquel punto y hora no dio respiro a su víctima. En cuanto le pescaba a su alcance le endilgaba el responso: «Mire, Cachito, que yo quiero cobrarme de algún modo lo que me debe. Toma y daca: usted me entrega el casetón, el palomar y la tienda y yo, para saldar en junto, le doy el bote. Viejo es, pero está cubierto, y con un retoque pueden ustedes apañarse para vivir a bordo. En él podrán ganarse el pan y camparse mejor que el rey en sus palacios. ¿Sí, o no? Mire que si usted no va por las buenas, iré yo por las malas; mire que...»

Cuando el aguardiente no le cegaba, el tío Cachito asentía resuelto a las proposiciones de su acreedor. No había más remedio, no le quedaba otro respiro. Estaba endeudado hasta la coronilla. La culpa era suya. Por el vicio cochino había malogrado un negocio de ángeles. Se había bebido el porvenir. ¡Y pensar que se habrían hecho de oro Amparo trajinando en el mostrador y él en el cambulloneo a la vera de los vapores! El tío Colás estaba en lo justo. Y

sin embargo, Cachito no se decidía. Dolíale perder la tienda donde su hija le aseguraba un pasar fácil; sentía renunciar al caserón donde, en los días de jumerá gorda, encontraba abrigo contra el hambre y los mataperros del muelle. Y le amedrentaba la rechifla que le haría toda la chusma del Puerto al saber su cambio de domicilio. Ninguno ignoraba que él, Cachito, había sacrificado el bienestar de la muchacha a la bebida pastelera.

Amparo no se inmutó al enterarse de la premura con que el prestamista asediaba a su padre. Vio de remediar la deuda, buscó y no encontró crédito entre las contadas personas amigas, se opuso a que Tenique empeñara el bote y cometiera otras locuras a las que parecía inclinado por afán de ahorrarle tamaña pesadumbre, se negó en redondo a vivir con la madre de su primo, y echó muy resuelta por la calle de enmedio: reclamó del tío Colás el traspaso y la reparación del bote prometido, y una vez éste en el agua, con dos cestos de fruta, dos jergones, un brasero y cuatro chirimbolos en la estiva, entregó la llave de la tienda y se embarcó con su padre. ¿La suerte lo quería así? Pues ya estaba satisfecha la suerte.

V

Lejos, en la mar, clareaba la aurora. En las tabernas, a lo largo del malecón, brillaban luces diminutas eclipsadas a veces, por grupos de carboneros que acudían a tomar la *mañana*. Allá, en lo alto, en lo más oscuro del cielo, brillaban las estrellas con la inquietud siempre triste de su adiós. En el reposo del Puerto dormido resonaban carcajadas, gritos, reniegos. En el agua muerta saltaban los sargos al paso de un remolcador que arrastraba tras de sí una ringlera negra de lanchones. El remolque era pesado, y la máquina pujaba asmática con esfuerzo supremo. Desde fuera, hacia los muelles, avanzaba un jirón de niebla pausado

y silencioso como sombra de una isla vagabunda. Y perdidos, esquivándose en la niebla, entraban dos trasatlánticos altos, borrosos, con sus ojos bicolores, envueltos en la poesía de las tierras distantes y el misterio de las aguas sin fin dejadas atrás...

Uno era inglés y venía del Cabo, el otro era italiano e iba al Brasil. A su encuentro salía toda la flota de los cambulloneros, una *manta* de botes cargados de naranjas, de plátanos, de pájaros que revoloteaban en el despezo alegre de la mar. La luz del amanecer bañaba el oro de la fruta. Manteníanse los botes sobre los remos, mecidos al paso largo y dulce de las ondas que llegaban de fuera.

De tiempo en tiempo, el tío Cachito paraba de bogar y miraba hacia adelante. Desde que dejara el abrigo del muelle se iba diciendo ya resignado a la rechifla temida:

—¡Ahora!

Y añadía en voz alta encarándose con Amparo, sentada al timón:

—¡Verás cómo esos *indinos* nos jeringan!

Cachucha, otro cambullonero que navegaba próximo al tío Cachito, miró al borracho con cara de judío ahorcado y rompió a cantar a voz en cuello:

*Dichoso aquel que tiene
su casa a flote
su casa a flote*

Cachito perdió los estribos y le mentó la madre. Pero el otro se echó a reír con sus dientes ralos, y sus mandíbulas de trampa de lobo.

—¡Cállate, jumera! —le voceó— ¡Mira que te abordo y te echo a pique el mueble!

Tenique terció en la contienda.

—¡Eh, tú! ¡Cierra el pico! ¿No ves que va la chica? ¡Vaya una entraña!

Cachucha miró burlonamente a Tenique y replicó, babeando toda su bilis maldita en cada frase:

—¿Con que la chica, eh?... ¡Vaya con la princesa!

Y sostuvo la mirada a Tenique en actitud de reto. Tenique largó los remos, saltó al bote de Amparo y de un brinco cayó en la lancha de Cachucha. El arranque fue tan impetuoso, que a Cachucha le faltó tiempo para remar y huir. Al cabo iba Tenique a ajustarle las cuentas a aquel cobardón que sólo le provocaba desde lejos y en la mar.

El espectáculo inesperado fue acogido con gritería ensordecedora. Muchos cambulloneros pusiéronse de pie para gozar mejor de la paliza. Ante el nublado que amenazaba, Cachucha se refugió en el fondo de la lancha. De allí le sacó Tenique y forcejeó por zambullirle. Con la riña se volcó una cesta, y las naranjas se derramaron en el agua flotando en reguero, a veces de sangre, a veces de oro.

Absortos en la batalla, no advirtieron los cambulloneros que el vapor inglés se les venía encima. Cuando la sirena aulló, el tratlántico había metido la proa en el apelmazamiento de los botes. La dispersión fue general, cada uno escapó por donde pudo. Arriba, asomados a la borda del vapor, un grupo de marineros, calzados de botas de agua, habían suspendido el baldeo y contemplaban la lucha. Uno de ellos llamó a alguien que andaba en la cubierta, varias manos señalaron a los contendientes, y el chorro de una manguera cayó como latigazo en las espaldas de Tenique. La ducha calmó los rencores. Incorporóse Tenique y abarcó la situación: había cometido una tontería. Mordió las injurias que le borbotaban en la boca; sonrió a regañadientes, y saltando de un bote a otro, se fue al *Celaje*. Después buscó en torno suyo a Amparo. Encontráronse sus miradas: la de él interrogaba; la de ella agradecía.

VI

Desde aquel entonces abandonó Cachito el socaire del muelle y se fondeó lejos de los demás cambulloneros. ¡Una locura! Y más aquel día en que el levante refrescaba con muy mal cariz. Juan Tenique intentó que el viejo tornara a su anclaje de costumbre; pero el abuelo, indignado por los insultos de Cachucha y demás ralea, alzó los hombros y no cambió de sitio. Pensó Tenique comunicarlo al cabo de matrícula, y renunció a ello. Bastaba lo ocurrido aquel amanecer para que se comentase en tabernas y muelles su afición a Amparo. No quería bromas. No se las consentiría ni a los más amigos.

El viejo se fue pronto a tierra en la chalana, en que su hija y él iban y venían del muelle a bordo. Y allá quedó la moza en el bote zarandeado por las mares, expuesto al paso de los remolcadores. Al mediodía distinguió Tenique la cabeza de Amparo por sobre la borda, después desapareció y el cambullonero no columbró más a su prima en todo el resto de la tarde. Y así, sin verla y sin regresar del muelle el viejo, cerró la noche tras de un crepúsculo breve y cárdeno.

A la puesta del sol comenzaron los chubascos. Oculto en las sombras, largó Tenique la amarra y se fue hacia el bote del tío Cachito. Aguantándose sobre los remos, gritó a la muchacha que se acogiera al abrigo del muelle, a lo que respondió Amparo, con su imperturbabilidad de costumbre, que no necesitaba auxilio de ninguno y que allí permanecería aunque su padre no regresara en toda la noche.

—¡Deja el bote ahí, y vámonos a tierra! —le voceó el cambullonero.

A lo que contestó la Jaira en tono de burla:

—¡Eso es lo que tú querías!

Y desapareció. Llamóla Juan en vano. Y al fin, viendo que le daba la callada por respuesta, cio, manteniéndose

de proa al mar, y fondeó a popa y a corto trecho del bote. Allí estaría *Garibaldi* para vigilar, y allí estaría Juan para ofrecer su auxilio.

El cabeceo del *Celaje* y la vigilia le rindieron al fin. Dormitaba Tenique, cuando el perro saltó por sobre de él y salió ladrando hacia proa. De un brinco el cambullonero se levantó. Entre la lluvia y las tinieblas una voz le llamaba: «¡Juan! ¡Juan!» ¡Era Amparo! Miró Tenique y no alcanzó a verla. Lanzábase a proa para soltar la amarra, cuando un maretazo sacó de la oscuridad el bote de tío Cachito y lo arrojó contra el *Celaje*. El encontronazo fue tan rápido y violento, que Juan sólo pudo tender los brazos a la moza. Empujado por la mar, el bote de Amparo viró en redondo mientras que la mujer, cogida a Tenique, perdía el equilibrio, se deslizaba por sobre de la borda y caía al agua.

VII

Tenique la extrajo a pulso, y el bote abandonado se sumió en la noche. Llovía torrencialmente. Mojada, tiritando, y medio desvanecida, Amparo se dejó conducir por el cambullonero. Juan la depositó bajo cubierta, la estrechó entre sus brazos. La mar, la madre terrible de todos ellos, los pobres desamparados de la costa, se la ofrecía.

Al recobrase, Amparo intentó desasirse.

—¡No, llévame a tierra!

—¡A tierra! Con el chubasco no se ve nada. Si remando se atraviesa el bote nos perdemos.

—Yo te ayudaré. Remaré contigo. ¡Hala...!

Amparo intentó arrastrarse hasta la escotilla. Pero Juan la retuvo.

—¡Te digo que no puede ser!

Y al notar que la muchacha persistía en salir a cubierta, añadió:

—¡Ven acá! ¿No lo comprendes? Así que amaine el tiempo o aclare el alba iremos a donde tú digas.

—¡Ah! ¡Eso es lo que quieres tú!

Aquella duda que Amparo le demostrara tantas veces acerca de sus intenciones le ofendió. Tiró Juan de su camiseta, y desnudo de medio cuerpo arriba retrocedió para salir.

—Ahora soy yo el que se va a nado, o como pueda.

Amparo se incorporó y le sujetó por un brazo.

—¡Déjame!

—¡No!

Quedáronse tendidos uno junto al otro. A sus pies se removía el perro; a través de la amura se percibían las mares que azotaban el bote; sobre cubierta repiqueteaba la lluvia, con golpecitos de un baile monótono trocado en farándula estrepitosa a cada racha. Y entre el rumor del viento y el agua percibíase a veces el sollozar de Amparo.

Lloraba, sí. Aquel carácter enjuto que no se doblegó ni derramó jamás una lágrima, en las escaramuzas frecuentes de la niñez en el Puerto; aquella mujercita terca que había resistido impávida los golpes de su padre borracho y el mal humor de la madrina cruel, hallaba al fin el consuelo de llorar. ¡Pobres lágrimas de penas no lloradas porque no fueron comprendidas; y que al cabo de los años se despertaban al conjuro del dolor presente y del cariño también!

El apego y la protección de Tenique la conmovían. Mientras fue chiquilla, mientras su conciencia no traspasó el minuto actual, ni se preocupó del pasado ni de lo venidero, se rio de los arrechuchos de su primo y rechazó a puntapiés sus audacias. Pero ahora era muy diferente: rendíanla el impulso de la sangre moza, el miedo al mañana pavoroso, y la convicción de su miseria, que le hacían apreciar mejor el querer desinteresado de aquel hombre, compañero leal de su niñez y desventura.

—¡Amparo! —exclamó Tenique en voz baja y cariñosa.

Se acercó a la muchacha, le buscó con la boca los ojos en la oscuridad, recogió en los labios las lágrimas y se las ofreció en un beso.

Y desde aquel día *Garibaldi* no ladró más a Amparo. ¡Era la dueña!

VIII

El amanecer de Amparo en el *Celaje* y el naufragio del bote de Cachito en los arrecifes de la costa, fueron comentados apenas por las gentes de los muelles. Lo ocurrido aquella misma noche en el antepuerto, y lo que sobrevino al romper el alba fue mucho más trascendental y concentró todo el interés y las inquietudes del público.

Los dos cazatorpederos alemanes refugiados en la isla días antes, habían huido amparados de la noche y la lluvia.

Descubiertos por los reflectores y atacados por la artillería de los ingleses, uno se había ido a pique y el otro escapaba perseguido de los cazatorpederos enemigos. Ter-

minado el tiroteo, la escuadra inglesa, desplegada ante el Puerto, había desembarcado varias columnas de marinería con orden de ocupar los depósitos de carbón y los muelles y amenaza de bombardear el caserío al primer conato de resistencia. Así contestaba el almirante inglés a quienes habían permitido la salida de los cazatorpederos en vez de desarmarlos.

El pánico fue general. Se paralizó el trabajo en los muelles. Muchos vapores zarparon a media descarga; mujeres y niños emigraron hacia el interior de la isla en carretas y carretones abarrotados de trastos de los menajes humildes.

Amparo y Tenique convinieron en mandar a sus padres a la aldea. Ellos saldrían por la tarde en el bote, hacia los Valles, con los demás cambulloneros que emigraban también. La guerra arruinaba al Puerto. No se ganaba ni un penique; la fruta se pudría, los pájaros se tragaban en cañamones los ahorros. No había más recursos que emigrar a la banda del sur y dedicarse al negocio muy lucrativo y arriesgado de abastecer de víveres frescos a la escuadra bloqueadora.

Partieron al anochecer. No soplaba la brisa y arrancaron a fuerza de remo sin apartarse de la costa, a fin de aprovechar las primeras rachas del terral. El tiempo estaba en calma, y el aire, diáfano después de la lluvia, parecía aguardar la aparición de las estrellas. Al soplar el viento de la noche, largaron todo el aparejo y arrumbáronse, de bolina, camino de los Valles. Como era plenilunio no encendieron luces. Del horizonte claro subía el humo de los cruceros ingleses. En las montañas, bajo la luna brillaba la cal de los caseríos remotos... A ratos se quedaba la brisa y gualdrapeaba el velamen; a ratos venía una racha, se henchían las lonas, inclinábanse a sotavento los botes y burbujeaban a popa las estelas.

IX

Apuntaba el alba cuando abocaron los Valles. Amparo palmoteó de gozo. Con las últimas rachas del terral llegaron al *Celaje* el aroma de los huertos, el ladrido de los mastines, el cantar de los arrieros que desfilaban, a la cabeza de sus recuas, por la playa, chapoteando en las olas tendidas al pie de los montes. Desde los pinares descendían bandadas de pájaros, dejábanse caer en pelotón veloz, y, a punto de tocar el mar, abrían las alas, y partían a la ventura derramando el susurro de su vuelo sobre los botes y el agua azul, casi negra a la sombra de la costa.

Aquella misma mañana emprendieron el negocio. Nadie se opuso a que surtieran de víveres a los barcos ingleses. En los Valles, en los caseríos olvidados entre los barrancos de la costa del sur, se desconocía lo ocurrido en el Puerto. En realidad, la isla no estaba en guerra. Y además aquellos buques no eran enemigos. Tripulados por gentes de otra nación único sostén de tantos pobres, no podían odiarlos hasta que así lo ordenasen los que decretan la animosidad o el amor de los pueblos.

Fue una vida de libertad, de aventura y de lucro. Horas antes de amanecer, zarpaban los botes cargados de frutas, de hortalizas y aves. Los gallos amarrados azotaban con sus alas la cubierta; las naranjas esparcían un aroma penetrante de huerto; bajo las velas el agua parecía huir besando la borda, en fuga rápida llena de murmullos en los que Amparo pretendía sorprender frases. Al paso de los cambulloneros se paraban a veces los mismos transportes abarrotados de ganado para la escuadra. En ocasiones era un torpedero el que llegaba a recoger los víveres. Otras acudía una falúa a vapor con un remolque de lanchas. Y hasta se daba el caso, muy pocos, de que al orzar hacia tierra, los acorazados y cruceros se detuviesen a esperar la flotilla.

Al atracarse a un acorazado parecíale a la Jaira arribar a una isla alta y temible. A su sombra el agua se oscurecía

como al pie de un cantil inabordable. La mole se quedaba quieta, indiferente a las ondas que asaltaban su vientre trágico manchado acá y allá de regueros de vapor o agua sucia.

Junto al buque, Amparo permanecía muda, con su alma salvaje rendida a la sugestión de la gran montaña de acero forjado para el odio y la muerte. Sus manos se apoyaban medrosas en la coraza. Sobre su cabeza pendían los tangones; sobre los tangones alzábanse las torres blindadas, y sobre las torres las bocas de fuego tendidas hacia lo lejos. Y más arriba los puentes; y por encima de los puentes, las chimeneas; y más altos aún, vibrando en el vaho de los hornos y casi invisibles en el sol los hilos *de hablar* donde, al creer de Amparo, venían a posarse las palabras como un bando de palomas.

Transbordados los víveres, el acorazado reanudaba su andar. El agua agitada por las hélices zarandeaba la flotilla e iba a romper en la costa. Quedaban en el aire el humo y el tufo del carbón y entre los botes el borbollar y el vacío de un hundimiento...

X

—¡Por ésta! (Besando el pulgar y el índice en cruz). Te lo juro. Soy asina. Yo no he nacido para tener casa ni hacer la señorona ni andar de comadreo. Me gusta vivir como vivimos, salta pa cá, salta pa allá, como un perro sin choza. Sobre estos cuatro maderos y con estos cuatro cacharros y tú a mi vera, no me cambio con la reina en su camarín dorao. Pa balcón éste con toa la mar por delante; pa música la de los gorriones, y pa luz la del sol que me jizo negra cuando entodavía andaba yo como un gusano, agarraa a las tetas de mi madre. ¿Que la reina tiene espejos? Más ancha y más clara es toa esta agua que no se acaba

nunca. ¿Que tie anillos y diamantes? Más tengo yo cuando meto las manos en la mar. ¿Que tie encajes ricos? No valen toos ellos lo que una ola reventada en la playa. Mira tú: tanto me gusta too esto, y tanto lo quiero, que me gorvería roca para que las mares se me echaran encima, y me gorvería charco para que el sol me sorbiese. ¿Qué? ¿No me escuchas?

Calló Amparo y no replicó Tenique. Estaban los dos desnudos y echados de espalda con el tronco en la arena y los pies dentro del mar.

Habían interrumpido el baño y se habían tumbado en la orilla por una costumbre que los retornaba a sus buenos tiempos de granujas vagabundos. Rompían las olas, tendíanse mansamente, rodeaban los cuerpos desnudos, y al descender les socavaban un lecho en la arena jalde, en la arena tibia, a pesar del agua, bajo el sol de agosto. En la espuma esplendorosa, en el playazo solitario, al pie del cantil y entre las grandes rocas desgajadas de las cumbres emergía el cuerpo trigueño de la Jaira suavemente blanco en los pies, en el vientre y en los pechos jóvenes ofrecidos al aire y a la luz. Iba y venía el agua perezosa como un halago, con el mismo ritmo con que acogió tal vez al hombre y a la mujer primeros que, perdidos en las selvas, llegaron frente al mar, padre de la vida.

Desde su arribada a los Valles, Amparo y Tenique se habían declarado independientes del resto de sus compañeros. Al volver a la costa, quedábanse a la zaga de los demás botes y se atracaban a una de aquellas calas salvajes sin más voz ni otra vida que las de las olas. Allí descansaban, allí nadaban en plena libertad, allí se gozaban revolcándose en la arena que el mar les barría cada noche amorosamente; y allí comían y dormían hasta que la sombra fresca y azul del cantil llegaba a despertarlos. Incorporábase Tenique, despabilaba a su compañera y llamaba a *Garibaldi*, que, privado de todo ideal amoroso en aquel desierto se consagraba prudentemente a la filosofía y a la exploración.

Embarcados los avíos de comer, poníanse en franquía, izaron la vela y tomaban la vuelta de los Valles, a la hora en que los pájaros y los halcones regresaban a las cumbres.

Aquella mañana no tenía Juan ganas de pegar la hebra. Rumiaba algo y la Jaira le dio con el pie.

—Oye tú, ¿qué te pasa?

Pues sí, algo le ocurría. Tenían que hablar en serio. La Jaira acudió curiosa, pero sin alarmarse. Con su imperturbabilidad de costumbre, se sentó al lado de su hombre, le miró los ojos y le abrió las mandíbulas.

—Echa por esa boca.

Tenique se incorporó también.

—Naa, que tengo mi plan y que vas a saberlo. ¿Me viste esta mañana charlando con el mayordomo del *de-troller*? ¿Te fijaste en la botella que me dio a oler? ¿Reparaste en las cuentas que hacíamos con los dedos? Él que cinco y yo que seis. ¿Y sabes lo que los dedos eran?

—¡Mira, tú! Pues eso: dedos.

—¡Ca!

—¿Peniques?

—¡Ca! ¡Libras, Amparillo, libras como soles!

—Jaste cuenta que no has dicho naa. A oscuras me tienes.

—Más clarito: que desde hoy se acabó eso de las gallinas y de las coles. Esta tarde tiramos pa el sur en busca de vino y malvasía de la Vega. Mañana al anochecer llegamos allá, tú te queas en el *Celaje* y yo subo al pueblo, trato el vino con Panchito Cruz y a la madrugada estoy de güerta en la costa, con el arriero y los barriles. ¿Eh?

—Lo que tú digas.

—Verás: de ésta nos lucirá el pelo. Por poco que dure la guerra, si el mayordomo mantiene su palabra, nos ha-

remos de plata. El vino y la malvasía andan tirados este año: la cosecha se viene encima y no saben dónde meterlos.

—¿Y cuándo nos vamos?

—Ahora mismo... Comeremos andando. ¿Hay agua a bordo?

—Agua hay.

—Pues al avío.

—¿Y aquéllos? ¿No les decimos naa?

—Nada. Las moscas matan al asno y la envidia las ganancias. ¡Buenos están ellos! ¡Que se arreglen!

Izaron el foque y la mayor; y de bordada afuera, emprendieron el viaje.

XI

De rato en rato, preguntaba la Jaira, curiosa:

—¿Dónde?

Y Tenique le respondía, señalando unos basaltos inmensos.

—Allá. La boca no se ve hasta que uno se ha metido en ella. No la saben ni los mismos ingleses que son tan hurones. Es talmente un pozo al que se entra por una rendija. Dentro cabe un acorazado a sus anchas. Si no fuese por los bajos que la cierran, no habría en toda esta costa puerto mejor. Hay una fuente que cae desde muy alto y una vereda que sale arriba. ¡Ya verás!

Llegaron entre dos luces. La costa gris, sin árboles ni sol, atemorizaba. Sus grandes moles inclinábanse hacia el mar quieto y sombrío como aguas malditas, mansión de la muerte. Amparo permanecía muda ante los despeñaderos

hoscas. Al socaire de la costa y sin arriar la vela, armó Tenique los remos y avanzó bajo los graznidos de los pajarracos que anidaban en las cumbres. A veces paraba de bogar y sondeaba los arrecifes en medio de la gran quietud turbada por los últimos gritos de las aves y el gotear de los remos.

Y así, lenta, calladamente, penetraron en la brecha que conducía a la dársena. La moza se había incorporado, y sobrecogida por un presentimiento súbito miraba inquieta por sobre los hombros de Tenique. Sí, aquello era un pozo, entre cuyos muros sombríos dormía el agua zarca al reflejo del cielo más lejano al parecer desde aquella hondura. La roda del *Celaje* chocó de pronto en un calabrote amarrado a una peña. Saltó Tenique para desembarazar el bote; y se quedó inclinado llamando con un ademán a su amiga. Acudió la moza y, sosteniéndose mutuamente, permanecieron un rato en suspenso, sin cambiar palabra. La madriguera no estaba desierta; detrás de unas rocas había un barco, uno de los cazatorpederos alemanes huidos del Puerto, hacía días. Tumbado a una banda, faltábale una de las chimeneas y mostraba el casco abierto en un boquete a medio cegar.

—¿Los alemanes? —silabeó Amparo.

—Los alemanes, sí. Larguémonos.

Al ciar para salir, dio Tenique una estropada en una roca, y *Garibaldi* rompió a ladrar, furioso. En el interior de la dársena se oyó una voz y simultáneamente sonaron dos tiros.

—¡Abre de ahí! —gritó Tenique.

Atizó un puntapié al perro; y, mientras Amparo apartaba de tierra el bote, bogó con brío para echarse afuera. En la dársena hubo un silencio, y después se oyó otra detonación más próxima que tumbó a Tenique de bruces sobre los remos.

—¡Coño! ¡Ladrones! ¡Me han matao!

Se levantó oprimiéndose la cintura, y al tratar la Jaira de reconocerle, la rechazó.

—¡Quita! ¡Juyamos!

Intentó remar, pero se desplomó otra vez cuan largo era, al borde de la escotilla. La Jaira se lanzó en su auxilio, mas él la empujó hacia los remos.

—¡Boga, tú! ¡Arranca!

Y ya apartados del cantil, le indicó, más con señas que con frases, que casara la escota para aprovechar el noroeste que soplaba a ráfagas tardías.

XII

Amparo obedeció; trincó la mayor; gobernó con un remo; y con la mano que le restaba libre atendió a su hombre. Al apartarle la camiseta, se quedó horrorizada: cuerpo y ropa chorreaban sangre. Quiso atajar la hemorragia, y con los dedos cubrió el balazo. Pero fue inútil: los dedos se le enrojecieron y la sangre borboteó de las costillas, acusadas terriblemente a cada aspiración del herido. Abandonado el timón, el *Celaje* cabeceaba de proa al viento. Amparo se arrancó un trozo del corpiño, volcó el barril del agua, y con el trapo mojado restañó la herida y la vendó como pudo.

—¡Ahora, a tierra! —se dijo.

El cambullonero se negaba. ¿Qué socorro encontrarían allí? Lo mejor era continuar hasta el faro. En el faro había de todo y tenía él buenos amigos. La Jaira no replicó. ¡Al faro, pues! Embarcó los remos, empuñó la caña y apoyó en el regazo la cabeza de su hombre. Refrescaba el noroeste y el mar se teñía de azul más oscuro en contraste con el horizonte claro, barrido de brumas. Tenique pidió agua,

bebió, y aliviado pareció dormirse. El *Celaje* iba de bolina, azotado de través por las mares. Con la cabellera y la garganta al viento, gobernaba Amparo sin desviar los ojos clavados en el herido como si le quisiera arrancar el enigma de lo que iba a ocurrir. Y en tanto que cerraba la noche, el rostro del marinero se destacaba más blanco, más pálido, cual si la última lumbre del crepúsculo se concentrara toda en él.

Inclinóse la Jaira a escuchar la respiración de Tenique y percibió un burbujeo igual al de las olas que se deshacen en la arena. Los labios del moribundo se llenaban de espuma y los ojos abiertos se le quedaban en blanco. Le palpó con las manos trémulas y sintió que la pobre carne herida, la pobre carne amada se helaba por instantes. El burbujeo se trocaba en estertor y la inmovilidad en inquietud. El pecho se dilataba con angustia horrible como si no le bastase todo el aire de la mar. «¡Ampa... Ampa... ri... llo...!» balbucían los labios torpes, en un anhelo último en que resucitaba acaso la visión del día dichoso en que, con las ramas de la aldea madre, llegó inesperadamente el amor que fue luz, libertad y contento de vivir. Luego enmudeció y reposó un instante hasta que de súbito, tras de una convulsión violenta y una aspiración no saciada, se desplomó para siempre...

Cara con cara, lloró Amparo sin consuelo. Los sollozos le subían a la garganta en arrebatos de dolor. Delirante se golpeaba la cabeza contra el muerto querido y le besaba la boca con frenesí brutal. Mitigado el primer impulso, alzó los ojos y se encontró perdida en el mar y en la noche. Obsesionada por su desventura no advirtió que había remontado el faro. Avanzaba mar adentro, a través de la oscuridad poblada de estrellas. Inclínada hacia adelante con la cabeza de Tenique en el regazo, un codo en la rodilla, y en la mano la frente, sentía el gotear de las lágrimas ardorosas sobre los pies desnudos. El viento y el rencor le enjugaron el llanto. En su corazón salvaje se despertó odio terrible contra el mundo cruel que no le permitía

ser feliz ni aun en la miseria, contra la suerte maldita que aguarda el momento de matarnos para decirnos, por primera vez, cuánto vale el amor de que nos despoja. Se quería vengar, cobrarse la vida de Tenique, y este deseo imperioso le suscitó el recuerdo de los barcos ingleses que vagaban sin luces al largo, en plena noche. Fue como una revelación que le devolvió por un instante la serenidad. Enmendó el rumbo y ciñó más el viento. ¡Ahora, ahora sí que sabía adónde navegaba!

XIII

Al entreabrir los ojos vio Amparo a *Garibaldi* subido a una roca. Sin ánimo para lanzarse al fondo de la grieta, donde su ama se había desmayado, *el segundo* gruñía impaciente por satisfacer en halagos y brincos la alegría del encuentro. La Jaira se incorporó y, al salir a campo libre, hubo de apoyarse para resistir el asalto del pobre animal perdido en los transbordes y angustias de la noche antes. «¡Quita! ¡Quita allá!» le decía, y el pecho se le colmaba de amarguras al pensar en su infortunio. Recordaba su arribo al cazatorpedero inglés encontrado sin luces, en alta mar, como una sombra; su llegada al crucero; el paso por la cubierta casi a oscuras; su deslumbramiento al penetrar en la cámara de oficiales; sus esfuerzos para darse a comprender en la jerga anglo-franco-italiana aprendida de boca de los pilluelos del muelle; la incredulidad del comandante del buque; el cadáver de Tenique en el fondo del *Celaje* atracado a la escala; las consultas de la gente de abordó; y por fin, el triunfo, la partida en una canoa; el bombardeo de la dársena, el asalto al cazatorpedero alemán por mar y tierra, los gritos, las detonaciones, el odio convertido en locura, y la llamarada del barco enemigo volado por sus propios tripulantes acorralados de roca en roca, barridos sin compasión.

Rendida de hambre y de sed, miró la Jaira y no columbró rastro de las tropas inglesas; escuchó, y percibió solamente el manantial que seguía murmurando en el fondo de la cala. No se oía voz ni paso humanos. La quietud inmensa de las cumbres en la luz de la tarde y en el silencio del cielo, lo envolvía todo.

Se acercó a ojear el mar, un crucero permanecía fondeado al pie de la costa; en la cala solitaria el torpedero enemigo humeaba reventado, a medio varar en la arena. Desde lo alto de una roca gritó Amparo hasta perder el aliento; se despojó del corpiño y lo tremoló inútilmente. Nadie le respondía: no se destacaba del barco inglés bote alguno. ¿La habían abandonado? ¿Volverían a tierra?

La sed la empujó al manantial. No juntó siquiera las manos para beber: ofreció el rostro al agua y tragó perdidamente hasta aplacar el ardor de las fauces y refrescar los ojos hinchados. Reanimóse, y con la fuerza recobrada sintió revivir el odio que la sostuviera hasta caer sin sentido al acabar la lucha. Quería morir, pero morir matando; quería encontrar a uno de aquellos perros sin entrañas para echarle las uñas al cuello y escupirle todo su rencor y gozarse en su agonía. Rastreó todas las huellas de sangre, llegó a todos los rincones del cazatorpederos. Iba, venía como una fiera no saciada alrededor de los huesos ya roídos.

XIV

Desfallecida, se sentó en una roca, con los pies colgando sobre el agua. El mar encendido con las nubes del crepúsculo parecía escupir en la arena la sangre del combate. Sobre la paz de la dársena revoloteaba un bando de palomas. Amparo sintió tras de sí, sobre unas peñas, el crujido de un matorral. Se levantó y miró. ¿Habría sido el viento? Trepó resuelta y, ya en lo alto, se detuvo en actitud de

victoria y asombro. En medio de las matas, olvidados por los ingleses, yacían dos hombres agarrados y crispados en una lucha de tigres. Estaban desnudos, con las carnes abiertas y la piel llagada de quemaduras. ¿La explosión les había arrojado allí? ¿O arrastrándose, en el estertor de la agonía se habían tropezado y acometido con un impulso final de saña? La mujer los desenlazó y ambos quedaron de rostro al cielo. Respiraban aún y su mirar de alucinados conservaba todavía el horror del combate. Pos-trada de hinojos entre los dos moribundos, Amparo les contemplaba con estupor. En los labios de la moza se apagó la sonrisa de triunfo y en sus ojos se reflejaron el espanto de una revelación súbita, lo triste de un arrepentimiento tardío. ¿Cuál de aquellos dos hombres era alemán? ¿En quién de ellos tenía que vengarse? Les habló y no le respondieron, buscó algo que los distinguiera y no encontró rastro de los uniformes. Despojados de los distintivos con que les enseñaran a odiarse, volvían a ser lo que serán los hombres un día que ha de venir, que vendrá seguramente: hermanos.

Con el dolor de la venganza inútil, y con piedad hasta entonces ignorada corrió la mujer al manantial, tendió las manos; recogió el agua en ellas y la derramó compasivamente en los pobres labios agonizantes.

LO QUE FUI
RECUERDOS
DE MIS PRIMEROS AÑOS

ENVÍO

Sr. D. Miguel Sarmiento

Mi dulce amigo: Con emoción —que es la eficacia suprema del Arte— leo sus artículos *LO QUE FUI*. El que acabo de leer, ha nublado mis ojos con un velo de lloro. Continúe escribiendo, en la seguridad de que le acompañará infatigablemente la muda simpatía de ese pobre soñador que siente vibrar en sus escritos alguna cuerda interior de sí mismo.

Agnosco veteris vestigia flammae... que decía el dulcísimo Virgilio.

Affmo. y s.s. y amigo.

Lorenzo Riber, Pbro.
Mestre en Gay Saber.

ADVERTENCIA

Comienzo a publicar hoy los recuerdos e impresiones de un hombre que pasó ignorado por la vida. Es ya antiguo en Literatura atribuir a personajes imaginarios lo que no osamos decir por cuenta propia. Declaro que no me seduce tal procedimiento. Aparte de su vulgaridad, revela cierta hipocresía. A fuerza de manoseada esa forma literaria tiene ya un valor sobreentendido. Y quien recurre a ella busca, antes que pintar francamente sus vicios y errores, ostentar sus virtudes y aciertos bajo modestia simulada.

¿Por qué, entonces, recurro a esa forma? Sencillamente porque, en esta ocasión, es auténtica. Por grandes que sean mis escrúpulos, no me perdonaría jamás el haber profanado el lenguaje de quien, sin pensar en el público, escribió con espíritu sincero y efusivo. Me anima, sobre todo, la esperanza de que el aura de verdad que se desprende de estas memorias disipará en los lectores la sospecha de que intento engañarles.

En realidad, no son unas memorias y menos una biografía. Estas páginas sólo encierran los recuerdos amalgamados de un alma vacilante y dispersa que cruzó por el mundo con honda nostalgia de ser lo que no fue. En algunos de estos capítulos late la trágica desesperación del hombre que pasó la mayor parte de su existencia a solas consigo mismo, en lucha silenciosa entre la voluntad indecisa y el concepto diáfano de lo que debió hacer y

no hizo. Este combate perpetuado y renovado en tantas almas, es, quizá, lo más dramático del arte y de la vida.

No amó la gloria, ni siquiera a la hermana menor de ésta, la fama. Si alguna afición les tuvo, fue pasajera, disipada en breve por la reflexión y el desencanto. El arte le fue tesoro de consuelos inagotables, amigo fiel que le alentó en las horas de renunciamiento, y que le acompañó en sus largas contemplaciones, cuando su espíritu, entristecido más que triste, sentía, ante el cielo, el mar o el campo —sus tres grandes amores—, ansias vehementes de fundirse en todas las cosas bellas, incapaces de imaginar, de sufrir.

«Cuando pequeños —escribe a quien dedica su manuscrito—, mis hermanos y yo jugábamos con un retrato arrinconado en los desvanes de casa. Era una pintura pésima, trasunto de alguien de nuestra familia, de quien nadie, ni mis padres, conservaba memoria. El recuerdo de aquel retrato, que acabó en techumbre de gallinero, ha mantenido vivo en mí ese pudor que hace desear un desaparecer rápido y sin huellas. Quema estas cuartillas. Yo las escribí para advertencia tuya, si es que los consejos ajenos poseen alguna eficacia. Sólo pido en premio a mi buen propósito, que las manos que las enciendan tiemblen con alguna emoción al destruirlas. Y esas manos han de ser las tuyas. Las de tus hijos serían ya indiferentes.»

PRIMEROS RECUERDOS

Nací en tierras lejanas a orillas de un mar bravo, siempre turbulento. Tras de mi casa se extendía una playa de cascajo, larga y estrecha, donde los mares y las piedras tronaban noche y día. En las grandes mareas, el mar reventaba en el muro de abrigo, y se derramaba, por debajo de nuestras puertas, hasta el patio delantero, poblado de flores. Guardo de la casa en que nací, un recuerdo vago, como la impresión de un sueño, que no acertaría a explicar. Las ventanas del comedor se abrían a la marina, y por ellas entraba la luz del sol al nacer y el olor de las algas traídas por las olas.

¿Cuáles fueron las primeras impresiones que la vida grabó en mí? A menudo trato de precisar mis primeros recuerdos, y siempre, por más esfuerzos que hago, mis recuerdos son tres: un banquillo desvencijado que yo transformaba, imaginariamente, en casa de mis muñecos; la mesa del comedor cubierta de vajilla rota por el cielo raso desprendido una noche de temporal; y una de las ventanas de la marina por donde penetraba el botolón de un barco de vela construido a espalda de casa. Más allá de estas primeras impresiones no hay más que como una sospecha, el sonido de una campanilla que a veces, a la voz de otras campanas, creo reconocer sin recordar la ocasión ni el sitio en que la oí. En esa barrera se detiene mi memoria cuando, por temor a lo futuro, me esfuer-

zo en ampliar, con mis recuerdos la vida hacia el pasado...

Desde muy niño amé la contemplación y la soledad. Los que nacen y se crían junto a estos mares azules y dormidos, entre tierras próximas, no pueden imaginarse la melancolía de aquellas islas. En el gran mar, alumbrado por las estrellas de dos hemisferios, el aislamiento trae consigo la espera, y la espera inclina el ánimo a la contemplación. Desde los terrados, desde las ventanas y desde las playas, los ojos aguardan los buques que traen las noticias del mundo. Cansada de esperar, la vista reposa a veces, en un matiz de las olas, en un monte lejano, o en una nube que pasa. Y así, esperando, se vuelve uno contemplativo.

Aquellas esperas se prolongaban entonces mucho más que ahora. De tarde en tarde, recalaba un vapor que venía de la Península, o un paquete inglés que iba camino de África. El resto de nuestro tráfico marítimo lo sostenían las islas con sus veleros: la *Estrella*, que traía y llevaba a Santa Cruz la correspondencia; el *Triunfo*, el *Gran Canaria*, los *bricks* que partían abarrotados de campesinos y cebollas con rumbo a Cuba; y los pailebots costeros que se columpiaban fondeados ante la ciudad, al volver de las pesquerías de Cabo Juby, interrumpidas frecuentemente por los temporales o por los asaltos de los moros ladrones. Y fuera de estos viajes, la vida monótona; el horizonte desierto; los paseos provincianos, a fecha fija; las tertulias caseras; la luna blanca, derramada en la cal de los terrados y en los ángulos de las calles sin luz; la tristeza de los domingos con las muchachitas aburridas, de codos en el balcón; las grandes pleamares que envolvían en espuma el muelle quebrantado por la resaca; y el bramido de las olas al fondo de los callejones de Triana y Vegueta, aquel rodar tenaz de piedras y agua que ha dejado en el cerebro de todos nosotros algo así como el zumbido perenne de una concha marina.

JUGUETES

Mi primer juguete fue una escobilla de albear. Los inventores y fabricantes de juguetes malgastan el tiempo en reproducir los seres y objetos reales. Los niños admiran esas copias exactas; pero sus juguetes preferidos no son los mejor imitados. Lo que más les seduce no es la fidelidad de la imitación sino la mayor colaboración de su fantasía en construir o imaginar los juguetes a su antojo. Por eso columpian con más ilusión un leño trajeado de bebé que una muñeca de resorte. A la muñeca de resorte, perfecta en su mecanismo y fisonomía, hay que verla tal como el inventor la construyó. En el leño informe ve el niño la muñeca que más le gusta. Pugilato eterno, irresoluble de la ilusión y la verdad.

Era mi primer juguete una escobilla de palmito, elaborada a mano. Con un trapo al extremo del mango, a modo de pañuelo, y un retazo azul por saya, se conquistó mi simpatía. Desdeñábanla mis hermanos, y sólo con grandes restricciones —como criada casi siempre— permitíanle alternar con sus muñecas. Aquel desprecio me hería en lo más vivo y era causa de frecuentes peloterías entre nosotros. Yo comprendía el orgullo de las muñecas de porcelana y serrín. Lo que no toleraba era el desvío de otra casta de muñecas con las que mis hermanos jugaban a «paseos de la Alameda» —unos palitroques sin piernas ni brazos, forrados de seda o de terciopelo, y embutidos en bobinas de carrete. Más de una vez, ofendida en su dignidad

de escoba, barrió mi muñeca a semejante chusma. Mi benevolencia y mi respeto eran para las muñecas *de pisa*; figulinas frágiles, de carrillos bermejos, que perecían de la misma muerte, y que nos inspiraban —por eso, por estrellarse todas en el suelo— el amor que despiertan los niños predestinados a sucumbir temprano.

¡Horas alegres, al volver de clase; mañanas de los domingos, en la paz de mi casa, en el rincón destinado a todos aquellos seres a los que nuestra inocencia concedía palabra y movimiento! ¡Quién pudiera recuperar, para otros fines, aquella absorción absoluta del espíritu! ¡Ni tedio ni fatiga, ni introinspección irónica de mis propios actos! Mi alma no se había desdoblado todavía; aún no se había echado fuera de mí ese otro yo que nos acompaña a todas partes burlándose y haciéndonos dudar de nosotros mismos. Imaginación y voluntad eran, entonces, una sola llama.

Pasé por todas las fases que atraviesa el niño en sus juegos. Fui general de ejércitos imaginarios, y atroné la casa a tiros y voces. Me creí director de orquesta, y, con un periódico colgado del respaldo de una silla, amenicé las labores de mi madre. Soplóme la racha mística, y, revestido de casullas de papel, ante un altar que se incendió mil veces, me desgañité cantando tedeums y responsos. Me tuve por volatinero, y, por milagro, no me abrí la sesera a brincos y equilibrios sobre una silla. Una afición persistió en mí: la del mar. ¡Oh, alegría del primer barco! Mi padre me obligaba a comer, aunque fuera muy poco, de las viandas que me repugnaban. Tenía yo, en aquellos años, aversión horrible a los fideos. Era un odio a muerte que me indisponía con las domésticas en cuanto menudeaban el plato aborrecido. Un día, mi padre me cogió de la mano y me dijo, encaminándome a la mesa:

—Nonó, fideos habemos...

Y en vez de la sopa abominada me encontré sobre el plato un balandro, en miniatura, tallado en cedro. Me volví loco. Muchos meses, día y noche, aun dormido no me aparté

de mi barco. En él, en sueños realicé mis primeros viajes; él hincó en mi alma este desasosiego, esta vehemencia de andar y andar que me empuja hacia todos los buques y a todos los trenes a punto de partir...

Cuando llegaron tiempos mejores para mi familia, el médico me recetó paseos por el campo y mi padre me compró un borriquillo peludo como un perro de agua. Tenía aquel borriquillo un hondo y fijo mirar de niño desconsolado, la mansedumbre de los animales que, por ser muy jóvenes, toman todo a broma. En *Cenizo*, y sujeto con correas a la silla, hice yo mis primeras excursiones, acompañado de un criado que a estas horas, con reuma y canas, se bate a bordo de un crucero inglés. A Antonio le debo las primeras lecciones de energía que contrarrestaron la pusilanimidad de mi educación casera. Montado en las ancas de *Cenizo* me enseñó a resistir serenamente al miedo, en largas trotadas por la carretera de Tafira, al margen de las acequias en cuya corriente bailoteaba la luna, camino de la ciudad que se iluminaba en la noche, en el borde de la costa.

Mi campaña ecuestre fue muy breve. Uno de mis hermanos y Antonio se empeñaron en convertir a *Cenizo* en notabilidad de circo. El asno, todo mansedumbre, aprendió a cocear furiosamente; y mis padres lo reemplazaron con un cordero que se pasó la vida en un estornudo, y con una jaira blanca que se murió un anochecer, en un rincón del patio, con manso y lento balido, al compás de la luz...

LOS SUEÑOS

De niño sufrí la angustia y el horror de sueños frecuentes. Mis sueños no eran jamás obra del miedo sentido en la vigilia. Yo, en realidad, no tuve miedo nunca. El miedo es el susto por algo impreciso, que nos amenaza. Lo engendra casi siempre el desamparo, la soledad. Y yo pasé tranquilo muchas horas de soledad y silencio en aquellas azoteas bañadas en sol y en aquellos patios traseros en que la carbonera parecía un antro y en que el pozo del agua era no sé qué temible y con vida que vigilaba muy hondo. Mis sueños —aquellos sueños que me dejaban rendido como en una convalecencia, o como si hubiese rodado toda la noche por las montañas— provenían del temor, de algo concreto, de seres y acciones que la imaginación me representaba al detalle en el cerebro, y que mis ojos, al despertar, veían claramente fuera de mí. Tenía yo la cama en la habitación de mis padres. Por entre la barandilla de hierro enfilaba las puertas abiertas de las alcobas sucesivas donde dormían mis hermanos. En una de esas puertas, sobre una silla, ardía hasta el amanecer una lámpara de aceite. Pendido del dintel de aquella puerta vi muchas noches a un ahorcado. Le veía inmóvil y le veía agitándose, como en los espasmos de la agonía, al oscilar de la luz. Otras veces era un negrazo que fumaba tranquilamente sentado a mi vera; otras, una manada de lobos hambrientos que rodeaban y olfateaban mi cama. Mientras fui niño, grité y me refugié junto a mis padres. Mas cuando las burlas de mis hermanos hirieron mi amor

propio, resistí heroicamente mis pesadillas sin abandonar mi cama ni pedir auxilio. Y yo nunca acertaría a explicar aquella congoja, aquella lucha terrible entre el deseo de apelonarme y esconderme debajo de la sábana, y la necesidad de no perder de vista —con un solo ojo en los momentos de pavor— a los lobos, al negro o al ahorcado.

Así pasaba horas y horas sin dormirme, ni pestañear, con la mirada alerta, con el cuerpo humedecido en sudores copiosos, y el corazón disparado con el ansia loca de ver lucir el día. ¡Pobre ciego que anhelas la luz: yo sé tu dolor! ¡Pobre enfermo que aguardas la mañana; yo sé tu impaciencia! Al fin, en las ranuras de las maderas brillaba tenue, la aurora; chisporroteaba y se extinguía la lámpara de aceite, y mi cuerpo vencido de insomnio, y mi alma trémula de tanto sufrir caían en un sueño profundo. ¡Y yo era niño, y mi vida era pura, y en mi cabecera, en un marco ovalado, había un Ángel de la Guarda! ¿Por qué, entonces, los malos sueños? ¿Por qué?

En casa atribuían mis pesadillas al miedo y procuraban desvanecérmelo o evitármelo. Las criadas —aquellas mujercitas que venían llenas de supersticiones de las tierras yermas del Hierro o Fuerteventura— interrumpían sus cuentos medrosos, al aproximarme yo. Algunas noches, mi padre me llevaba de la mano al extremo del jardín, sumido en tinieblas y juntos explorábamos los rincones más hoscos «¿Ves? —me decía— no hay nadie». Y de regreso en el comedor, me ordenaba que volviera a donde habíamos ido. Y yo tornaba serenamente, y hasta me detenía a mirar las estrellas a través de la fronda, y a escuchar el susurro de los maizales mecidos por el viento, en un gran cercado, al pie del jardín.

¡Oh, no! Mis pesadillas tenían otras causas que nunca averigüé. En ellas, como he dicho, no intervenían para nada las brujas, ni la oscuridad, ni el misterio. Eran completamente ajenas a los episodios de mi existencia vulgar;

algo incorporado a mis células o a mi espíritu y que se despertaba, desde muy lejos, en mi subconciencia... ¡qué sé yo!

Una noche dejé, súbitamente, de soñar, tal vez porque, para ventura o desdicha mía, comencé a soñar despierto.

Desde entonces, mientras fui niño, los sueños no volvieron a desvelarme. Muchos años después tuve un sueño, el único sueño que aún ahora, de cuando en cuando, puebla mi fantasía, al dormirme. Soñé y sueño que vuelo. Mis aventuras aéreas empiezan siempre de la misma manera, agito muy deprisa los brazos, los pliego después al cuerpo, y doy un brinco descomunal. Cada vez más rápidos y grandes, mis saltos se convierten en un vuelo ondulante, como el de los pájaros que al hender el aire se trueca alternativamente en flecha y abanico... Es una impresión grotesca, deliciosa y triste. Mi ser se desdobra, y yo mismo presencio, entre la multitud regocijada, mi propio vuelo. Es un volar de anfibio, de pobre ser que con cierta habilidad para vivir en todos los elementos, no acaba de vivir bien en ninguna parte.

INTERIOR

Mi padre fue marino. Navegó por Oriente, de Calcuta a Manila y de Manila a Hong-Kong. Aún recuerdo haber contemplado en casa dos cuadros en que mi padre reprodujera la fragata inglesa *Ariosto* que él capitaneara en su viaje a la China. En ambos cuadros aparecía el buque corriendo un tifón deshecho, con las velas desgarradas y la obra muerta rota, frente al cabo Buena Esperanza, años antes de abrirse al tráfico del mundo el Canal de Suez. En las dos pinturas se leía la fecha y el lugar del temporal en caracteres cuya corrección y pulcritud ha heredado mi pluma, en parte. Mirando sus obras, mi padre solía repetir, solicitado por nuestras preguntas:

—¡Aquel día vi la muerte muy de cerca!

Y nosotros, orgullosos de la aventura de mi padre, se la explicábamos a nuestros amiguitos, admirados ante la *Ariosto*.

De Oriente trajo mi padre una modesta fortuna y unas cajas de alcanforero, llenas de pañolones de manila y de *bibelots* y de otros objetos admirablemente labrados, en marfil, por artistas chinos. Persiste en mí el recuerdo y la alegría de aquel tesoro que mi madre nos mostraba en recompensa de nuestra buena conducta: tarjeteros transparentes como encaje, pañolones cuajados de flores y pájaros maravillosos, joyeros dentro de los cuales brillaban, como escrupulillos de cascabel, Budhas en miniatura de facha grotesca, que nos inspiraban risa y temor; bibelots y pañolones se conservan aún en poder nuestro. En cuanto a

la fortuna, se malogró bien pronto en manos de un tío y un sobrino de mi padre a quien éste quiso proteger asociándolos en una empresa comercial. Mis padres aceptaron la desgracia heroicamente, sin una protesta, sin una recriminación. Mi padre buscó y obtuvo un empleo y mi madre, con mis hermanos y una sola criada se clausuró en casa, a llevar vida modesta, reunidos siempre en intimidad que fue entonces nuestro único consuelo y que, andando los años, hizo más dolorosa la dispersión inevitable de la familia. En aquellos meses tristes nació yo, con crisis nerviosas que ahora, al acabar mi juventud, renacen.

Me crié enfermizo; la ruina de mi padre influyó indudablemente en mi naturaleza física y moral. Desde entonces vivió mi madre en sobresalto perpetuo por nuestra salud. Éramos para ella y mi padre la ilusión última y suprema: si la muerte les reservaba algún nuevo dolor, en nadie más que en nosotros había de herirles. Por eso nos mimaron.

En el clima benigno de las islas, nuestra madre nos defendió bravamente contra el peligro de las enfermedades y de los juegos de la niñez. Pasó muchos años sin pisar la calle por no fiarnos en su ausencia a los cuidados ajenos. Provista de las obras de Raspaille y de un botiquín, a base de alcanfor, azufre y árnica, pasó horas junto a nosotros, a nuestra primera tos o a nuestra primera inquietud nocturna. Aún vive la buena viejecita, y aún en nuestras cartas tardías van y vienen bromas acerca de Raspaille y del botiquín famoso. Yo que era el más enfermo, y por eso el más mimado de casa, abusé de aquella abnegación y ternura. Más de una noche exageré la garraspera de mis constipados por el placer de que mi madre me cuidara. No me perdono aquel egoísmo, y, no obstante, hay en esa pesadumbre mía algo que nos es absolutamente sincero. El roce de aquellas manos cariñosas dejó como un halago de alas amigas. Alas amigas que entreveo en horas de insomnio, en la desolación de los cuartos de alquiler cuando la mirada se convierte hacia el equipaje familiar, único vínculo y única sugestión posible de tantas cosas lejanas. ¿Cómo arrepentirme?

Entre mis hermanos no hubo nunca jerarquías. El ser mayores en edad no nos otorgaba poder alguno. La sola autoridad apelable en mi casa era mi madre, francamente benévola, y la de mi padre, muy tolerable a pesar de su enérgico verbo marino. Para eludir los castigos que mi madre me imponía usaba yo un procedimiento infalible: el del endoso. Cuando tuve amigos y empecé a salir de casa, mi madre intentó penar mis faltas recluyéndome los días de asueto. A las quejas de mis hermanos, me advertía mi madre:

—¡Nonó, el domingo no saldrás!

Pero venía el domingo, y con mis argucias lograba remitir el castigo al domingo siguiente. Mal procedimiento, sí. ¡Oh, la viejecita inagotablemente buena, buena! Toda su ciencia pedagógica estribaba en querernos y perdonarnos. En el fondo ¿qué podía hacer la pobre? Tantas eran mis travesuras y tantas las reclusiones que éstas me acarreaban que me hubiera sido necesario vivir más que Matusalén para cumplirlas. A ser esto posible mi madre hubiera sido inexorable de seguro.

Crecí y me eduqué entre mis hermanos. Mi hermano mayor se pasaba el día en el colegio y las veladas en casa embelesado en escribir y estudiar. A juzgar por mis recuerdos y por lo que cuentan, debí de ser una calamidad. No tomaba en serio los juegos de mis hermanas: interrumpía las conversaciones que éstas sostenían en visita con sus muñecas; me empeñaba en sentarme donde más estorbaba; al jugar *a familia* me resistía a probar los guisos y formaba rancho aparte por el más leve disgusto. Cuando recuerdo y pienso en el amor que todos me tienen, siento una antipatía contra mí mismo. Me pegaría.

Poco a poco me fui quedando solo en mis juegos. Mis hermanos tuvieron que ir a la escuela. Yo siempre enfermizo, me quedé en casa. Entonces empezó mi vida vagabunda por patios y azoteas; entonces aprendí cómo vivían las hormigas, cómo vuelan los pájaros, cómo andaba la luz y la sombra sobre la cal de los muros; entonces aprendí el arte muy difícil de dibujar con saliva en el suelo...

LA ESCUELA

No guardo ningún recuerdo agradable de mis escuelas y colegios. Cuando pienso en ellos, me indigno. ¡Lo que hicieron de mí! En esa evocación lúgubre y rencorosa —rencorosa, la verdad— ¿qué significan la benevolencia intermitente y el interés fugitivo de algunos maestros que adivinaron y no pudieron, o no quisieron, valerse de los resortes de mi carácter? Era yo dócil a la persuasión, inclinado a los trabajos que exigieran iniciativa propia, y muy a propósito para los estudios con quien aventajándome en años y ciencias hubiese acertado a ser mi compañero, mi amigo. Yo no encontré al maestro ideal que enseña *cómo* se aprende y no *lo* que cualquier obra nos descubre sin intervención de nadie. Sólo di con el programa intangible, con la obsesión de la nota y del título oficial, con el concepto del alumno adorno de las grandes paradas y recluta en miniatura de batallones infantiles. ¡Qué cosas!

Me rebelé, desde el primer día, contra la palmeta, la crueldad del saber pedante de los profesores que no admiten réplica ni comentario, y la disciplina bárbara que exige a los niños la quietud, la atención y el esfuerzo de las personas sesudas. Odié la escuela, renuncié para siempre a eso que, en nuestros elogios y familias, se llama portarse bien. Mi alma salvaje se volvió, toda ímpetu y nostalgia, hacia mi vida errabunda, hacia aquellas mañanas de silencio y soledad en las que *aspiré* contemplando el mar y las nubes lo más noble, lo más fecundo, lo más *mío* que llevo

dentro. Tal decepción me produjo la escuela, que aún hoy, cuando paso frente a esos locales —en los que perdura la rutina bajo la parodia de los métodos nuevos— me dan tentaciones de abrir las puertas y echar a los muchachos a la calle, a jugar, a correr. Y hasta concibo la solución de aquel pobre loco que compraba jaulas persuadido de que cada jaula vacía era la libertad de un pájaro.

Una noche se planteó en casa, la cuestión de si yo debía o no, comenzar a estudiar. Entre catarros, convalecencias y *ya hablaremos* había yo cumplido ocho años sin saber leer. Algo por amor propio y mucho por la novedad, abogué resuelto, en favor de mi cultura. La escuela me significaba tener amigos, pasearme diariamente, y gozar, en casa, de cierta consideración, que se traducía en bien de mis hermanos mayores con estas o parecidas disculpas: «¡Si se ha pasado todo el día con los libros!» «¡Si acaba de llegar de clase!»

El primer día que asistí a la escuela hubo gran emoción en casa. Me levanté más temprano que de costumbre; me sirvieron de plus, en el almuerzo, un huevo frito; y me puse mi traje a la marinera y mis zapatos de charol, muy lustrosos, muy agudos de punta, y horriblemente estrechos —era el figurín—. Mi madre, de quien no me había separado hasta entonces, me colgó del cuello una bolsita de alcanfor contra los constipados y me despidió llorosa. Mis hermanas muy satisfechas de llevarme consigo, me indicaron lo más notable que encontramos al paso: la casa de la *Porra*, una vieja que echaba agua a los chicos que iban a gritarle al zaguán; un loro embalsamado en una abacería, y unas aleluyas macilentas de sol, colgadas en un escaparate, refugio y tumba de mil moscas.

Causé muy buen efecto entre mis condiscípulos. La maestra doña Rita, me pasó la mano por el cabello y un alumno, admirado de mi porte, me regaló un trozo de regaliz. La

escuela se hallaba instalada en una casa terrera, en una calle lejos de tránsito, invadida por un tonelero que martillaba y cantaba, desde el amanecer a la noche, en mitad del arroyo. Era una escuela municipal trocada, por industria de la maestra, en lo menos municipal y en lo más de pago posible. Constaba de un salón reservado a las alumnas de cuota y de un cuarto angosto y oscuro destinado a las alumnas gratuitas. Dentro del ángulo que las dos habitaciones formaban, había un patiecillo con plantas, donde el marido de la maestra —un viejo verde cuya expresión, recordada ahora, me repugna— daba las clases superiores. El salón tenía una puerta vidriera a la calle, y a través de sus vidrios pintados de blanco, se filtraba una claridad tenue que iluminaba las espaldas de las niñas y dejaba en sombra los libros de estudio y las planas de escribir. En el testero, dominando ambos locales, se alzaba la tarima. De una parte de la tarima, debajo de la percha de los sombreros, nos sentábamos los párvulos; y a la otra, abríase una puertecilla que daba al traspatio, abarrotado de basura, y a los retretes... Corramos un velo.

Aquella tarima cerrada por tres de sus lados y pintada de gris, para disimular las huellas de nuestras sobas, era el primer monumento que contemplaba yo en el mundo. Reposaba en un basamento de pinsapo, y tras de ella, al pie de una cruz, sentábase la maestra vieja y voluminosa, con las gafas derribadas en la punta de la nariz, la mirada inquisitorial por encima de los vidrios, y las piernas hinchadas, embutidas en medias de algodón blanco y unas pantuflas de estambre verde. Desde aquel trono derramaba su benevolencia para con los discípulos de cuota y fulminaba los rayos de su mal humor perpetuo contra las alumnas pobres; trato injusto que ahondaba la hostilidad entre las *señoritas* y las *niñas del Risco*. Las señoritas se mostraban desdénosas y se acogían a la protección de la maestra; las *niñas del Risco* extremaban sus burlas y fiaban su dirección a Chana la Recia, una chiquilla cetrina y magra, de grandes ojos pardos. En las ausencias y distraccio-

nes de la doña Rita asomábase Chana la Recia al salón a provocar a sus rivales. A veces, una *señorita* aceptaba el reto; las dos desafiadas solicitaban permiso para salir al retrete; y de allí volvían con los trajes destrozados, las caras arañadas y los cabellos en mechones.

El rincón de los párvulos fue para mí un suplicio. Allí, dudando entre disfrazarme con los sombreros de las niñas y el temor a la palmeta, se malograron muy bellos días de mi infancia. El banco, estrecho y muy afilado de aristas, se nos clavaba en las carnes. Éramos nueve chicos. Nadie se acordaba de nosotros. Pasaban días y días sin que nos enseñasen a deletrear. No había recreos. Permanecíamos sentados horas y horas. Nos entreteníamos como Dios nos daba a entender: unos atrapaban moscas; otros se hurgaban las narices; otros, los más pequeños, concluían por dormirse y caerse de boca apoyados en los carteles mugrientos y sin ángulos a fuerza de mordiscos. Sólo de tarde en tarde, cuando la maestra nos miraba, alzábase de entre nosotros un silabear rápido y breve: B a: Ba; B e...: Be; B i...: Bi; B u... Y otra vez a las moscas, a las narices, y al sueño.

A nuestros años, tan propensos a la simpatía, no profesábamos a la maestra estimación alguna. Su rostro ceñudo y su voz destemplada («¡Niña, arrodílese!» «¡Niño, venga la mano!») infundíanos terror. Castigábanos según el talante en que se hallaba, y no por la índole y gravedad de nuestras culpas. Cuando se desataba en ira, recurría a todos los castigos imaginables: al pellizco, al palmetazo, a ponernos de rodillas, a sentarnos de cara a la pared, a tenernos con los brazos en cruz y un libro en cada mano; a exhibirnos con dos orejas de burro en el zaguán; a meternos y arrinconarnos a puntapiés debajo de la tarima; y a las mordazas —unos canutos de caña que, sin lavarlos nunca, pasaban y propagaban las boqueras de alumno en alumno...

Una tarde, pretendió doña Rita imponerle la mordaza a Chana la Recia. La chica resistió como una loba, hincó los dientes en una mano de la maestra, y huyó por el salón.

—¡Agarrarla! ¡Agarrarla! —gritaba doña Rita.

Su corpacho blando temblaba de rabia y sus pies gotosos se esforzaban por correr. Pero Chana la Recia, transfigurada por el rencor, se impuso a todos.

—¡Al que me toque, le mato!

Exclamó. Y se abrió paso hasta la calle.

A la mañana siguiente, antes de que la maestra bajara al salón, oímos voces en el zaguán. Era Chana la Recia y su madrastra que la traía a implorar el perdón de doña Rita.

—¡Que entrarás! —gritaba la madrastra.

—¡Que no entraré! —respondía la niña.

—¡Pues ahí te quedas!

Y oímos el golpe de un cuerpo derrumbado violentamente. Corrimos a ver lo que pasaba. En medio del vestíbulo yacía Chana la Recia herida en la frente. No lloraba. Sus ojos pardos despedían luz felina.

—¡Dame tu pañuelo! —me dijo en el tono imperioso que usaba siempre.

Se incorporó, se enjugó la sangre de la herida, se asomó a la puerta, miró a ambos lados de la calle, y se fue.

¡Pobre Chana la Recia! Yo fui después, sin adivinarlo, tu primer amor. Tu vida fue lamentable y tu muerte debió de ser trágica. ¿Qué tierra te habrá comido?

LAS AZOTEAS

Entonces, y aún hoy, había en mi ciudad muy pocos tejados. Desde la Atalaya —¡tan... tan... tan...! ¡buque al Norte, buque al Este, buque al Sur!— se divisaban las techumbres rojas de las iglesias y del cuartel. Todo lo demás anegábase en la blancura de las azoteas, zanjada por calles, paseos y patios de cuyo fondo emergían, acá y allá, el destello de una ventana o las copas de unos árboles. Los barrios bajos, que allí son los más encumbrados, derramábanse por las vertientes de los Riscos; y los barrios de Vegueta y Triana extendíanse a orillas de las playas festoneadas por las resacas de aquel mar en que los trasatlánticos, asombro de los puertos, se transforman en algo insignificante, a merced del Destino.

Ocorre a veces que, corriendo el tiempo y rodando el mundo, se hallan ocasiones y lugares que reanudan en nosotros impresiones remotas. Yo no he tropezado jamás sitio ni vez que hayan suscitado de nuevo en mí, las impresiones de aquella vida en las azoteas. Las azoteas infunden como una mayor sensibilidad a las ciudades. En la cal de los muros se perciben, mejor que en los tejados, las mutaciones de la luz. No hay paridad en las causas —¡ya lo sé!—, y a pesar de ello, esas poblaciones que fulguran y se apagan al vuelo de las nubes, me sugieren el recuerdo de las mujeres de cutis fino bajo el cual la sangre fluye y mengua a la emoción más leve. Y esa sensibilidad de las ciudades enlucidas repercute en el ánimo de quienes

en las ciudades viven. Un crepúsculo me emociona hoy más líricamente que entonces; pero no me impresiona con aquella angustia y placer casi físicos de las sombras de la montaña que, al avanzar por sobre los caseríos me anegaban en silencio; ola inmensa sobre la cual braceaba mi pobre corazón, ligero como una pluma, ávido de luz como un náufrago ansioso de aire...

EL ABISMO

En aquel tiempo se callejeaba muy poco en mi ciudad. De tarde los comerciantes tertuliaban a las puertas de sus tiendas. Las mocitas en busca de novio se asomaban en los balcones, y los chicos, de vuelta del colegio, merendábamos en los terrados. Allí brincábamos y corríamos; allí lanzábamos a volar las cometas en primavera y estío, cuando las brisas se avivan. Las azoteas eran el panorama del vivir vulgar y monótono de la población; un estudiante sentado en tierra al soto de los muros ingería en voz alta los pretéritos y supinos; una doméstica descolgaba la ropa blanca tendida al sol; una muchachita, recostada a lo ancho del pretil, se sujetaba las faldas infladas de viento, y avizoraba el fondo de la calle; dos hombres apaleaban la lana de unos colchones, varios chicos arriaban una bandera; ladraba un perro; volaban unas palomas, mirábanse con gemelos dos enamorados lejanos interrumpidos en su mutua contemplación por el ir y venir de uno de esos señores que en todos los países no salen de casa por tedio del mundo o por no quitarse las pantuflas.

—Cuando yo sea grande tendré una casa «chirriquitita». Un caserón me asusta. Siempre que visito a abuela temo perderme en aquellas salas enormes y en aquellos corredores sinfín. Aunque cante, para distraerme, aunque me diga que no existe el miedo, arranco siempre a correr. En las galerías me sobran, lo menos, diez pasos; y al cruzar por las salas, voy de puerta a puerta como una saltimbanqui

de trapecio a trapecio. Qué gusto una casa chiquita con los balconcitos del palacio de un hada, con unos cuartitos donde siempre que se me caiga el dedal lo halle en el centro de la habitación. Los cristales, para cortinas del tamaño de un papel de cigarro; los muebles, que todos quepan en mi *necessaire*.

Calí había tenido tres hermanos, menores que ella, muertos a los pocos años de nacer. Del que vivió más, del que ella amó con amor más vehemente, había heredado aquel sobrenombre, única palabra que evocaba en la familia la voz hermana enmudecida por la muerte. Del miedo al caserón de la abuela, del trato con los hermanitos muertos y de los diálogos con las muñecas le nació a la niña la afición a la vida minúscula, y el hablar menudo y por comparaciones. Refiriéndose a una condiscípula muy corta de talla, no decía jamás: «tiene tantos palmos de alto». Decía pintorescamente: «Pasa sin inclinarse por debajo de una mesa.» Sus amigas afirmaban que se expresaba en aquellos términos para no herir al prójimo. Quienes la envidiaban replicábanles que con tal modo de decir, no sólo señalaba el defecto sino que se burlaba de la persona que lo padecía. Yo nunca dilucidé aquel caso de psicología femenina. Les pregunté a mis condiscípulos y uno de éstos que leía a Bécquer, me afirmó que la mujer era un abismo. Y no lo entendí tampoco. ¿Un abismo? Para abismo me bastaba entonces con el pozo de mi casa.

EL AMOR EN CARRETÓN

Porcelana morena y como encendida por suave luz interior. La frente medio oculta tras de innumerables ricitos inquietos. En cada sien dos bucles que le danzaban sobre los hombros. Y en el semblante, apagando la expresión de la boca y aquella claridad traslúcida, el mirar negro, el mirar cándido, henchido de luces, como las noches de la isla trémula de viento y de estrellas.

La amé confusamente, la amé tiernamente en la edad horrible de los polisones. La abuela que había concentrado en María Sola el amor que profesara a los nietecillos muertos, acumulaba también en la chiquilla, todos los adornos con que, de vivir los niños les habría engalanado. María Sola iba siempre cargada de alhajas y perifollos: collares, cadenas, pulseras, anillos, dijes, hebillas, botones, cuellos, farbalaes, lazos, ¡un escaparate! Mas su gracia vencía aquel barroquismo. Hasta el polisón —vergüenza me causa estamparlo— y el zagalejo corto le daban la oscilación gentil del andar de las alpispas. María Sola iba siempre como una plata. Al marchar a la escuela, al cruzar la calle, el sol de la mañana se le quebraba en destellos como mariposas de oro en los zapatitos lustrados...

María Sola no sospechaba el amor que yo le tenía; pero como todas las chiquillas avispidas dábase cuenta del poder que ejercía en mí. Cada tarde al saltar a nuestra azotea me ordenaba, entre bocado y bocado al pan y a la rapadura de la merienda:

—¡Anda tú! ¡Paséame en el carretón!

Y yo la paseaba a riesgo de las conminaciones de mi madre que zurcía nuestros calcetines en la galería del patio.

—¡Muchacho! ¡Ese carretón! ¡No ganaremos este año para goteras!

El carretón se atascaba frecuentemente en los baches del piso. Y para sacarlo del hoyo tenía yo que alzarlo y empujarlo por detrás. En el esfuerzo mi cara rozaba con el cuello y los bucles de la niña; sus cabellos me cosquilleaban en las narices; centuplicábanse mis bríos; y el carretón arrancaba liviano como una pluma.

En aquellos tiempos no deslindaba yo todavía claramente mis sensaciones de niño y de muchacho. En la zona de lo agradable se confundían aún las impresiones de los cinco sentidos. ¿Por qué me gustaba María Sola? ¿Por el sabor que yo atribuía a su piel de fruta nueva? ¿Por lo gallarda y pulida? No lo supe; no lo sé. Veces creí pasear a la muñeca más bella de mis hermanas; veces, a una flor; veces a un caramelo. Según...

LUNA LUNERA...

Casi todos los edificios de mi ciudad constaban de planta baja y piso alto; casi todos alcanzaban el mismo nivel. La manzana donde vivíamos era como un continente con vistas a cuatro calles: campo de aventuras que recorríamos atentos a que nuestras sombras no se proyectasen en los muros de los patios; y a que los vecinos no percibieran nuestro caminar. Conocíamos los rincones donde se acorralaba mejor a un gato; la azotea donde nos convenía rehuir los colmillos de un perro; el corredor donde brillaba tentadora, pidiendo una escupitina, la calva de un zapatero, y la ventana donde se asomaba vomitando injurias contra nuestras impertinencias, la vieja más irascible de todo el barrio.

En nuestro ambular por aquellas alturas sorprendíamos los pormenores del vivir íntimo de muchas familias: las cenas exageradamente frugales de cierto figurón, «fuerza viva» del archipiélago; los ensayos de guitarra del deán; la peluca de la «delegada», señora de muchos humos, que por venir de la Península pretendía imponernos las modas de... Torregalindo.

El recreo al aire libre duraba hasta el anochecer. Al extinguirse el día, vibraban en San Francisco y en la Catedral los toques de la Oración; desde las calles y de los patios subía desmayada en la cal de las paredes la claridad de los faroles y de los quinqués de petróleo; y una voz, la voz de mi madre, nos llamaba a retiro.

—¡Niños!

Las noches de luna, prolongábamos nuestra estancia en la azotea. El misterio del cielo sosegaba nuestra inquietud. Sentados en un poyo, una de mis hermanas nos refería el cuento de siempre: La flor del olivar:

¡No me mates pastorcito, ni me dejes de matar!

O trabados de las manos, girando en coro, cantábamos a la luna:

Luna lunera,
Cascabelera,
Dile a Perico
Que toque el pito.
—Pito salado fue a la montaña
Y trajo un traje de telaraña.
—¿Pa quién lo quiere?
—Para su dama.
—¿Voy a buscarla?
—No, que está mala
—¿Con qué se cura?
—Con limonada,
Pipa de almendra,
Y agua salada...

Algunas noches volvíamos al terrado. Pero sólo por causas excepcionales: si se moría un vecino o si estallaba un incendio. Subíamos en tropel la escalera, a discutir, por el resplandor de las llamas, el lugar del fuego o a atisbar el interior de la casa visitada por la Muerte. ¡Oh, las excursiones saltando de muro en muro por las azoteas a oscuras! A ratos, en el pasmo y silencio que siguen la muerte, percibíamos rumor de sollozos. En ocasiones, por una puerta entreabierta y a la luz de los cirios, alcanzábamos a ver los pies del muerto. Y con esas impresiones en el ánimo no podíamos, no lográbamos dormir en toda la noche.

Testigos de nuestros juegos eran tres señoras que vivían a espalda de casa: las hermanas de don Benito Pérez Galdós. Diariamente, después de comer, subían las tres señoras a pasearse por su terrado. Desde allí presenciaban nuestros

entretenimientos, sonreían a nuestras ocurrencias e intervenían, conciliadoras, en nuestras disputas. Nosotros respetábamos, aparentemente, su intervención, pero, en el fondo, nos rebelábamos contra ellas, indignados. «¡Mironas, más que mironas!» les decíamos, en voz baja para que no nos oyeran. Y «Mironas» les llamamos siempre; a ellas las muy amables que, por advertirnos, interrumpían su charla y sus contemplaciones.

Hace años, allá, en Madrid, un amigo me notificó:

—Se ha muerto una hermana de don Benito. Hay que ir.

Y fuimos. Era una tarde imponderablemente diáfana en la gran Meseta. El aire azul vibraba como exacerbado. En las tapias de la calle donde habitaba don Benito, y en un talud de tierra ocre llameaba el sol. En aquella magnificencia de la luz, mi espíritu, probado duramente aquellos días, temblaba como una saeta. Concurrían al entierro cuantos bullen y triunfan en Madrid. Después de firmar en el rellano de la escalerilla exterior, penetramos en el chalet. Rendido por su aflicción y sus achaques, don Benito se había retirado a su alcoba. En un cuarto contiguo al vestíbulo, en una cama revestida de negro, reposaba la muerta. Sentado al borde del lecho, sin llorar ni moverse, sustraído a todo, y como en diálogo ideal con su madre, estaba don José Hurtado de Mendoza. Alargué la cabeza, tendí la mirada, y alcancé a ver el rostro afilado de la viejecita. No la reconocí, no; pero era ella, la que allá, en mi ciudad, me sonrió cuando la vida, toda porvenir entonces, me sonreía también. Llegado el instante de cerrar el ataúd, me retiré al vestíbulo. No quise profanar con mi presencia el momento de la despedida tanto más triste cuanto más callada. Para distraerme me acerqué a la vitrina donde don Benito conserva un ejemplar de las ediciones de lujo de sus obras. Cosa extraña: todos los títulos parecían dislocados. El vidrio tal vez...

EL PÍRGANO

En mis excursiones por los terrados, tropezaba yo a menudo con un grandullón de alma aviesa a quien su familia obligaba a andar sin calcetines ni botas para que no pudiese salir de casa. Era un mataperro expulsado de todos los colegios a que había concurrido, de todos los empleos en que le habían ocupado y de todos los jilorios del Risco en los que se entremetía sin que nadie le llamase y de los que le sacaban a mojicones y puntapiés. Apodábanle el *Pírgano* por lo largo y seco de carnes. Miraba con ojos cínicos, igual que lobos en acecho en las cuencas de la calavera sembrada de chocaduras. Su cara provocaba asco con las granulaciones purulentas y el vello ratonil del bigote y la barba incipientes. No llevaba otra ropa que un pantalón de perneras deshilachadas y una americana astrosa, que en cuanto perdía los botones mostraba el cuerpo esquelético sembrado de mataduras, memoria y señal de las *tollinas* paternas.

En este semblante merodeaba, día y noche por la isla de cal, terrero de sus hazañas. A las horas de sol dormía en la sombra de los miradores. De tarde se paseaba como un pajarraco por la cornisa de los edificios, ante la estupefacción del público que se paraba en las aceras a mirarlo. Y de noche le entreveíamos en torno a la claridad de las lumbreras o en los rincones más oscuros donde el fuego de sus cigarrillos lucía como un ojo siniestro.

EL RIVAL

La dureza de los castigos y el tedio de la vida solitaria inspirábanle ideas diabólicas. Un filósofo aconseja que no obedezcamos nunca a nuestros primeros arranques porque son precisamente los impulsos mejores. ¿Qué había de hacer, pues, aquel espíritu ruin que disponía de veinticuatro horas diarias para meditar sus malos propósitos? El *Pírgano* era terror de las domésticas, devastación de palomares y gallineros, ladrón de ropa blanca que cambalacheaba por tabaco con sus compinches, reunidos a medianoche al pie de la casa a paliquear y a cantarle en son de chungu. Por vengarse del menor agravio, o por complacerse en el susto y angustias de las personas más de su amistad, cometía verdaderas atrocidades. A Calixto García, que le tenía a raya, le había desplumado, en vivo, un gallo de pelea. A mí, que rehuía tratarle, me había tirado tan de súbito y con tal brío del cordel de la cometa que por poco no me caí del mirador al terrado.

No me podía ver. Me acechaba a la vuelta de los miradores o en el ángulo de una chimenea o en cuclillas tras de un muro. En cuanto me atrapaba sentábase en un poyo, me atenaceaba entre sus patas de antílope, me hinchaba la cabeza a capones y repelones, o me revolcaba las orejas entre las palmas de sus manos.

—¡Mariquita! ¡Mariquita! ¿Con que te gusta María Sola? ¡María Sola me quiere a mí! ¿Sabes? ¡A mí! ¡Pitoño!

En unas agresiones el dolor me vencía y me caía de espalda llorando. En otras, me inflamaba en odio y le echaba los dedos a los ojos, escupíale a la cara, le pellizcaba los huesos, le mordía los brazos. Llegaba a mi casa electrizado como un gato furibundo, y, ya en ella, iba y venía, gesticulaba violento; hablaba in mente, obstinado en inventar un suplicio atroz para vengarme de tamaña crueldad, de tamaña injusticia.

Mi madre, que en sus preocupaciones caseras tenía la misma costumbre de pasarse gesticulando en silencio, se tropezaba conmigo; y, ensimismada y creída de que yo la parodiaba, me besaba tiernamente al pasar.

CALABAZAS...

¡A él! ¿Que María Sola le quería a él? ¡Vamos! ¡Aquello no me cabía en la cabeza! Y eso que mi cabeza no era ya entonces un punto ortográfico. Mi vanidad o más claramente, mi rencor infantil, no concebía que yo me enamorase de una niña capaz de querer al *Pírgano*. Por entonces me enseñaban en el colegio que dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí.

—¡Eso, en matemáticas; pero en amor...!

¡Y en la primera pasión de mi vida, el amor me demostró que, en el querer como en la naturaleza, los seres y las cosas buscan sus compensaciones y complemento! En vano me esforcé por recobrar mi tranquilidad. La afirmación del *Pírgano* sería probablemente una mentira, una manera nueva de atormentarme. Hasta entonces no le había yo confesado a María Sola el sentimiento que me inspiraba. ¡Decírselo! ¡Horror! Determiné escribirle. ¡El papel, el tiempo, los sobres rotos, las consultas al diccionario —¡malditas h! ¡malditas b y v! ¡malditas c y s!— ¡qué me costó la carta! Sentado a medio ganchete, con las piernas entrecruzadas con los travesaños de la silla, media lengua fuera y la nariz en el papel, di fin a mi declaración.

«Señorita:...»

Este tratamiento a María Sola con quien yo me tuteaba era ridículo. Y no obstante lo estampé sin vacilar. Aquel «Señorita» con la S encaracolada como rabo de un perro,

se interponía entre nuestra fraternidad de niños y el amor que yo aspiraba a obtener, sin contagio ni aliciente de nuestra amistad primera.

No había que pensar en darle la carta a Chavito ante mis hermanas y nuestros amigos. Mejor sería entregársela en una entre calle y callejón desierto por donde Chavito iba y regresaba diariamente de clase. Allí la esperé. Y ¡oh fortuna o quizá desdicha! El Cielo me envió una carreta colocada al borde de la acera a fin de amparar mi maniobra. Cuando María Sola dobló la esquina pensé morirme. Pero yo no debía desairar a la Providencia ni perder el tiempo invertido en urdir y trazar la carta. Al pasar Chavito entre la carreta y la pared le salí al encuentro, y sin decirle palabra con los ojos ardiendo y el corazón a brincos deposité mi epístola en su cestito de costura, forrado en seda como un nido tejido para el amor de una tórtola. Sin chistar, Chavito rechazó mi declaración; yo me incliné a recogerla del arroyo; y el carretero, un mulato formidable que, al salir de un zaguán, había presenciado la escena, lanzó una carcajada y esta palabra, que en aquel trance me sonó a insulto:

—¡Niño!

Aquel día, en el salón del colegio, y con la mirada en alto, no pude concentrar mi atención en los libros. Don Francisco, el inspector de estudios, se pasó las horas diciéndome:

—Sr. Ruiz, ¿qué se le ha perdido a usted en el techo?

Y don Francisco tenía razón; lo he comprendido después: para hallar una ilusión en seis u ocho metros de cielo raso no se necesitan tantas horas como para buscarla en el cielo sinfín donde todas se pierden...

LAS COMETAS

Los domingos de mi niñez están llenos de un revolotear de cometas innumerables; de un ondular de colas rojas, verdes, azules; de un relucir de puntillas como estrellas visibles en pleno día. Los chicos de otras comarcas ignoran el encanto de ese juguete sencillo y precioso. Echar una cometa al vuelo y sostenerla inmóvil, fatiga y aburre. La cometa manejada con arte, es audacia, temor, disimulo, algo que pone trémulo al espíritu, y que al volver a nuestras manos nos trae como un palpitar de paloma, como una inquietud del Misterio, como un soplo de las auras que no llegan a la tierra.

La cometa tiene su «moral». Ante todo, vivir, defenderse, escapar a las hordas de los muchachos que la cautelan desde la calle; soslayar al ladrón oculto tras de una pared; sortear los árboles, los palomares; las astas de bandera, los hilos del telégrafo. Y después la ofensiva, el ardid, aguardar a que el enemigo, empeñado, a su vez, en un combate, o acorralado por otras acometidas, no pueda cobrar su cometa a tiempo, ni atrapar con las horquillas en ganchos amarrados al cordel, la puntilla y la cola de la cometa contraria. Y en la defensa y en el ataque, el principio fundamental de éste y de otros muchos juegos humanos: no aceptar la derrota hasta ser realmente vencido.

Ignoro por qué no se implanta en las universidades de España el estudio de la fabricación y manejo de la cometa. La construcción y ejercicio de la cometa sería la mejor

cultura integral del carácter. Manos *románticas* no pueden, no podrán nunca hacer una cometa excelente. Para fabricar una cometa modelo —y el cometista de verdad no admite la colaboración de nadie— es preciso cierta preparación clásica, tacto y medida, combinar los colores del papel, elegir las cañas, calcular el peso y el equilibrio de la armazón. Sin tales requisitos, la cometa resulta un juguete loco, capaz de acarrearlos muy graves disgustos: agujerear los vidrios de las lumbrreras de los patios o sacarle los ojos al prójimo.

Y al revés: en el manejo de la cometa conviene cierto espíritu de aventura dado a solucionar conflictos por inspiración y sin demora.

Doble disciplina que nos ductilizaría maravillosamente para las acechanzas del vivir.

EL AMOR EN SILENCIO

¡Mañanas de los días de fiesta en las galerías del patio o en el cuarto de planchar, arriba en la azotea! ¡Fiebre del trabajo, aguijoneada por la ilusión! ¡Qué horas!

Nos reuníamos en grupo. Entre semana juntábamos nuestros ahorros; negociábamos empréstitos; encargábamos las cañas; adquiríamos el hilo *de bala*; pedíamos en las relojerías trozos de muelles para fabricar puntillas; o cambalacheábamos en los colegios las navajas que más se habían lucido en la cometada reciente.

Y el domingo, en cuanto las abuelas se convencían de que habíamos asistido a misa, y apenas nos desayunábamos, desaparecíamos de la circulación. Los *grandes*, nuestros hermanos mayores, construían las cometas, y amolaban en un trozo de pizarra, a salivazos, las puntillas de *sierra* y *media luna*. Los pequeños, los pipiolos, nos empleábamos en cien menesteres diversos: cortábamos el papel para las colas, y los trapos diminutos para los rabos *correízos*; encerábamos y *alambrábamos* la liña de los cometonos; pirateábamos por los dormitorios una vela para combar las cañas al fuego; subíamos al mirador a ver cómo *se presentaba* la brisa; acechábamos la ausencia de la criada para sustituir la olla del puchero por el cacharro del almidón. Por culpa de nuestros manipuleos se malograba casi todos los domingos la comida. Mal condimentado el cocido y temblando de impaciencia nosotros, apenas probábamos bocado.

María Sola acudía a casa, desde mañanita. Al salir de la iglesia pasaba por la plaza del Mercado y nos compraba flores. Su aparición en casa con la mantillita blanca y su ramo de nardos era como una visión, como un cantar, como una luz... En mis conversaciones con ella no aludía yo nunca al intento y fracaso de mi declaración amorosa. Eso sí; por recelo a la rivalidad del *Pírgano* o por ímpetu espontáneo, le demostraba siempre, que me era fácil, la adoración en que la tenía. La temporada de las cometas María Sola se desayunaba y almorzaba, cada domingo, con nosotros. En la mesa, cedíale yo mi cubierto de plata; en el trabajo, el puesto más cómodo y las tijeras que cortaban más; y en el reparto de nuestras propias obras, las cometas que descollaban entre todas por ligeras y bonitas.

—¡Chavito; para ti!

¿TÚ TAMBIÉN?

A las tres de la tarde la población de Las Palmas se congregaba en las azoteas. Quedábanse entornados los balcones, solitarios los paseos, y casi desiertas las calles, a merced de los mataperros de Fuera la Portada y los Riscos. Contra aquellas hordas de poco o nada valían la vigilancia de los municipales ni los baldes de agua. A puñetazos se disputaban las cometas caídas al arroyo y las que pescaban con sus hondas por el hilo tendido de frontis a frontis. Era un destruir por destruir, un batallar por el único aliado de la persecución y las duchas.

Al llegar a las azoteas, nos preguntábamos a una voz:
—¿Dónde está Tabares?

Tabares era el mejor cometista del archipiélago, un *bravo*, famoso por sus pendencias y parrandas. Las personas de buena conducta le tildaban de *mala cabeza*. Yo sospecho que era hombre impetuoso, aburrido e irritado por nuestro vivir de provincia. Mala cabeza o no, todos se lo disputaban, entonces, para atraer a la azotea de sus casas el interés y la envidia de la ciudad.

Cada domingo iniciaba Tabares sus hazañas con una cometa de papel dorado y cola de seda roja. Media hora larga nos absteníamos de echar nuestras cometas al vuelo y le dejábamos el espacio libre. En mano de Tabares la cometa dorada parecía moverse con vida propia. Descendía hasta las calles en *caracolillos* deslumbradores; subía recta

y veloz al zenit; tendida casi paralelamente a las azoteas, describía cabeceando *de lado* inmensos semicírculos desde la montaña al mar. Nuestros ojos la seguían atónitos. Al remontarla el viento y al herirla el sol, tenía no sé qué de saeta y de relámpago.

¡Después la batalla!

Hombres, mujeres, viejos, mozos, niños, todos interveníamos en la lucha. A mi vera y de pie sobre un muro, Chavito jugaba con su cometa. Si notaba en la cometa algún defecto o se le emburujaba el hilo la cambiaba por la mía, previo este elogio que acallaba mi protesta.

—Tu cometa me gusta más.

Y entre tanto yo desenredaba el hilo, María Sola lucía sus habilidades a los ojos del *Pírgano* que, desde lejos, no apartaba de ella la atención. A veces, Chavito arriaba y el *Pírgano* se hacía con mi cometa y se entretenía en manejarla ratos largos. Yo me indignaba contra tales confianzas, y Chavito me reconvenía duramente:

—¿Tú también?

Es decir, también tú vas contra ese pobre chico acusado sin razón. La pregunta de Chavito se atravesaba, con frecuencia en nuestros diálogos y siempre que la oía me daban tentaciones de responderle a Chavito:

—¡Sí! ¡Yo también!

ANGUSTIA Y REVELACIÓN

Pero... ¡caray! la pregunta era un arma de doble filo. Con ella, ciertamente, defendía María Sola a aquel desalmado, y con ella también me declaraba que me tenía por alguien excepcional y superior al vulgo, por alguien más próximo a su corazón que el resto de las gentes, que no disculpaban al mataperro. Y ambas cosas, el exceptuarme y el defender al *Pírgano* constituían mi confusión y angustia. Para que Chavito me quisiera tenía yo que fomentar y defender aquel otro amor que mi instinto, más que mi experiencia, odiaba y temía. ¡Aquella pasión de la cual iba a ser yo el primer sacrificado!

Desde los terrados ascendían cientos de cometas: cometas de lujo, lanzadas a alturas inconmensurables, pregonando esplendidez y osadía; cometas de a *cuarto* con el amarre muy corto, de una madeja de hilo casero, reveladoras de penuria y timidez; cachirulos y papagayos con que los chicos intentaban sus aventuras primeras; cometas enterizas, livianas y vibrantes como alas de libélula; cometas españolas, francesas, inglesas; cometas de papel negro, con un cráneo en el cruce de dos tibias en aspas; cometas cárdenas que ardían como antorchas, en el aire azul; cometas locas, que, por falta de cargazón o de cola se iban de cabeza contra los muros; cometas blancas, que fatigadas de luchar, subían serenamente, alto, muy alto sobre la ciudad ya en sombra, y permanecían inmóviles, en las últimas lumbres del sol, con una divina candidez de lirio y de lucero.

Mi angustia y confusión crecían de domingo en domingo. María Sola no se limitaba ya a ceder mis cometas al *Pírgano*; últimamente había dado en el antojo de enviarle *correos* por el hilo de la cometa. El mataperro los cogía al vuelo, y en el mismo papel, sin arrancarlo del hilo y con lápiz, le contestaba con chicoleos y caricaturas. Ese carteo por medio de mis cometas y a mis propias narices me exasperó. Por una amiga nuestra y condiscípula suya le envié una carta llena de recriminaciones. Chavito me contestó inmediatamente *de palabra* y con más benevolencia de la que yo suponía. Que sí, que era mi novia, pero a condición de que yo no se lo dijese a nadie; que no le hablase ni la mirase como novio; y que le permitiera hacer con mis cometas lo que a ella le diese la gana. ¡A ver!

LA CAZA DEL LAGARTO

¡Y vaya si vi! ¡Y vaya si supe! Supe que las relaciones de María Sola con el *Pírgano* databan de más de un año; que doña Sola, la madre de Chavito, se oponía resueltamente a ellas; que había prohibido a su hija subir y permanecer sin compañía en los terrados, y que nuestra amistad y los *correos* transmitidos por nuestras cometas, constituían los medios únicos por los que los novios se comunicaban.

Y vi que María Sola usaba y abusaba del derecho que se había atribuido en el empleo de mis cometas. La hora propicia a los carteos de Chavito y el *Pírgano* era la de los *cascos*. Transpuesto el sol, empezaba el combate de los cometones pesados y tardos como hércules de feria que se acometían mutuamente; las enredinas en las que el hilo reforzado con alambre se requintaba hasta romper las cometas; las luchas, que encalabrinaban los nervios y de las cuales otros pipiols y yo éramos eliminados a empujones y capones, a fin de evitar que nuestro ímpetu irreflexivo turbara el tira y afloja, secreto de aquellos y tantos otros éxitos felices. María Sola y el *Pírgano* se valían de aquellos instantes en que la atención del público se concentraba en la resistencia de los cordeles y en la habilidad de los cometistas, para escribirse ternezas y ¡oh, ingratitud! para mofarse de mí...

Hasta que me cansé, y una tarde le arrebaté de un tirón la cometa:

—Si quieres alcahuetes, busca otras cometas. Las mías no sirven para eso.

Y aquella misma tarde, llorando de rabia y pesadumbre, en un rincón del cuarto de planchar, quebré para siempre con las cañas de mi última cometa, mi afición al cometismo y el encanto de mi amor primero. No aparecí más por las azoteas. Los domingos, aceptaba la invitación de don Salvador, un señor vecino nuestro —uno de los hombres más cordiales y simpáticos que he conocido— y me iba en su *charabán*, con sus hijos y sobrinos a su finca de Chil. Y allá arriba en los llanos de las Rehoyas, vuelto de espalda a la ciudad, para no ver las cometas distantes, me consagré a la caza del lagarto con la misma desesperación y despecho con que un príncipe, desdeñado por una princesa real, huye al corazón de la India a matar tigres...

Bobín: Haz el favor de volver a la azotea. El quitarme las cometas ha sido una tontería tuya. La preferencia mía en manejarlas ¿no vale nada a tus ojos? En vez de agradecerme, te enojas. Yo no tengo ni tendré más novio que tú. Te espero el domingo. Ven.

CHAVITO

Era su letra: bien claro estaba. Y era su modo de expresarse: un *ordeno y mando* de los suyos, que, no obstante lo que yo había visto y averiguado, renovó mis dudas acerca de la sinceridad de su afecto a mí. Porque ¿no podía darse el caso de que Chavito hubiera roto con *Ése...*? Aquel cinismo ordenancista ¿no sería, quizá, obra de su propia inocencia que, al juzgarse libre de culpa, le autorizaba a emplear conmigo el estilo imperioso con que me había tratado desde niño? La perdoné y me habría reconciliado en aquel punto y hora con ella, si en nuestro pleito no hubiese terciado el *Pírgano* con quien debíamos deslindar los campos una vez para siempre. Declaro que, al inter-

narme en estas reflexiones, no me atreví a contar con que María Sola prescindiese en absoluto de aquel personaje repulsivo. Ante tamaño obstáculo mi amor propio cerró los ojos y mi cariño a Chavito dio un rodeo. ¿A qué apurarme ni a qué resucitar viejas discusiones con ella, si Chavito misma me proporcionaba el medio mejor de descartar al zorro? Si la carta era sincera, María Sola no pondría reparo a que el *Pírgano* se enterara de que ella, Chavito, no tenía ni tendría más novio que yo.

Esperé la noche; y luego de cerrar y con excusa de recoger un libro, subí al cuarto de planchado. Desde el mirador exploré las azoteas, me cercioré de dónde estaba el *Pírgano*. Y, rastreando por los lugares más oscuros, plegado el cuerpo como un reptil a los muros que saltaba, me fui a la azotea de mi rival. Recuerdo que en aquel viaje, que me pareció interminable, no me espantaron mis temores de niño por las sombras, ni el miedo a que el *Pírgano* me atrapara y me diera una tunda. No. Era algo que yo no acertaba a definir, un presentimiento, como una fatiga que me obligaba a detenerme en cada azotea, algo que hacía que la carta de Chavito guardada en uno de mis bolsillos me pesara como un plomo... Llegué y trinqué la carta bajo una maceta, en lugar y de modo que no escapase, al otro día, a las miradas del *Pírgano*. Aún hoy, después de tantos años creo percibir en mis dedos el aletear de aquel papel abandonado al capricho de la suerte. Emoción y descontento de sí mismo, semejantes al que debe de producir el temblor del pobre corderillo amarrado y ofrecido en mitad de los bosques como cebo al ataque y voracidad de las fieras...

ORACIÓN

¡Oh, Jesús bendito! Jesús, el que suplicaste: «¡Dejad que los niños se acerquen a mí!» ¡Oh, Cristo, cuyo perdón florece más alto que las culpas más enormes! ¡Oh, tú, cuyas manos consuelan y acarician la frente ardorosa de los que dudan, de los que no se arrepienten, de los que ni siquiera confían en ti! ¡Oh, tú, que en los senderos de Galilea apartaste la planta de tu pie por no hollar ni matar la cizaña maldita que tu voz condenaba al fuego en la ejemplaridad de tus parábolas admirables! ¡Oh, tú, Señor, que desde lo alto de la cruz columbras y conoces anticipadamente el destino de cada ser! ¡Oh, tú, que bajaste a la Tierra a compartir el dolor humano! ¡Oh, tú, que viniste a sufrir nuestras flaquezas para saber perdonarlas! Tú, que eres bueno entre todos los buenos, tú, que también fuiste niño, aparta de los pobres niños el tormento de la precocidad!

¡Líbrales de las tentaciones anticipadas del amor; de los celos prematuros que siembran en su corazón el primer odio, la primera envidia y el primer afán de vengarse! ¡Redímelos de la locura del amor que no se confía ni a los amigos, que rehúye la burla y los consejos de los desengañados, y que inspira, ¡oh, Jesús!, el primer impulso de matar y de morir! No engendres en ellos esas pasiones tormentosas que nacen, fermentan y mueren como grano de trigo bajo una piedra. ¡Sálvalos de la obsesión del amor y del instinto: del amor que turba las amistades más es-

pontáneas y alegres y las transforma en anhelo jamás saciado, en inquietud de todo momento, en violencia de atracción y desvío de los pobres camaradas de ayer que ya no saben cómo mirarse ni qué decirse! Del instinto que desvelado ahonda los ojos, que clava la mirada, que degenera la risa en sonrisa, que busca la soledad, que gusta del reposo, en el sufrir horrible y perpetuo de la voluntad que no se decide y de la carne que se atreve.

¡Oh, tú, que atas y desatas el tiempo! Protege a los niños, prolonga su inocencia. Su inocencia pura como el agua de los manantiales antes de que la bese el mar, su inocencia inmaculada como la luz de las estrellas que en su vuelo de siglos no han hallado aún ojos ni tierras que la reflejen. Consérvalos ágiles, recios, alborozados hasta que les arrebatase de golpe la venda de su pureza; y tu voz —voz del destino— les diga: «¡Creced!» Es decir, vivid alegremente vuestra infancia. Y después les ordenes: «¡Multiplicaos!» Es decir. ¡Amad! ¡Amad con todo el ardor de la juventud, con toda la alegría y la savia que poblaron al mundo, con todo el ímpetu con que las viejas familias patriarcales, protegidas por Dios, ascendieron a la categoría de razas y naciones!

Hazlo, ¡oh, Jesús! por los pobrecitos niños que no han jugado ni han reído bastante; hazlo por las gentes adustas que no poseen un recuerdo que les suavice el gesto y les endulce la voz, ronca de maldecir y disputar. Hazlo también por los desencantados, por los tristes, por los que, compelidos por la edad o los desengaños hacia la vejez, creen que su niñez fue un soplo y su juventud una ráfaga, desviadas y amortiguadas al chocar. Hazlo por ellos, y hazlo por ti. Por ti, Señor, para que el niño que por última vez vuelve a llorar en nosotros, bese las huellas de tu paso por el alma y por el mundo.

¡PERFIDIA!

Al día siguiente no subí a la azotea. Ni el deseo de ver a Chavito me atrajo arriba. Había pasado yo la noche en pesadillas, desvelos y sobresaltos. Me sentía descaecido y febril como después de una crisis de crecimiento. Al salir de clase, me volví a casa, y me refugié en uno de esos rincones donde los niños se ocultan para fumar o leer a furto, para llorar castigos y cóleras; bajo la rampa de una escalera, o entre un ángulo de habitación y el costado de un ropero, o en los matorrales de jardín, donde nuestras uñas rayando siempre en la misma rendija, o nuestro pie dando de continuo en el mismo tronco, dejan la huella de nuestras primeras pesadumbres. Las pesadumbres que endurecen el corazón, y que nos descubren que la vida, aún la vida de los niños, no es cual éstos se la imaginan.

Ya de noche, oímos la voz estertórea de doña Lola, la madre de Chavito que llamaba desde la escalera de nuestra azotea:

—¡María Sola! ¡María Sola! ¿Estás ahí?

La pobre mujer rodó, más que bajó, gorda y sin aliento, las escaleras. Mi madre y mis hermanas casi no llegaron a punto de recibirla en sus brazos. Venía la señora en traje de calle. Al ver que María Sola no acudía a sus voces, al enterarse, de boca de mi familia, que su hija no había aparecido en toda aquella tarde por casa, se desplomó en el último escalón y sollozó dolorosamente.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Ese canalla me la ha robado! ¡Me ha robado mi hija!

No atendía a las preguntas ni a los consuelos de mi madre.

Mis hermanas subieron, en un vuelo, a la azotea. Y doña Dolores con resolución, increíble en su abatimiento espiritual, y con esfuerzo inesperado en su cuerpo voluminoso, se incorporó de golpe, me asió de la mano y me arrastró tras de ella.

—¡Vamos!

REMORDIMIENTO

No me atreví a negarme. La sorpresa, la curiosidad y sobre todo la zozobra y angustia de aquella mujer, acallaron mi repugnancia a inmiscuirme en aquella desaparición que era, para mí, una nueva y decisiva perfidia de María Sola.

Salimos a la calle, y tropezando y sin disculparnos con los transeúntes atropellados, nos colamos en el zaguán contiguo. A nuestras llamadas, no contestó una voz, no se encendió una luz. Así, a oscuras y en silencio, había encontrado la casa doña Dolores al regresar de una visita. La criada, un pingajo que se escapaba a la calle apenas la señora trasponía la cancela, continuaba ausente. Doña Lola encendió una palmatoria y, desatinada, fuimos de habitación, en habitación buscando a Chavito. Yo le seguía despechado y triste, y mis ojos y mi corazón desconsolados iban de mesa en mesa con ansia y temor a hallar la carta que las novias de entonces escribían a sus familias al escaparse con el novio o al huir para matarse... Al salir al patio trasero, el viento apagó la luz. Y a aquella claridad de relámpago, entrevimos el cuerpo de Chavito tendido en tierra. A doña Dolores se le cayó de la mano la palmatoria, y avanzó a tientas hacia su hija. Al tropezar con Chavito se arrojó clamante sobre ella.

—¡Hija! ¡Hija de mi alma! ¡Háblame! ¡María Sola! ¡Hija!

Apoyé mi espalda en la pared; clavé en la pared mis uñas y, en un derrumbamiento total y horrible de mis miembros y de mi ánimo, me deslicé hasta quedarme sentado en el suelo, a la vera de mi compañerita sin ventura, caída al fondo del patio como una paloma herida. Rencores y despechos, todo se esfumó en mi alma. Sólo quedaron en ella, cada vez más punzantes, como dos puñales que se abrían paso hacia lo más sensible de mis entrañas, la memoria del tirón del cordel de mi cometa con que el *Pírgano* me había expuesto una vez a matarme desde el mirador a la azotea y el remordimiento de que la carta de Chavito, ofrecida por mí la noche antes a la curiosidad y al enojo del maldito, hubiese inspirado a éste, aquella venganza estúpida, menos perdonable que el zarpazo y la dentellada de una bestia.

—¡María Sola! ¡María Sola!

Tan evidente me pareció mi responsabilidad y tan grande fue mi contricción, que me desvanecí.

—¡María Sola! ¡María Sola!

Gritos de alegría me sacaron de mi desmayo.

—¡Vive! ¡Vive! —clamaba la pobre señora besando a su hija.

Y se equivocaba la infeliz: el hilo de una cometa, remontada en plena noche, a merced del viento duro, retenía y agitaba la mano de la muerta.

¡María Sola!

Miguel Sarmiento (1876-1926) escribió en Barcelona una de las primeras críticas conocidas sobre Picasso. En 1923, vuelve a Las Palmas, soñando con hacer una revista (*Islas*) para la comunicación cultural entre los tres continentes que hablan nuestra lengua. Su obra es varia, breve y clarísima. Fue amigo del modernismo canario y catalán, pero su voz es tan libre de escuelas que alcanza la lucidez de apalabrar como obvio lo no percibido antes. En la larga serie de novelas que los africanos de todos los idiomas han hecho sobre su infancia, casi siempre desde Europa y como una autobiografía nacional, *Lo que fui* (1927) es una de las primeras y una de las más felices. *Muchachita* (1899) es la autobiografía de un escritor que, cansado de la literatura, prefiere la vida. Esa temprana defensa de la vida alcanza a las personas jóvenes y a los pueblos jóvenes, como puede verse en *La Jaira* y en *Pino* (otra versión moderna del cuento de Dácil).

Pablo Quintana (Lanzarote, 1948), tras una varia experiencia viajera y una filología cosmopolita, investiga, desde hace quince años, la Literatura Canaria oral y escrita, y la literatura africana, en los márgenes libres de su profesión universitaria. Con Cándido Hernández, mantiene nuestra primera (y casi única) editorial nacionalista: Benchomo. En la BOC, iniciada en abril de 1981 (V cumpleaños del I Congreso de Poesía) como una acumulable biblioteca nacional de Canarias, ha editado, entre otras novelas que parecían inexistentes, la escandalosa y linda *República bananera* de Alonso Quesada. En *El árbol de la nación canaria* (1985), firmado por Áfrico Amasik, recuerda que los magos son los hijos de Magec. En *La literatura africana hoy* (1985) y con la ROA quiere comunicar el más contemporáneo cuadrante africanista a todo el horizonte hispanófono. Entre los asesores de esta BBC era el único con una clara cultura nacionalista y africanista: si no fue convidado por eso (sino por sus conocimientos empíricos), sí fue por eso por lo que se decidió a participar.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 22 de junio de 1990,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

La porcelana morena y como encendida
por suave luz interior, da una idea
de la modernista claridad sarmientina,
si las páginas de *Lo que fui* no fueran
tan transparentes como el agua o el aire:
el yo de la infancia no se había dividido
aún. Podemos disfrutar *Lo que fui* como
uno de los pocos libros felices de
nuestra lengua y de todas las lenguas.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem